

Recuerdos Del Tiempo Viejo

Por

José Zorrilla

***Free*editorial** 

I.

EL POETA ZORRILLA.

Era la tarde del 15 de Febrero de 1837. En el cementerio de la puerta de Fuencarral, un numeroso concurso se apiñaba en derredor de un joven desconocido, delgado, pálido, de larga cabellera y expresivos ojos, que, acongojado y convulso, leía, ante un féretro adornado con una corona de laurel, una sentida poesía.

El concurso lo formaba todo el Madrid artístico; el féretro encerraba el cadáver de Larra; el poeta era Zorrilla.

Aquella tarde fría y nebulosa fue solemne; vio la conjunción de dos crepúsculos. Un sol se alzaba en el oriente de la literatura al hundirse otro sol en el ocaso.

A los desgarradores acentos de «La noche buena del poeta», de Fígaro, último canto del cisne moribundo, cuyos ecos aún estremecían el aire, se unieron los acordes del arpa de Zorrilla, primeros cantos de la alondra al alba.

España, al perder al más grande de sus críticos, encontró al más popular de sus poetas.

Desde aquel día, la Fama fatigada va dando a todos los vientos el nombre del vate inmortal. Desde aquel día, sus estrofas sublimes palpitan en todos los labios, y, como la voz divina, despiertan la inspiración en el alma de la juventud y la lanzan a la vida del arte.

Poeta formado de las entrañas de su pueblo, sus ideas, sus sentimientos, aunque universales por lo que tienen de humanos, son ante todo españoles; tanto que al vibrar su lira nos parece escuchar el acento de la patria.

Vario y múltiple en sus concepciones y en la manera de expresarlas, ora arrebatado, elocuente y profundo, ora tierno, sencillo y vulgar, siempre ameno, siempre inesperado, siempre poeta, pulsa todas las cuerdas y se reviste como Proteo de todas las formas para llegar a todos los corazones.

Tiene su poesía algo de la ola que se hace espuma, de la luz que se quiebra en colores, de la flor que se disuelve en aroma, algo, en fin, de lo bello, inmaterializándose para confundirse en lo infinito; y es, que así como la larva ha de trocarse en mariposa para volar, la poesía ha de espiritualizarse para subir al cielo, que es su patria verdadera.

Hay una poesía que jamás envejece, que no puede morir, que halla eco en todas las almas y hace latir al unísono todos los corazones; lenguaje universal

que entienden el niño y el viejo, el ignorante y el sabio, y es la poesía de la naturaleza.

Y la naturaleza es la musa de Zorrilla, le da sus colores, le presta sus armonías y encarna en sus versos que nos repiten los gemidos del lago, las endechas del ruiseñor, los estremecimientos del trueno, y nos pintan la nube que se tornasola, la espuma que bulle y el árbol que florece.

Zorrilla ha sido anatematizado por los retóricos que jamás han previsto a los poetas ni los han comprendido, preciándose de las medianías que siguen sus reglas y odiando al genio que las deshace. Siguió cantando el poeta y cayeron en el olvido las odas ampulosas, frías y limadas, y surgió la poesía del sentimiento y se ensancharon los horizontes del arte.

¡Siempre la misma lucha entre el sabio y el poeta, y siempre el poeta vencedor!

Las murallas que guardan lo desconocido son de cristal para el genio que penetra en el fondo de lo insondable. La obra del sabio es perfectible, la del genio perfecta; aquel aprecia los pormenores, éste abarca el conjunto; el uno halla, el otro crea; el sabio, para meditar, se inclina hacia la tierra; el poeta, cuando canta, mira al cielo; y es que el uno no va más allá de lo humano, y el otro se remonta a lo divino.

Zorrilla venció. Hoy todos le respetan. Ni la envidia le muerde, pues ni arrastrándose puede escalar la montaña de laureles que le sirve de pedestal.

¿Y cómo no respetarle, si las doradas ilusiones, los dulces recuerdos y los sueños juveniles de nuestras dos últimas generaciones están iluminados por el fuego de la inspiración del gran poeta? Sí; sus versos fueron lo primero que balbucearon después de las plegarias maternas; y aquellas impresiones, como el troquel en el metal, han dejado un sello imborrable en las almas.

Poeta de la tradición, a su mágico acento, los héroes castellanos se alzan de sus sepulcros de piedra apercebidos al combate; desfila la comunidad por el claustro sombrío de la gótica abadía, salmodiando sus preces al rayo misterioso de la luna; aparece el castillo feudal entre los riscos y breñas de la montaña; se coronan de arqueros las almenas, suspira la hermosa castellana al escuchar la enamorada trova; baja rechinando el puente levadizo para dar hospitalidad al peregrino, y el terrible señor de horca y cuchillo apresta su mesnada o se lanza venablo en mano, azuzando la jauría por el bosque enmarañado persiguiendo al colmilludo jabalí. Ahora surgen la tapada, el rodrigón ceñudo, la dueña mediadora y el doncel galanteador; ahora se acuchillan en la tortuosa callejuela dos rondadores de una misma dama, a la luz mortecina de un retablo, o bien se puebla de carmines y harenes la vega granadina, y resuenan en el Generalife los ecos de la zambra, y el sarraceno

corre la pólvora, y, como sol entre nubes, asoma al calado ajimez la hermosísima sultana esclareciendo el día con la luz de sus ojos.

¡Qué poder el del genio! En vano curiosos eruditos e historiadores concienzudos se afanan en dar a conocer el verdadero carácter de D. Pedro de Castilla, en probar la muerte del rey D. Sebastián en el inhospitalario suelo de África, y en negar la vida borrascosa de Mañara, o sea de D. Juan Tenorio.

¿Quiénes les han de creer? Para el pueblo, para todo el mundo, no hay más D. Pedro de Castilla que el del Zapatero y el Rey, ni otro D. Sebastián que el de Traidor, inconfeso y mártir, y D. Juan Tenorio fue sevillano y mató al Comendador, y amó a D.^a Inés, y cenó con los muertos y se fue a la gloria; porque no ha habido, ni hay, ni habrá jamás verdades más creídas, más amadas y más libres del olvido que las creaciones del genio.

Las obras de Zorrilla vivirán siempre. El fuego de la inspiración, que algunos creen fuego fatuo, es como la lava que se endurece y adquiere la consistencia del bronce para resistir al tiempo. A más, que la mano del «Cristo de la Vega», al desclavarse para jurar, decretó la inmortalidad de nuestro poeta.

¿Cómo premia la patria los merecimientos de su esclarecido hijo?

Hoy que la edad le agobia y el trabajo le fatiga, le ha retirado la modesta asignación con que vivía y lo ha abandonado a la miseria, sin duda para que ciña a un tiempo a sus sienes la corona de laurel de la poesía y la de espinas del martirio.

José VELARDE.

II.

AL JÓVEN POETA D. JOSÉ VELARDE.

Llegó a mis manos con retraso, porque vivo en el retiro de mi hogar, por donde acaba de pasar la muerte, el artículo que me dedicó V. en el número de El Imparcial, del lunes 29 de Setiembre; y he andado dos días perplejo y caviloso, sin poder hallar cómo darme por entendido de lo que de mí dice V. en él. Corriendo empero, el tiempo, temiendo por una parte que mi silencio le parezca descortesía, y no queriendo por otra dar motivo a que el público crea que, hinchado de vanidad, acepto, como buena y corriente moneda, todas las extremadas excelencias que a mis versos atribuye, me resuelvo a dar a V. simplemente las gracias en cuatro palabras; que cuanto más le parezcan vulgares, más han de parecerle sinceras.

Yo soy, Sr. Velarde, lo único que he podido ser: lo único que Dios ha querido que sea: un poeta español, hijo ignorante y desatentado de la naturaleza, que ha cantado a su patria, como ha podido; como los pájaros cantan en la selva, como susurran las abejas al elaborar sus panales; yo no me he jactado nunca de haber hecho más, y a mi presentación en el Ateneo el año pasado, lo dije en esta quintilla de mi Canto del Fénix:

Lo que hice, lo que dije, todo ese laberinto
de versos que concentran la esencia de mi ser,
de Dios son obra: un estro no pude haber distinto:
yo obré y hablé sintiendo y hablando por instinto:
ni supe hacer más que eso, ni pude más hacer.

Esta mi poesía del Canto del Fénix es una respuesta anticipada que yo di a los primores con que V. en su artículo tan cariñosamente me obsequia; y como sé que V. la sabe de memoria, no necesito añadir una palabra más; V. que va hoy a la cabeza de aquella a quien yo llamé

estirpe generosa de la progenie nueva,
creyéndome ya en el caso en que yo me ponía en la penúltima estrofa de mi Canto del Fénix, que dice:

Y si las tempestades que el porvenir amasa
en mi país me obligan a mendigar mi pan,
no dejes que en él nadie las puertas de su casa
empedernido cierre, o esquivo diga—«¡Pasa!»—
al que mató a D. Pedro, al que salvó a D. Juan,

saltó V. el primero a la arena a romper la primera lanza en pro del viejo, en quien V. ve un gigante a través del prisma del entusiasmo con que le mira. Gracias, mil gracias, Sr. Velarde: ya sabía yo que la juventud literaria de la generación que a la mía sigue, no había de abandonar nunca al poeta que no ha inculcado más que amor a la patria, y respeto a las creencias y a las tradiciones de sus padres.

No puedo, sin embargo, permitir a su entusiasmo juvenil, que atribuya a la patria el abandono en que deja mi vejez la supresión de un sueldo, que a cargo de los Lugares Píos Españoles de Roma se me concedió, para llevar a cabo mi legendario del Cid y de otras obras que me ha oído V. leer en el salón del Ateneo. No, Sr. Velarde, no: la patria no tiene nada que ver en esto; y nadie menos que yo tendría razón para quejarse de su patria, porque las economías necesarias en el presupuesto del Ministerio de Estado hayan alcanzado hasta

mi ya mermada pensión; la cual, si sola no podría sacar de ningún apuro a la administración de los Lugares Píos Españoles de Roma, tal vez unida a las demás economías hechas en Julio último pueda contribuir a alguna obra perentoriamente necesaria para el decoro nacional. Suum cuique, y dejemos a la patria en el buen lugar que en este caso la corresponde.

¿Qué es la patria? La tierra; la nación, el lugar en que se nace. Y como la nación la forman los habitantes de la tierra, la patria vive y se expresa por la vida y las acciones de los ciudadanos de cada nación. ¿Y cómo ha tratado su patria al poeta Zorrilla? Como no ha tratado nunca a ningún poeta, incluso al fénix de los ingenios Lope de Vega; quien tal vez debió parte de la gloria y los obsequios que su época le tributó a su favor en la corte y al carácter que le imprimía su dignidad sacerdotal. Yo no pertenezco a ninguna clase de la sociedad, porque los poetas no estamos clasificados en ninguna categoría social; no he pertenecido jamás a ningún partido político, a ninguna Academia, ni a ningún Instituto que haya podido alcanzarme favor con poder alguno, y por consiguiente, nadie ha tenido interés en aplaudirme ni en adularme.

Yo me ausenté de mi patria en 1847 por razones que a nadie importan: me fui el 55 a América por pesares y desventuras, que nadie sabrá hasta después de mi muerte, con la esperanza de que la fiebre amarilla, la viruela negra o cualquiera otra enfermedad de cualquier color acabaran oscuramente conmigo en aquellas remotas regiones. No quiso Dios que allá muriera. Su protección visible me salvó de los naufragios, de las pestes y de las guerras civiles; y cuando volví en 1866 a mi patria, ¿cómo me recibió España? Como su padre amoroso al hijo pródigo, como su santa familia a Lázaro el resucitado, como Roma a los triunfadores, a quienes coronaba en el Capitolio. Barcelona y Tarragona me obsequiaron con regatas y fiestas de noche y día; la Universidad de Zaragoza renovó por mí una solemnidad que sólo había dedicado a los reyes de Aragón; Burgos y Valladolid me alfombraron de flores mi camino, y un altar de la parroquia en que fui bautizado está desde entonces cubierto con cien coronas, para las cuales no concebí mejor depósito. Valencia, después de haberse vuelto loca por mí, como una muchacha atolondrada que se enamora de un viejo, me hizo su hijo adoptivo, y yo la escribiré un libro con el cual espero probarla mi gratitud. Granada se desbordó en entusiasmo en honor mío en 1832 a la sola promesa de escribirla mi aún no concluido poema; y aún se recuerda allí una representación de Don Juan Tenorio, al fin de la cual el beneficiado Pepe Calvo, padre de Rafael, la empresa y yo, convidando al público a la mesa a que había venido la estatua del Comendador, hicimos al capitán general, al gobernador de la Alhambra y a las hermosas granadinas comer todos los dulces y beber todo el Champagne que había en la ciudad. Amanecía ya, y ni autoridades ni pueblo se daban cuenta de que nadie estaba en su juicio ni en su lugar.

Madrid, declarado en estado de sitio, y prohibida en él la reunión pública de más de cinco personas, reunió cuatro mil, para acompañarme a mi casa desde la estación, una mañana de Octubre de 1866. No pasa un mes de Noviembre en que no haga en mi favor alguna ruidosa demostración en alguna representación de mi Don Juan: y el Ateneo, en fin, tomándome bajo su amparo, ha abierto conmigo a la poesía sus salones, en los cuales no habían penetrado aún más que las ciencias. En resumen, mi patria, representada por la sociedad, no ha podido hacer más en España por un poeta, a quien indudablemente estima en más de lo que vale, sólo porque su poesía es la expresión del carácter nacional y de las patrias tradiciones.

Cuando en 1859 la muerte le privó en la Habana de un compañero, y destruyendo su fortuna con la de Cipriano de las Cagigas, el Capitán general de la Isla, D. José de la Concha, le colmó de atenciones y de consuelos, y el banquero D. Manuel Calvo le alojó espléndidamente en su tranquilo y salubre cafetal; procurándole en él la soledad necesaria para el trabajo, y salvándole la vida y el honor con los cuidados de su amistad.

El poeta Zorrilla, que es el que más debe a su patria, representada por la sociedad de su época, es el que menos puede quejarse de ella, si la considera representada por su Gobierno.

Cuando en 1871 le pidió su protección para emprender su Leyenda del Cid, obra de largo aliento, con la cual quería corresponder a la excesiva reputación que por sus poco importantes trabajos se le había acordado, el Sr. D. Cristino Martos, Ministro de Estado entonces, le dio una comisión de archivos y bibliotecas en Italia; pretexto tan visible como honroso para acordarle una pensión, que no podía tener nombre y carácter absoluto de tal, por no haber antecedentes de que se hubiera pensionado en España a ningún poeta; y acompañada de una gentilísima carta autógrafa, le envió la credencial de la Gran Cruz de Carlos III, que constituía su persona en una alta dignidad, y de cuya Excelencia nadie se ha acordado nunca; porque a nadie se le ocurre en España que el poeta Zorrilla sea más ni menos que el poeta Zorrilla, cuya larga intimidad con el público autoriza ya a todo el mundo para tutearle y llamarle Pepe.

Hoy, que las perentorias economías de los Lugares Píos de Roma me obligaron a pedir amparo al señor Ministro de Fomento, escudándose con una carta del Capitán general Jovellar, que honra a Zorrilla con su amistad desde que se conocieron, ¿cómo ha recibido a Zorrilla el Sr. Conde de Toreno? Hijo de aquel ilustrado repúblico, que fue gloria del Parlamento y honra de las letras, dio al poeta cuanto tenía facultades de dar, mientras discurría medio mejor de asegurar su porvenir; y el Sr. Cárdenas allanó ante sus pasos todos los difíciles que hay que dar en las oficinas del Ministerio de Hacienda para el cobro de su interina subvención.

Los editores de Barcelona, Montaner y Simón, se apresuraron a ofrecer los servicios de su amistad; un ilustre prelado partió con él la limosna de los pobres de su diócesis, y V. mismo, Sr. Velarde, a la cabeza de la juventud literaria de Madrid, inició algo que le agradece en el alma y que no olvidará jamás el viejo poeta desheredado.

Empieza V. su artículo por un recuerdo de la tarde del 15 de Febrero de 1837: un lunes le diré a V. de aquel día lo que nadie sabe: y entre tanto, conste que cree que sería un loco y un ingrato si se quejara ni exigiera más de su patria; pero que no teme que España deje morir sin pan al viejo matador del rey D. Pedro, al loco salvador de D. Juan Tenorio, su agradecido autor el poeta,

José ZORRILLA.

III.

Sr. D. José Velarde:

Ofrecí a V., mi cariñoso amigo y generoso encomiador, decirle algo del 15 de Febrero de 1837, y no se me cuece el pan por cumplirle a V. mi oferta; no sólo para que V. sepa a qué atenerse sobre lo acontecido en aquel día y especialmente en aquella tarde, al viejo y asendereado poeta, a quien V. hoy tanto encomia, sino para disipar la neblina de cuentos y de pormenores absurdos en que los narradores vulgares, los chistosos de oficio y los amigos indiscretos o pretenciosos han rodeado después la verdad de lo que en aquel día sucedió. La gente meridional, y sobre todo los españoles, tenemos la pretensión de ser todos buenos narradores; y cuando algo se nos cuenta, no lo repetimos jamás sin añadir cada cual algo de su cosecha: con cuya manía resulta que el hecho más sencillo, al pasar por unas cuantas bocas, queda tan desfigurado, que pueden contárselo como nuevo al primero que lo relató, sin que éste reconozca ya lo relatado por él, en la décima relación del hecho, que en vez del suyo, corre de boca en boca.

Y hay otra circunstancia peor en este modo de narrar, inherente también a nuestro país; y es, que la mayor parte de los que, añadiendo pormenores a la narración de los hechos, convierten al fin las más sencillas verdades en absurdas y fantásticas mentiras, llegan a creerse estas de buena fe; y pueden jurar que han sido de ellas parte o testigos, alucinados por su fantasía meridional, que les hace preferir a la deseada verdad la fábula más fantástica e inverosímil.

He aquí por qué, mi buen amigo Sr. Velarde, quisiera yo contar a V.

algunas cosas de aquel buen tiempo viejo, que no está aún tan lejos de nosotros que de él no vivan presenciales testigos, pero a quiénes el afán de ponderar, o de darse personal importancia, ha hecho desfigurar de tal manera las cosas que en él pasaron, que hay quien hoy me cuenta a mí de mí mismo lo que jamás pasó, ni pudo pasar por mí; y yo callo y escucho, convencido de lo inútil que sería intentar convencerle de que yo, y no él, soy quien debe saber la verdad; pero vamos al 15 de Febrero de 1837.

Permítame V. que le recuerde a vuela pluma los ensayos por que pasé, antes de representar mi papel en la escena del cementerio.

Metió me mi padre a los nueve años en el Real Seminario de Nobles, establecido por los jesuitas en el edificio que es hoy, en la calle del Duque de Alba, cuartel de la Guardia civil, y trasladado en 1828 al que hoy es hospital militar, en la calle de la Princesa. Tengo para mí que la idea de los buenos padres de la Compañía de Jesús, al establecer un colegio tan lujoso y tan privilegiado, para entrar en el cual era preciso hacer pruebas de nobleza, fue la de tener más tarde por discípulos a los hijos de todas las familias nobles, importantes o influyentes de España; como quiera que fuese, hálleme yo allí condiscípulo de los primeros títulos de Castilla, y recibí una educación muy superior a la que hasta entonces solían recibir los jóvenes de la clase media; mi padre era el primero de mi familia que, saliendo de nuestro modesto solar de Torquemada, había por sus estudios llegado a un honroso puesto en la alta magistratura.

En aquel colegio comencé yo a tomar la mala costumbre de descuidar lo principal por cuidarme de lo accesorio: y negligente en los estudios serios de la filosofía y las ciencias exactas, me apliqué al dibujo, a la esgrima y a las bellas letras, leyendo a escondidas a Walter Scott, a Fenimore Cooper y a Chateaubriand, y cometiendo en fin a los doce años mi primer delito de escribir versos. Celebráronmelos los jesuitas y fomentaron mi inclinación; dime yo a recitarlos, imitando a los actores a quienes veía en el teatro, cuando alguna vez iba al del Príncipe, que presidian entonces los alcaldes de casa y corte, cuya toga vestía mi padre; híceme célebre en los exámenes y actos públicos del Seminario, y llegué a ser galán en el teatro en que se celebraban estos, y se ejecutaban unas comedias del teatro antiguo, refundidas por los jesuitas; en las cuales, atendiendo a la moral, los amantes se transformaban en hermanos, y con cuyo sistema resultaba un galimatías de moralidad que hacia sonreír al malicioso Fernando VII y fruncir el entrecejo a su hermano el infante D. Carlos, que asistían alguna vez a nuestras funciones de Navidad. Don Carlos enviaba a sus hijos a nuestras aulas y a cumplir con la iglesia en nuestra capilla; a la cual había enviado Su Santidad Gregorio XVI su bendición y los cuerpos de cera de dos santos jóvenes mártires, degollados en Roma en tiempos de no recuerdo qué monstruo imperial, cuyas figuras

degolladas me daban a mí tal miedo, que no pasé jamás de noche por delante de la capilla en cuyos altares laterales yacían.

Salió mi padre desterrado de Madrid y Sitios Reales el 1832, y yo del Seminario el 33. Murió a poco el Rey Don Fernando VII. Sopló la revolución; encendiósse la guerra civil, envióme mi padre desde su destierro de Lerma a estudiar leyes a la Universidad de Toledo, donde siguiendo mí mismo sistema del Seminario, en vez de asistir asiduamente a la Universidad, me di a dibujar los peñascos de la Virgen del Valle, el castillo de San Servando y los puentes del Tajo; y vagando día y noche como encantado por aquellas calles moriscas, aquellas sinagogas y aquellas mezquitas convertidas en templos, en vez de llenarme la cabeza de definiciones de Heinecio y de Vinnio, incrusté en mi imaginación los góticos rosetones y las preciosas cresterías de la Catedral y de San Juan de los Reyes, entre las leyendas de la torre de D. Rodrigo, de los palacios de Galiana y del Cristo de la Vega, a quien debo hoy mi reputación de poeta legendario.

Mi tío, el prebendado a cuya casa me había enviado mi padre, que había creído recibir en ella a un pajecillo que le ayudara a misa y le acompañara al coro llevándole el paraguas y el breviario, se escandalizó de que yo leyera a Víctor Hugo; a quien él confundía, sin que lograra yo sacárselo de la cabeza, con Hugo de San Víctor, expositor de Sagrada teología, de quien él suponía que los franceses habrían encontrado algunos versos inéditos; tomó muy a mal mi amistad con algunos estudiantes de la alta sociedad de Madrid, que como Pedro Madrazo eran condiscípulos míos de colegio, y concluyó por escribir a mi padre que yo no era más que un botarate, que más iba para pinta-monas que para abogado, según los papelotes que llenaba de piedras, de torres y de inscripciones ya en posesión de los búhos y cubiertas de telarañas.

No pluguieron mucho a mi padre los informes del prebendado toledano; y al año siguiente me envió a continuar mis estudios a Valladolid, bajo la inspección de un procurador de aquella Chancillería, y la protección del Rector de la Universidad, el ilustrado D. Manuel Tarancon, Obispo después de Córdoba y muerto Arzobispo de Sevilla. Hícelo yo allí mucho peor que en Toledo; y evocando mis recuerdos de niño en la ciudad donde había nacido, y encontrándome otra vez a Pedro Madrazo en aquella Universidad, continué dándome a estudiar piedras, ruinas y tradiciones, ayudado por los periódicos y publicaciones literarias que recibía de Madrid Pedro Madrazo; cuya casa era entonces emporio del arte, donde brillaban ya los cuadros de su hermano Federico, y donde Ochoa tenía la redacción de *El Artista*, el primer periódico literario e ilustrado de España.

Atraquémeme, pues, de Casimire de la Vigne, de Víctor Hugo, de Espronceda y de Alejandro Dumas, de Chateaubriand y de Juan de Mena, y del Romancero y de Jorge Manrique, y no pude digerir cuatro páginas del

Heinecio, ni de las Pandectas: en vista de lo cual, el procurador a quien por él estaba encargado, escribió a mi padre punto más de lo escrito por el prebendado: esto es, que yo no era más que un holgazán vagabundo, que me andaba por los cementerios a media noche como un vampiro, que me dejaba crecer el pelo como un cosaco, y que era, en fin, amigo de los hijos de los que no lo habían sido nunca de mi padre, como Miguel de los Santos Álvarez. Parece que su padre y el mío, ambos abogados relatores en otro tiempo de la Chancillería, realista mi padre y liberal el de Álvarez, no se habían mirado nunca de buen ojo. Los hijos, inconscientes y ajenos de las divisiones de los padres, nos amamos de mozos, y aún somos amigos en la vejez: cuestión de los tiempos y de los caracteres.

Enojóse mi padre, y con razón, con las noticias del bilioso procurador; gané yo curso por favor del Sr. Tarancon, y díjome mi padre, al enviarme por tercera vez a la Universidad de Valladolid: «tú tienes traza de ser un tonto toda tu vida, y si no te gradúas este año de bachiller a claustro pleno, te pongo unas polainas y te envío a cavar tus viñas de Torquemada.» Era mi padre muy hombre para hacer tal con su hijo; pero ya era yo hombre perdido para los estudios serios: odiaba a Justiniano y se me daba una higa de todos los doctores in utroque de todas las Universidades de España: adoraba en sueños a García Gutiérrez, a Hartzenbusch y a Espronceda; y ver una obra mía impresa, y apretar la mano de amigo a estos ilustres poetas, me parecía destino de más prez que el de llegar a ser un Floridablanca; el demonio de la poesía estaba ya posesionado de todo mi ser; y con disgusto de Tarancon y estupefacción del procurador, anuncié redondamente que así me graduaría yo a claustro pleno aquel año, como que volaran bueyes. Metiéronme, pues, en una galera, que iba para Lerma, a cargo del mayoral: pensé yo en el camino que mi vida en mi casa no iba a serme muy agradable; y sin pensar ¡insensato! en la amargura y desesperación en que iba a sumir a mi desterrada familia, en un descuido del conductor, eché a lomos de una yegua, que no era mía y que por aquellos campos pastaba, y me volví a Valladolid por el valle de Esgueba, que era otro camino del que la galera había traído.

Sirvióme mucho la equitación que en el colegio me enseñaron, porque la yegua era reacia y antojadiza; mas no me convenía en modo alguno dejarla volverse a la querencia de su establo, y entré sobre ella en Valladolid al anochecer, donde la vendí: y acomodándome en otra galera que para Madrid al amanecer salía, me desembanasté a los tres días en la calle de Alcalá, y me perdí a la ventura por las de esta coronada villa, huyendo de mis santos deberes y en pos de mis locas esperanzas, ahogando la voz de mi conciencia, y escuchando y siguiendo la de mi desatinada locura.

Mi familia, no creyéndome capaz de la resolución de abandonar para siempre mi casa paterna, me buscó por las de mis parientes de las provincias

de Burgos y de Palencia, donde suponía que me habría guarecido; y habiendo yo hecho mi fuga dándome por hijo de un artista italiano, gracias a mis principios de dibujo y a la lengua italiana que me era familiar, tardó mucho en dar con mi rastro. Presentéme yo a mis amigos y condiscípulos de Madrid; pero pronto tuve que esquivarme de los duques de Villahermosa y de los Madrazo, que recibieron cartas de mi padre, y que en vista de mi tenaz resistencia a volver a mi hogar, no creyeron prudente insistir con quien tan obstinadamente rechazaba sus amistosas amonestaciones.

Entonces.... ¡ay de mí! busqué y contraje otras amistades; unas de las que no quiero volver a acordarme, otras de las que jamás me olvidaré; como la de Manuel Assas, con quien gané algunos pocos reales enviando mis dibujos de la torre de Fuensaldaña y otros, con artículos arqueológicos escritos por Assas en francés, al Museo de las familias de París, y la de Jacinto Salas y Quiroga: poeta ya casi olvidado, que contó con mi pluma en donde quiera que llegó a meter los puntos de la suya. Entonces prediqué en las mesas del café Nuevo una política de locos, que hizo reír sin hacer afortunadamente prosélitos; y entonces escribí en un periódico que solo duró dos meses, al cabo de los cuales dio la policía tras de sus redactores, con el objeto de encararlos de hacer un viaje a Filipinas por cuenta del ministerio de la Gobernación. Vi yo la justicia, por el balcón, entrar por la puerta principal que bajo él estaba; y montando en la baranda de otro que se abría sobre un patio de una vecina casa, por la parte posterior de la de la redacción, caí diestra y silenciosamente a cuatro pies sobre sus enyerbadas losas; emboqué un callejón oscuro que ante mí se abría, y justificando mi apellido, me escurrí por él hasta la calle opuesta de la manzana; enfilé tranquilamente la de Peregrinos, subí la de Postas, mirando atentamente las tiendas como si tuviera letras que cobrar en alguna de ellas; y de recodo en recodo, y de callejón en pasadizo, di conmigo en la de la Esgrima, y en ella de manos a boca con un gitano a quien había salvado de ser fusilado dos años hacía en la tierra de Aranda. Víle y conocióme; preguntóme y respondíle; comprendióme a media palabra, y llevándome a un cuarto del núm. 30 y... tantos, trenzóme la melena, coloróme el semblante, y endosándome unas calzoneras y una chaqueta de pana, con un sombrero con más falda que una dolorosa de procesión, y una faja más ancha que la del Zodíaco, me sacó entre los de su cuadrilla por la puerta y puente de Toledo; sirviéndome de infalible seña gitanesca mi trenzada melena, que, riza y suelta, serbia de seña personal a los que me buscaban, de parte de mi familia, para volverme a mi casa, y de orden del gobernador de las tres ppp, D. Pio Pita Pizarro, a los que pretendían enviarme a saber lo que en Filipinas ocurría. Pasó una revolución a los pocos días con la desastrosa muerte del general Quesada en Hortaleza; pasó... lo que pasa en las revoluciones, un juicio final en cuarenta y ocho horas; y al cabo de diez días torné yo a pasar destrenzado y desteñido por la Puerta de Toledo, y volví a vivir a salto de mata, y a dormir

en casa de un cestero, que de portero habíamos tenido en la redacción de marras... y así me cogió en Madrid el día 12 de febrero de 1837, anterior con tres al del entierro de Larra, cuyos pormenores quedarán para una siguiente carta, a la cual sirve de preliminar esta de su afectísimo y agradecido amigo.

IV.

Comienzo a apercibirme, mi buen amigo Sr. Velarde, de que es más difícil de lo que creí la tarea que me he impuesto ahora, y de que hemos andado poco acertados en dar publicidad a estas mis cartas. Agloméranse en mi memoria, según las voy escribiendo, tantos pormenores, imposibles de suprimir si he de hacerme comprender; pasábanme tantas y tales cosas, y pasaba yo por tales y tan estrechos pasos y pasadizos en los días de la muerte y del entierro de Larra, que me temo que ni la benevolencia del director y de la redacción de El Imparcial para conmigo, ni la paciencia de sus lectores quieran pasarme el importuno relato de tan íntimos y personales recuerdos. Mas como quiera que ya es tarde para volverme atrás, voy a pasar a la carrera por sobre todos estos tan resbaladizos pasos; e imponiéndome esta tarea como una penitencia pública, seré claro y sincero en mi narración, para que mi claridad y sinceridad prueben a lo menos lealtad y modestia: probando que en la altura a que me ha elevado el favor público, no he perdido nunca de vista ni la nada en que yo nací, ni el polvo de que aquel me levantó.

Sigo, pues, adelante con mis recuerdos.

Habíase venido a Madrid, siguiendo mi mal ejemplo, mi grande amigo Miguel de los Santos Álvarez, en cuya casa pasé la noche que en Valladolid me detuve en mi fuga de la mía paterna, y único confidente de los secretos de mi corazón. Llevaba yo en éste dos afanes y dos esperanzas, que en un solo afán y en una esperanza sola se confundían: mi primer amor a una mujer, y la esperanza de conseguirla, y el amor a mi padre y la esperanza de sepultar su enojo bajo una montaña de laureles. Soñaba yo con una fama y una gloria tales, que obligaran a aquella mujer y a mi padre a tenderme sus brazos a un tiempo, asombrados y deslumbrados por el resplandor de mi nombradía. ¿Quién no delira a los diez y nueve años?

Álvarez estaba en Madrid con consentimiento de su familia hacia muy pocos días, y yo pasaba las noches en la bohardilla de mi pobre cestero, las mañanas en el hospedaje de Álvarez, el centro de los días en la Biblioteca Nacional, y las tardes y primeras horas de la noche vagando con Álvarez por las calles de la corte, como golondrinas nuevas que buscan por vez primera sitio en que colgar su nido en una tierra desconocida.

Y aconteció que entre las personas con quienes un día tropezamos en la Biblioteca, acertó a ser una la de un italiano al servicio del infante D. Sebastián, llamado Joaquín Massard, quien con un su hermano Federico andaba bien admitido por las tertulias y reuniones, que con su canto y alegre carácter amenizaban: el Joaquín y el Federico poseían dos deliciosas voces, de tenor el uno y de barítono el otro. Abordónos Joaquín Massard, que por Pedro Madrazo nos conocía, y nos dio de repente la noticia de que Larra se había suicidado al anochecer del día anterior. Dejónos estupefactos semejante noticia, y asombróle a él que ignorásemos lo que todo Madrid sabia, é invitónos a ir con él a ver el cadáver de Larra depositado en la bóveda de Santiago. Aceptamos y fuimos. Massard conocía a todo el mundo y tenía entrada en todas partes. Bajamos a la bóveda, contemplamos al muerto, a quien yo veía por primera vez, a todo nuestro despacio, admirándonos la casi imperceptible huella que había dejado junto a su oreja derecha la bala que le dio muerte; cortóle Álvarez un mechón de cabellos y volvímonos a la Biblioteca, bajo la impresión indefinible que dejaban en nosotros la vista de tal cadáver y el relato de tal suceso.

Aquí tengo que advertir a V., mi querido Velarde, que no volvíamos a la Biblioteca por nuestro afán de estudiar, sino porque siendo el hospedaje de Álvarez y la bohardilla de mi cestero estancias muy poco agradables para pasar el día, y estando la Biblioteca muy bien esterada y caldeada, pasábamos en ella todas las horas que estaba abierta, como hidalgos poco acomodados, en el abrigado alcázar de un opulento amigo que generosamente a los suyos lo franqueara.

A nuestra vuelta hálleme allí con un condiscípulo del colegio, quien enterado de mi posición, me dio una carta para su hermano D. Antonio María Segovia, propietario y director de El Mundo; uno de los periódicos mejor escritos que en Madrid se han publicado, rebosando de ingenio y de oportunísima vis cómica. En aquella carta pedía para mí a su hermano, mi condiscípulo, la plaza de un empleado que acababa de despedirse, diciéndole quién yo era, la educación que había recibido, y lo útil que yo podía ser, atendida la módica retribución del empleo que para mí solicitaba. Mi ambición era llegar a ser periodista, llegar a firmar el folletín de un periódico que llegase a manos de mi padre: tomé, pues, la carta de mi condiscípulo, y metiéndola en la cartera del capitán Antonio Madera (otro condiscípulo nuestro), la cual no sé ya por qué llevaba yo en el bolsillo, creí meter en ella mi fortuna.

Joaquín Massard, que en todo pensaba y de todo sacaba partido, me dijo al salir:

—Sé por Pedro Madrazo que V. hace versos.

—Sí, señor, le respondí.

—¿Querría V. hacer unos a Larra? repuso entablado su cuestión sin rodeos; y viéndome vacilar, añadió: «yo los haría insertar en un periódico, y tal vez pudieran valer algo.» Ocurrióme a mí lo poco que me valdrían con mi padre, desterrado y realista, unos versos hechos a un hombre tan de progreso y de tal manera muerto; y dije a Massard que yo haría los versos, pero que él los firmaría. Avínose él, y convíneme yo; prometíselos para la mañana siguiente a las doce en la Biblioteca; y despidiéndonos a sus puertas, echó Massard hacia la plazuela del Cordón donde moraba, y Álvarez y yo por la cuesta de Santo Domingo a vagar como de costumbre. Pensé yo al anochecer en los prometidos versos y fuíme temprano al zaquizamí, donde mi cestero me albergaba con su mujer y dos chicos, que eran tres harpías de tres distintas edades. No me acuerdo si cenamos: pero después de acostados, metíme yo en mi mechinal, con una vela que a propósito había comprado.

En aquella casa no se sabía lo que era papel, pluma ni tinta; pero había mimbres puestos en tinte azul, y tenía yo en mi bolsillo la cartera del capitán con su libro de memorias. Hice un kalam de un mimbre como lo hacen los árabes de un carrizo y tomando por tinta el tinte azul en que los mimbres se teñían.....

He aquí, Sr. Velarde, cómo se hicieron aquellos versos, cuya copia trasladé a un papel en casa de Miguel Álvarez a la mañana siguiente, y partí a entregar mi carta al director de El Mundo.

Salió a recibirme a una antecámara: presentéle la carta, y mientras la leía, penetraron mis ojos indiscretos en el aposento inmediato, cuya puerta había dejado él abierta. Parecióme a mí la de un paraíso: una mujer pequeña y fina, esbelta y ondulosa como una garza, con una cabellera como los arcángeles de Guido Reni y con dos ojos límpidos y serenos como los de las gacelas, esperaba reclinada en un mueble a que su marido concluyera con el importuno que había venido a separarle de ella. Cuando aquel me dijo, con los más atentos modales, que sentía no necesitarme porque acababa de dar a otro la plaza que su hermano le pedía, me marché cabizbajo y cariacontecido, pero convencido perfectamente de que un hombre que tenía aquella mujer no debía necesitar de mí ni de nadie, y di conmigo en la Biblioteca. No estaba ya en ella Joaquín Massard, pero me había dejado una tarjeta, en la que me decía: «¿Puede V. traerme los versos a casa, a las tres? Comerá V. con nosotros.»

A los tres cuartos para las tres eché hacia la plaza del Cordón; los Massard habían comido a las dos: la hora del entierro, que era la de las cinco, se había adelantado a la de las cuatro. Los Massard me dieron café; Joaquín recogió mis versos y salimos para Santiago. La iglesia estaba llena de gente; hallábanse en ella todos los escritores de Madrid, menos Espronceda que estaba enfermo. Massard me presentó a García Gutiérrez, que me dio la mano y me recibió como se recibe en tales casos a los desconocidos. Yo me quedé

con su mano entre las mías, embelesado ante el autor de El Trovador, y creo que iba a arrodillarme para adorarle, mientras él miraba con asombro mi larga melena y el más largo levitón, en que llevaba yo enfundada mi pálida y exigua personalidad.

El repentino y general movimiento de la gente nos separó, avanzó el féretro hacia la puerta; ordenóse la comitiva; ingirióme Joaquín Massard en la fila derecha, y en dos larguísimas de innumerables enlutados nos dirigimos por la calle Mayor y la de la Montera al cementerio de la Puerta de Fuencarral.

Mohíno y desalentado caminaba yo, poniendo entre los días nefastos aquel aciago en que me habían negado una plaza en El Mundo, había llegado tarde a la mesa, y en que iba, por fin, ayuno, a enterrar a un hombre, cuyo talento reconocía, pero que no entraba en la trinidad que yo adoraba, y que componían Espronceda, García Gutiérrez y Hartzembusch. Parecíame que con aquel muerto iba a enterrarse mi esperanza, y que nunca iba yo a tener un papel en que enviar impresos mis delirios a la mujer a quien había pedido un año de plazo para pasar de crisálida a mariposa, ni mis versos laureados al padre a quien con ellos había esperado glorificar. Así, el más triste de los que íbamos en aquel entierro, marchaba yo en él, envuelto en un sur tout de Jacinto Salas, llevando bajo él un pantalón de Fernando de la Vera, un chaleco de abrigo de su primo Pepe Mateos, una gran corbata de un fachendoso primo mío, y un sombrero y unas botas de no recuerdo quiénes; llevando únicamente propios conmigo mis negros pensamientos, mis negras pesadumbres y mi negra y larguísima cabellera.

Llevaba yo, y veníanme, sin embargo, todas aquellas ajenas prendas como si para mí hubieran sido hechas; y traídas, pero no maltratadas, no revelaban que su portador salía con ellas bien cepilladas del alto zaquizamí de mi hospitalario cestero.

Llegamos al cementerio: pusieron en tierra el féretro y a la vista el cadáver; y como se trataba del primer suicida, a quien la revolución abría las puertas del campo santo, tratábase de dar a la ceremonia fúnebre la mayor pompa mundana que fuera capaz de prestarla el elemento laico, como primera protesta contra las viejas preocupaciones que venía a desenrocar la revolución. D. Mariano Roca de Togores, que aún no era el marqués de Molins, y que ya figuraba entre la juventud ilustrada, levantó el primero la voz en pro del narrador ameno del Doncel de D. Enrique, del dramático creador del enamorado Macías, del hablista correcto, del inexorable crítico y del desventurado amator. El concurso inmenso que llenaba el cementerio quedó profundamente conmovido con las palabras del Sr. Roca de Togores, y dejó aquel funeral escenario ante un público preparado para la escena imprevista que iba en él a representarse. Tengo una idea confusa de que hablaron, leyeron y dijeron versos algunos otros: confundo en este recuerdo al conde de las

Navas, a Pepe Díaz..... no sé..... pero era cuestión de prolongar y dar importancia al acto, que no fue breve. Ibase ya, por fin, a cerrar la caja, para dar tierra al cadáver, cuando Joaquín Massard, que siempre estaba en todo y no era hombre de perder jamás una ocasión, no atreviéndose, sin embargo, a leer mis escritos con su acento italiano, metióse entre los que presidian la ceremonia, advirtiéndoles de que aún había otros versos que leer, y como me había llevado por delante, hízome audazmente llegar hasta la primera fila, púsome entre las manos la desde entonces famosa cartera del capitán, y hálleme yo repentina e inconscientemente a la vera del muerto, y cara a cara con los vivos.

El silencio era absoluto: el público, el más a propósito y el mejor preparado; la escena solemne y la ocasión sin par. Tenía yo entonces una voz juvenil, fresca y argentinamente timbrada, y una manera nunca oída de recitar, y rompí a leer..... pero según iba leyendo aquellos mis tan mal hilvanados versos, iba leyendo en los semblantes de los que absortos me rodeaban, el asombro que mi aparición y mi voz les causaba. Imaginéme que Dios me deparaba aquel extraño escenario, aquel auditorio tan unísono con mi palabra, y aquella ocasión tan propicia y excepcional, para que antes del año realizase yo mis dos irrealizables delirios: creí ya imposible que mi padre y mi amada no oyesen la voz de mi fama, cuyas alas veía yo levantarse desde aquel cementerio, y vi el porvenir luminoso y el cielo abierto..... y se me embargó la voz y se arrasaron mis ojos en lágrimas..... y Roca de Togores, junto a quien me hallaba, concluyó de leer mis versos; y mientras él leía..... ¡ay de mí! perdónenme el muerto y los vivos que de aquel auditorio queden, yo ya no los veía; mientras mi pañuelo cubría mis ojos, mi espíritu había ido a llamar a las puertas de una casa de Lerma, donde ya no estaban mis perseguidos padres, y a los cristales de la ventana de una blanca alquería escondida entre verdes olmos, en donde ya no estaba tampoco la que ya me había vendido.

¡Feliz aquel cuyo primer amor se malogra! ¡Desventurado aquel cuyo primer delito es una rebelión contra la autoridad paterna! Al primero le abre Dios el paraíso terrenal: del segundo no deja que repose la conciencia.

Cuando volviendo de aquel éxtasis, aparté el pañuelo de mis ojos, el polvo de Larra había ya entrado en el seno de la madre tierra: y la multitud de amigos y conocidos que me abrazaban no tuvieron gran dificultad en explicar quién era el hijo de un magistrado tan conocido en Madrid como mi padre.

Pero, ¿sabe V., mi buen Velarde, quién era entonces, lo que valía y cómo y por quién llegó a ser famoso su agradecido amigo?

La importuna pregunta con que concluí mi artículo-carta del lunes 20 de Octubre, me obliga a dirigirle a usted esta, mi estimado Sr. Velarde.

Tal vez enoja a V. ya, mi querido poeta, el verse tomado en pluma, que no puede aquí, a mi ver, decirse en boca, por un viejo impertinente que se empeña en contarle sus necesidades de muchacho; pero disimule usted tal impertinencia, porque tiene sólo por móvil mi gratitud a V. por su artículo del lunes 29 de Setiembre, con el cual motivó V. la publicación de estas mis cartas. Usted pertenece al porvenir, y mira naturalmente hacia adelante; al mirar yo hacia atrás, porque pertenezco al tiempo viejo, al relatar a V. lo que en él fui, tenga V. presente que no pretendo servirle a V. de ejemplo, sino de escarmiento; puesto que viviendo yo hoy persuadido de que el porvenir le guarda a V. un muy elevado lugar en la república de las letras, quisiera yo por la mucha estima en que le tengo, que las suyas le dieran tanta fama como a mí las mías, pero que le fueran de más utilidad y provecho. Por eso no más voy a decir a V. lo más sucintamente posible quién era, lo que valía y cómo y por quién llegué yo a ser tan famoso en aquel viejo tiempo, cuyos recuerdos me complazco ahora en evocar, no quiera Dios que con hastío o impaciencia de V. y de los suscritores de El Imparcial.

No teman estos, y sea esto advertido de paso, que llene yo sus columnas con los insignificantes y poco trascendentales sucesos de mi vida. A mí, que no he ocupado jamás ningún cargo público, que no he sido ni embajador, ni ministro, ni siquiera individuo de corporación ni academia alguna, jamás me ha sucedido nada que sea digno de ser sabido, ni menos contado: ni me acosa tampoco vanidad tal ni tal comezón de bombo, que intente no dejar pasar un lunes sin hablar de mí mismo, para que no me olviden mis contemporáneos, ni se den los venideros de calabazadas por mis estupendas fechorías. Para que mis contemporáneos no me olviden, basta ese bravucón inocente y desvergonzado perdonavidas llamado D. Juan Tenorio, que está encargado contra mi voluntad y por la del pueblo español, de no dejarme olvidar en España; y con decir de este drama mío y del Zapatero y el Rey cómo y por qué fueron escritos y cómo y por quién fueron y son hoy representados, pienso dar fin a estos mis recuerdos del tiempo viejo; y siquiera sea con pesadumbre de algunos, y desengaño de muchos, será también con honrado cumplimiento del deber mío y descargo de mi conciencia.

Continúo, pues, mi relato, tomándolo en el mismo cementerio de Fuencarral, donde lo dejé.

Rompiendo por entre los amigos que me abrazaban, los entusiastas que me felicitaban y los curiosos que absortos me contemplaban, enfundado en mi gran surtout de Jacinto Salas y circundado por mi flotante melena, un mancebo pálido y aguileño, de resueltos modales y de atrevida y casi insolente mirada,

me asió cariñosamente de las manos, diciéndome: «Tenga V. la bondad de venirse conmigo, para presentarle a dos personas que desean conocerle.» Seguíle, y sacándome de aquella confusión, me hizo subir a una cómoda y elegante carretela, cuyos dos asientos, uno del fondo y otro de adelante, estaban ocupados por dos individuos del sexo feo, cuya fisonomía no podía yo ver ya bien, porque ya era casi de noche. Saludáronme y correspondiles; colocáronme en el asiento de honor; colocóse mi presentador en frente de mí; cerró el lacayo la portezuela, y a la voz del de mi izquierda, que dijo: «Calle de la Reina,» salieron a un resueltísimo trote las dos poderosas yeguas que nos arrastraban: y, como dicen los mejicanos, «de las vidas arrastradas, la mejor es la del coche,» y aquella carretela inglesa estaba maestramente montada sobre sus muelles. Hablábanme dos, de los tres con quienes en ella iba, y contestábales yo, sin recordar ya de lo que hablamos, y sin saber entonces con quiénes, en la semi-oscuridad crepuscular.

La dirección dada a la calle de la Reina era a la fonda de Genyes, que era entonces lo que hoy Fornos y Lhardy; de donde yo deduje que mis nuevos amigos moraban o comían en ella habitualmente, puesto que el nombre de la calle había bastado al cochero para sentar en firme sus yeguas a la puerta de la fonda. En un gabinete estaba preparada una mesa con tres cubiertos; añadieron el cuarto para mí; desembarazáronse ellos de sus abrigos exteriores, quedándome yo con el mío por razones que no son del caso; sentámonos a la mesa y presentóme mi presentador a mis comensales. El de mi derecha era Buchental, llegado a Madrid hacia pocos meses; nuestro anfitrión era un rubio como de cuarenta años, de amenísima conversación, con la cual demostraba que había viajado mucho, de cuyo nombre no me he podido volver a acordar, a quien no he vuelto a ver más, y por quien no tuve después ocasión de preguntar a mi resuelto y aguileño presentador: que era ni más ni menos que Luis González Brabo, antes de ser diputado, embajador y ministro. Desde aquella tarde fue para mí Luis, como yo para él fui Pepe; la suya fue la primera mano en que me apoyé para poner mi pie derecho en el primer escalón del efímero alcázar de mi fama: y desde entonces no he tenido un más bravo amigo que González Brabo. No era por entonces más que tijera en no recuerdo qué periódico; pero según fue ascendiendo por la escala de la fortuna, se volvió a mí desde cada peldaño que subía, a tenderme aquella misma mano con que me sacó del cementerio; pero mi objetivo, como hoy se dice, no era la política, y con tanta pena suya como desdén mío, le dejé subir solo. Ignoro lo que fue Luis Brabo social o políticamente considerado, porque he vivido veinte años fuera de España y once en América, sin correspondencia con Europa; cuando volví a Madrid en 1866 era presidente del Consejo de ministros y decían que tenía la nación en sus manos; pero para mí fue el mismo Luis Brabo, que me la tendió como en 1837; el primer amigo del poeta Zorrilla.

Aquí dirá V., mi querido poeta Velarde: ¿cómo el primero? ¿Pues y los Villa-Hermosa y los Madrazo, y Assas y Miguel Álvarez y Fernando de la Vera, sus condiscípulos de Universidad y del Seminario? ¿Y Joaquín Massard y Roca de Togores cuyas manos tomaron de las de V. los versos que le abrieron las puertas de la sociedad y le dieron la nombradía?—Los Villa-Hermosa, los Madrazo, Álvarez y de la Vera, eran los amigos de mi niñez: los del estudiante y del condiscípulo; los amigos cariñosos, casi los hermanos, del mancebo que iba a ser hombre; la casualidad llevó a Massard a la biblioteca y me puso al lado de Roca de Togores en el cementerio: pero Luis Brabo buscó el primero al poeta y no abandonó jamás al amigo. La primera obligación del narrador es ser verídico: la del hombre bien nacido la de ser justo: la del hombre noble ser agradecido. Desde la fonda me llevó Luis Brabo, orgulloso de llevarme, al café del Príncipe, donde hallé a Breton, a Ventura, a Gil y Zárate, a García Gutiérrez, que me reconoció y con quien trabé pronto amistad; al buen Hartzzenbusch, a quien quise desde aquella noche como a un hermano mayor, y que fue parte y testigo de sucesos íntimos y posteriores de mi vida, y en fin, a la mayor parte de los que por entonces figuraban en las letras y en las artes.

No sé quién me llevó a las diez a casa de Donoso Cortés, que aún no era el marqués de Valdegamas: allí encontré a Nicomedes Pastor Díaz y a D. Joaquín Francisco Pacheco, quienes con el conocido jurisconsulto Pérez Hernández, estaban tratando de publicar su periódico El Porvenir.—Preguntáronme mil cosas: examináronme, sin que de ello me apercibiera, de lo que había aprendido en el colegio; indagaron lo que había leído, lo que me había propuesto. Yo era un chico, no cumplí veinte años hasta cuatro días después del de la muerte de Larra: estaba animado por el éxito de aquella tarde y por los plácemes y aplausos que acababa de recibir en el café del Príncipe; recítéles mi destartalada composición «A Venecia», el romancillo de unos Gomeles que corrían por la vega de Granada, y unas redondillas a una dueña de negra toca y monjil morado, que sea dicho de paso y con perdón de mis admiradores, pero en Dios y en mi ánima creo que no sabía yo entonces lo que era monjil, según el color morado episcopal de que le teñí. Donoso y sus amigos debieron apercibirse de mi poco saber; pero se fascinaron con las circunstancias fantásticas de mi aparición, y con la excentricidad de mi nuevo género de poesía y de mi nueva manera de leer, y me ofrecieron el folletín de El Porvenir con 600 reales mensuales; único sueldo que en este periódico se debía de pagar, porque iban a escribirle sin interés de lucro, en pro de su política comunión.—Diéronme a traducir para el periódico uno de los infantiles cuentos de Hoffmann, y a las doce me llevó Pastor Díaz consigo a su casa.—Pastor Díaz, cuya alma de niño simpatizó con la ignara candidez de la mía, me entretuvo hasta muy avanzada hora, desde la cual hasta la de su muerte, me tuvo el más fraternal cariño.

No era ya aquella la de volver a recogerme a la bohardilla del cestero, y... a pesar del frío, vagué por las calles hasta el nuevo día, abrigado interiormente con el champagne y el café de mi generoso y desconocido anfitrión, y exteriormente sostenido con la esperanza y las ilusiones de mis aún no cumplidos veinte años.

No recuerdo ya donde me amaneció; pero a las ocho estaba ya a la cabecera de la cama de Álvarez, contándole mis venturas del día anterior; de las cuales nada sabía, no habiéndole yo podido buscar desde que hacia veinte horas me había separado de él, para ir a llevar mi carta a El Mundo y mis versos a Massard.—Asombróle primero lo sucedido; alegróle después; lloramos, reímos, ayudéle a vestir, y saltamos y cantamos al rededor del chocolate como los indios de Fenimore Cooper al rededor del postre de la guerra; la patrona creyó que nos había caído la lotería.

Como si tal nos hubiera acontecido, nos echamos a la calle y comenzamos a dar fin a los pocos duros que le quedaban a Álvarez; declarámonos los dos modernos Píldes y Orestes; presentéle yo a cuantos me presentaron; presentóme él a la que después fue mi mujer, y cuando llegaron a nuestras manos mis primeros treinta duros de «El Porvenir», de Donoso, nos creímos dueños del Universo.

VI.

Como el relato de las muchachadas de ambos no entra por nada en la explicación de mis preguntas finales en el artículo del lunes último, voy adelante con mis desatinos personales. Escribí muchos en El Porvenir: a Cervantes y a Calderón, cuantos pudieron ocurrírseme, y a la luna de enero, donde dije que el cielo era ojo de la eternidad y la luna su pupila; escribí, en fin, los suficientes para impacientar a cuantos tenían sentido común y estudios, y gusto en las bellas letras; pero Nicomedes y Donoso seguían sosteniéndome y animándome, y yo seguí asombrando al público con la multitud de mis poéticos engendros.

Una noche me encontré al volver a mi casa de pupilaje, una carta de D. José García Villalta que decía: «Muy señor mío: he tomado la dirección de El Español, periódico cuyas columnas surtía Larra con sus artículos: pues la muerte se llevó al crítico dejándonos al poeta, entiendo que éste debe de suceder a aquel en la redacción de El Español. Sírvase V., pues, pasar por esta su casa, calle de la Reina, esquina a la de las Torres, para acordar las bases de un contrato. Suyo, afectísimo, J. G. de Villalta.»

Era este el autor de *El golpe en vago*, la novela mejor escrita de las de la colección primera del editor Delgado. Teníale yo en mucho desde que la había leído, y las relaciones entabladas con el hombre acrecentaron mi respeto y mi estimación hacia el escritor. Villalta era un hombre de mucho mundo y de un profundo conocimiento del corazón humano: de una constitución vigorosa, con una cabeza perfectamente colocada sobre sus hombros; de una fisonomía atractiva y simpática, con una boca fresca, cuya sonrisa dejaba ver la dentadura más igual y limpia del mundo. Su cabellera escasa era rubia y rizada, y no he podido nunca explicarme el por qué su busto abultado de contornos me recordaba el olímpico busto de Nerón, pero del Nerón poeta y gladiador en su viaje a Grecia: el Nerón que ponía fuego a dos viejos barrios de Roma para obligar al municipio republicano a construir otro nuevo, tan suntuoso como la mansión palatina que él junto a lo incendiado habitaba. Yo tengo a Nerón por un emperador muy calumniado; y desde que he vivido en Roma, estoy convencido de que hizo bien en quemar lo que quemó, para que se construyera lo que se construyó; y a este Nerón que yo me figuro, es el Nerón a quien me figuraba yo que se parecía Villalta.

El hecho es que Villalta era todo un hombre: sobrio y diligente, pero gracioso y amabilísimo; como andaluz de la buena raza, su trato era fascinador; y en cinco minutos hizo de mí lo que le convino en nuestra primera entrevista; el cuarto en que esta pasó influyó sin duda en mi aceptación. Era una sala grande cuadrada, en cuyas blancas paredes no tenía Villalta más adornos que dos espadas de combate, dos sables de academia de armas y un magnífico par de pistolas. Una grandísima mesa de despacho cargada de papeles estaba entre él y yo, y por una puerta entreabierta se veía en el inmediato aposento el baño del que acababa de salir.

Vio Villalta que no era yo hombre de abandonar a Donoso y a Pastor Díaz, sin una grave razón, y me dio una carta para ellos, en la que les decía las proposiciones que me había hecho y las razones que yo le daba. El *Porvenir* tenía apenas suscripción, y *El Español* la tenía numerosa. Si me querían bien, debían dejarle dar a mis versos la más lata publicidad, etc.

Ofrecíame un sueldo con que no había yo contado nunca, y que entonces creo que no sabía contar en moneda efectiva: pagarme aparte las poesías del número de los domingos, que era una revista de mayor tamaño; la colaboración en el folletín con Espronceda convaleciente ya de una larga enfermedad, y mi presentación inmediata en su casa por él en persona. Espronceda era el ídolo de mis creencias literarias. Donoso y Pastor Díaz me autorizaron abrazándome para abandonarles, y me pasé al campo de Villalta sin traición ni villanía.

Continué en él publicando centenares de versos, entre los cuales había algunos chispazos de ingenio que hacían, por efecto de la moda, no parar

mientes en mis infinitos y excéntricos disparates. Es verdad que contribuían a darlos boga las lecturas que de ellos hacía en los salones del Liceo, en el palacio de los duques de Villahermosa, quienes, ausentes de Madrid a la sazón, se los habían cedido a aquella sociedad literaria y artística. Era el Liceo... Pero ya ha dicho lo que era en La Ilustración el ameno Curioso parlante D. Ramón de Mesonero Romanos; y ante él arría bandera quien en su juventud supo aprovecharse de su picante y donosa crítica, y hoy se complace en hallar una ocasión de darle una prueba pública de consideración y respeto. Allí, en el Liceo, reñí yo y gané grandes batallas, y cobré fama de gran lector; allí ayudé a subir a la tribuna y entrar en la palestra literaria a Rodríguez Rubí, con su precioso romance de la venta del jaco; allí coroné una noche a Carolina Conrado y presenté una mañana a Gertrudis Avellaneda; allí... pero lo que sucedió allí lo sabe todo el mundo, y lo que no sepa se lo dirá mejor que yo el Curioso Parlante.

Ya se lo ha dicho en La Ilustración del 22 de Octubre: «de allí salieron los que allí figuraron después como ministros, embajadores, consejeros, senadores, diputados y publicistas, alternando en diversos bandos y épocas, según la marcha de los sucesos: y sólo Zorrilla y el que esto escribe se obstinaron en conservar su independencia y su nombre exclusivamente literario, sin aspirar a su engrandecimiento por otros caminos; con la circunstancia en pro de Zorrilla de que a mí sólo me faltaba la ambición, y a Zorrilla le faltaban la ambición y la fortuna.» Esto dice D. Ramón de Mesonero Romanos, y Dios le bendiga como yo le agradezco que lo haya dicho.

Lo que no dice y le voy a decir yo a V., mi querido Velarde, es cómo éste a quien llama ilustre, corriendo quijotesca mente tras de ideales fantásticos, no era en la vida social ni en la literaria más que un tonto y un ingrato.

VII.

Lenta y perezosa carrera lleva mi correspondencia epistolar con V., mi querido poeta, interrumpida dos veces por versos que no pudieron menos de ser en su lugar publicados: atañendo ambas a asuntos tan perentorios y tan de actualidad como es el de las inundaciones y el de mi escaso beneficio. Concluyo, pues, con las noticias que de mí me propuse dar a V. y Dios haga que la gente de hoy vea bajo su verdadero punto de vista, y tome en su sentido verdadero, lo que de mí me resta que decirle.

Una tarde me dijo Villalta: «esta noche iremos a casa de Espronceda, que ya desea ver a V.» Figúrese usted que un creyente hubiera enviado por escrito

su confesión al Papa, y que S. S. le hubiera contestado: «venga V. esta noche por la absolución o la penitencia» esta fue mi situación desde las cuatro de la tarde, hora en que Villalta me anunció tal visita, hasta las nueve de la noche, hora en que se verificó. Yo creía, yo idolatraba en Espronceda. Si aquel oráculo divino a quien yo iba a consultar desaprobaba mis versos, si aquel ídolo a cuyos pies iba yo a postrarme desdeñaba mi homenaje, no tenía más remedio que irme a buscar a mi padre a la corte de Oñate, y suplicarle contrito que me matriculase en la Universidad de Vergara.

Villalta leyó sonriendo en mi fisonomía lo que pasaba en mi interior, y me condujo en silencio a la calle de San Miguel, núm. 4. Espronceda estaba ya convaleciente, pero aún tenía que acostarse al anochecer. Introdújome Villalta en su alcoba, y diciendo sencillamente «aquí tiene V. a Zorrilla», me empujó paternalmente hacia el lecho en que estaba incorporado Espronceda. Yo, no encontrando una palabra que decir, sentí brotar las lágrimas de mis ojos, los brazos de Espronceda en mi cuello, sus labios en mi frente, y su voz que decía a Villalta, «es un niño».

Hubo un minuto de silencio, del cual no he sabido nunca hacer un poema: Villalta se despidió y nos dejó solos; de la conversación que siguió... no me acuerdo ya: al cabo de media hora nos tuteábamos Espronceda y yo, como si hiciera veinte años que nos conociéramos; pero la luz que estaba en el gabinete no iluminaba la alcoba, en cuya penumbra no había yo todavía visto a Espronceda; «no te veo», le dije; «pues trae la luz», me respondió; y trayendo yo la bujía, le contemplé por primera vez, como a la primera querida que me hubiera dado un beso a oscuras.

La cabeza de Espronceda rebosaba carácter y originalidad. Su cara, pálida por la enfermedad, estaba coronada por una cabellera negra, riza y sedosa, dividida por una raya casi en el medio de la cabeza y ahuecada por ambos lados sobre dos orejas pequeñas y finas, cuyos lóbulos inferiores asomaban entre los rizos. Sus cejas negras, finas y rectas, doselaban sus ojos límpidos e inquietos, resguardados como los del león por riquísimas pestañas: el perfil de su nariz no era muy correcto, y su boca desdeñosa, cuyo labio inferior era algo aborbonado, estaba medio oculta en un fino bigote y una perilla unida a la barba, que se rizaba por ambos lados de la mandíbula inferior. Su frente era espaciosa y sin más rayas que la que de arriba abajo marcaba el fruncimiento de las cejas; su mirada era franca, y su risa pronta y frecuente, no rompía jamás en descompuesta carcajada. Su cuello era vigoroso y sus manos finas, nerviosas y bien cuidadas. A mí me pareció una encarnación de Píndaro en Atinoo: de tal modo me fascinó su belleza varonil, su conversación animada y la alta inspiración de su poesía. Espronceda sabía más que la mayor parte de los que después de él hemos alcanzado reputación: discípulo de Lista como Ventura de la Vega y Escosura, era buen latino y erudito humanista; pero

empapado en la poesía inglesa de Shakespeare, Milton y Pope, era la personificación del clasicismo apóstata del Olimpo, y lanzado, Luzbel-poeta, en el infierno insondable y nuevamente abierto del romanticismo.

Espronceda era leal, generoso y bueno: la política y los amigos le dieron un carácter y una reputación ficticia, que jamás le pertenecieron; y las medianías vulgares le han calumniado después de su muerte, hasta atribuirle versos y libros infames, que jamás pensó en producir.

A la tercera visita que le hice de día, me cansé de la sociedad de sus amigos: no porque su conversación me espantara, sino por que no la comprendía; vivía yo dado a mi trabajo, y no conocía a nadie de los ni de las de quiénes allí se hablaba. Una noche entré en su alcoba después de las doce: dolores articulares y escasez necesaria de nutrición teníanle a él desvelado, y a mí con pocas ganas de recogerme temprano la estrechez de mi pupilaje.

—Vengo a esta hora—le dije—porque es en la que no tienes amigos en tu casa.

—¿No te gustan mis amigos?

—No.

—Pues hablemos de otra cosa; y me alegro de que tengas libres estas horas, que son para mí las más insoportables; ¡tardo tanto en conciliar el sueño!..

Hacía poco que le había abandonado Teresa: yo ni la conocía, ni aun tenía por entonces conocimiento de que existiese: yo no conocía de la vida de Espronceda más que sus escritos; yo adoraba al poeta, y aun no conocía del hombre ni siquiera la persona, puesto que no le veía más que en el lecho donde le retenía su enfermedad.

Seguí pues yendo a visitarle después de medianoche.

Y de aquellas conversaciones a solas con Espronceda sí que podría yo hacer un libro; pero hay libros que no deben ser leídos hasta cuarenta años después de escritos.

Espronceda y yo nos quisimos y nos estimamos siempre; pero nuestras diversas costumbres, aunque no las entibiaron, hicieron menos frecuentes nuestras relaciones. Yo deserté el primero del cafetín del teatro del Príncipe, en donde nos juntábamos, y me pasé al de Sólito, con los Gil y Zárate, G. Gutiérrez y otros, a quienes comenzó a importunar el elemento militar y político que se incrustó allí en el literario; y con motivo de mi primer matrimonio, del cual Espronceda no se atrevió a hablarme más que una vez, comprendió que el niño era ya hombre; y habiendo ya escrito *El Cristo de la Vega* y *Margarita la Tornera*, estimó al hombre como un hermano y al poeta

como ingenio privilegiado que él era, y que no tenía nada que envidiar al mozo atrevido que osaba trepar a tientas al Parnaso.

Encerréme yo en mi casa y seguí produciendo libros: García Gutiérrez me dio la mano para presentarme en la escena, o más bien me sacó a ella en brazos, en un drama que escribimos juntos, y comencé la vida aislada y poco social que he llevado siempre. La gimnasia, que necesitaba mi sietemesina naturaleza, el tiro de pistola, que en tiempos tan revueltos no era inútil estudio, y los paseos a caballo por fuera de puertas, eran mis perennes entretenimientos; en medio de los cuales escribí once tomos de versos, de los cuales no he sabido jamás cuatro de memoria.

El Liceo concluyó entre tanto, saliendo sus socios más notables para las embajadas, los ministerios y los destinos más importantes de la nación: Mesonero Romanos se fue a su casa, cargado de memorias, y yo a la mía de coronas de papel recogidas en una función de obsequio que se me dio, y con un álbum en cuya primera hoja escribí S. M. la Reina D. ^a Isabel. Tal fue el fin y el fruto que yo saqué del Liceo.

Salustiano Olózaga, a quien había hecho emigrar mi padre cuando era superintendente general de policía, y que fue uno de mis mejores amigos, me ofreció la entrega de mis bienes paternos, que habían sido secuestrados; pero yo rehusé incautarme de ellos, creyendo que «pues había abandonado mi casa, había renunciado a mis derechos de hijo...» Olózaga vio que yo era un tonto: mi padre me lo dijo cuando volvió de su emigración, y yo lo creo ahora que lo escribo. Mi quijotesco modo de ver las cosas y mi caballescico desprendimiento no fue apreciado por nadie: mi padre me dijo que había hecho mal en no aprovechar mi favor en el partido liberal, sacrificio que yo creía muy agradable a su intransigencia realista; mi extrañamiento de la sociedad y mi vida oscura de diario trabajo, no me procuró más amigos que el público; y como todos no son nadie, no tuve más amigo que mi trabajo; y como corriendo los tiempos cambian las aficiones y las predilecciones sociales, yo gané mucha fama con dos o tres afortunadas obras, y llegué a la vejez como la cigarra de la fábula. Pero en mis famosas obras se revela la insensatez del muchacho falto de mundo y de ciencia, exento de todo sentido práctico, y jamás apoyado en principio alguno fijo.

Yo debía mi fama a mis inspiraciones románticas de Toledo.

Aquella gótica catedral, cuyas esculturas se habían levantado de sus sepulcros para venir a cruzar por mis romances y mis quintillas; aquel órgano y aquellas campanas que en ellos habían sonado; aquellos rosetones, capiteles y doseletes; aquellos claustros católicos, aquellas mezquitas moriscas, aquellas sinagogas judías, aquel río y aquellos puentes y aquellos alcázares que habían dado a mis repiqueteados y desiguales versos la vistosa apariencia de sus

festonadas labores de imaginería y de crestería, no me habían merecido más que el desprecio de su antigüedad y la mofa de su perdida grandeza; y aquel pueblo, a cuyas costumbres, a cuyas tradiciones y a cuyas consejas debía yo todo el valor de mi poesía lírica y legendaria, no me mereció más que el epíteto de imbécil, en aquella estrofa, padrón de mi infamia:

Hoy sólo tiene el gigantesco nombre,
parodia con que cubre su vergüenza:
parodia vil en que adivina el hombre
lo que Toledo la opulenta fue.

Tiene un templo sumido en una hondura,
dos puentes y entre ruinas y blasones
un alcázar sentado en una altura
y un pueblo imbécil que vegeta al pie.

¿Concibe V. poeta más necio y más ingrato, mi querido Velarde? ¿Por qué llamé yo imbécil al pueblo de Toledo? ¿Porque era religioso y legendario, y pretendía yo echármelas de incrédulo y de volteriano? Pues entonces, ¿por qué seguía buscando fama y favor con mi poema de María y con el carácter religioso y creyente de todas mis obras? Porque el imbécil era yo: y gracias a Dios que me ha dado tiempo, juicio y valor civil para reconocer y confesar públicamente en mi vejez mi juvenil imbecilidad.

En cuanto a mi ingratitud... por más que me avergüence y me humille tal confesión, no quiero morir sin hacerla. La muerte de Larra fue el origen de mis versos leídos en el cementerio. Su cadáver llevó allí aquel público, dispuesto a ver en mí un genio salido del otro mundo a éste por el hoyo de su sepultura; sin las extrañas circunstancias de su muerte y de su entierro, hubiera yo quedado probablemente en la oscuridad, y tal vez muerto en la más abyecta miseria; y apenas me vi famoso, me descolgué diciendo un día:

Nací como una planta corrompida
al borde de la tumba de un malvado, etc.

He aquí un insensato que insulta a un muerto, a quien debe la vida; que intenta deshonorar la memoria del muerto a quien debe el vivir honrado y aplaudido. ¿Concibe V., Sr. Velarde, un ente más ingrato ni más imbécil? Pues ese era yo en 1840; mezcla de incredulidad y superstición, ejemplar inconcebible de progresista retrógrado, que ignoraba, por lo visto, hasta la acepción de las palabras que escribía.

Han transcurrido treinta y nueve años: nadie ha venido jamás a pedirme

cuenta de mis palabras, y aprovecho la primera, aunque tardía, ocasión que a la pluma se me viene, para dar a quien corresponde una satisfacción espontánea y jamás por nadie exigida; quiero decir: a los toledanos de hoy y a los hijos de Larra.

Y en estas últimas líneas, con las que con V. corto mi correspondencia, fundo yo más vanidad, mi querido Velarde, y espero que halle V. más motivo de estimación que en los cuarenta tomos de versos que lleva escritos el autor de D. Juan Tenorio.

VIII.

Abreviemos este relato, sobre el cual deseo pasar como sobre ascuas. Mis memorias son demasiado personales para inspirar interés, y demasiado íntimas para ser reveladas en vida: temo además que parezcan comezón de hablar de mí mismo, cuando siento un profundísimo anhelo y tengo perentoria necesidad de desaparecer de la escena literaria

a vivir en el olvido

y a morir en paz con Dios.

Corramos, pues, cuatro años en cuatro líneas. Habíame hecho conocer como poeta lírico y como lector en el Liceo: el editor Delgado me compraba mis versos coleccionados en tomos, después de haber sido publicados en El Español y en otros periódicos; pero terminada la guerra carlista con el convenio de Vergara, emigró mi padre a Francia y era forzoso procurarle recursos. Acudí a mi editor D. Manuel Delgado, quien a vueltas de larguísimas e inútiles conversaciones no me dejaba salir de su casa sin darme lo que le pedía; es decir, jamás me lo dio en su casa, sino que me lo envió siempre a la mía a la mañana siguiente del día en que se lo pedí: parecía que necesitaba algunas horas para despedirse del dinero, o que no quería dejarme ver que lo tenía en su casa, o que no era dueño de emplearle sin consulta o permiso previo de incógnitos asociados. Como quiera que fuere, comenzó a pasarme una mensualidad, de la cual enviaba parte a mi padre; pero era preciso trabajar mucho; y tan falta de ciencia como de tiempo, continué produciendo tantas líneas diarias cuantos reales necesitaba, sin tiempo de pensar ni de corregir las banalidades que en ellas decía. Comprendiendo al fin que no era posible repicar y andar en la procesión, suprimí las amistades del café y las visitas de cumplimiento; y encerrándome en mi casa cerré su puerta a los ociosos y a los gorristas; quedándome reducido a la cariñosa amistad de Pastor Díaz, a la protección incondicional de Donoso Cortés, y a la sociedad de G. Gutiérrez, a

quien quise y quiero como a un hermano mayor, y a la de Fernando de la Vera, el corazón más leal y más constante de cuantos me han acordado su afecto y pasado cariñosamente por las desigualdades de mi carácter.

Años hemos pasado juntos y años sin vernos ni escribirnos; al volvernos a encontrar, Gutiérrez despliega la misma sonrisa semi-seria con que nos despedimos hace treinta años, y Fernando de la Vera, de prodigiosa memoria, toma la conversación donde la dejamos hace veinte. Yo admiro y saboreo aún los versos de G. Gutiérrez, aunque ya él no me los lee, y Fernando de la Vera se admira de haber escrito los suyos, sin haber tenido jamás necesidad de escribirlos. Los Villa-Hermosa habían desaparecido de Madrid; y cuando yo leía mis versos en las sesiones del Liceo, en los salones de su palacio, esperaba siempre ver aparecer por detrás de algún tapiz la severa figura del viejo duque, que me perdonaba las muchachadas que le enojaron, o la pálida hermosura de la duquesa, que tengo aún en las pupilas como la imagen de la duquesa de quien habla Cervantes, o la faz, en fin, semi-burlona del actual duque, que venía a decirme: «Mira cómo te regocijas en mi casa, como si estuvieras en la tuya.» Los Madrazos se habían dividido en muchas familias, y Espronceda entre sus ruidosos amigos me llamaba el viejo de veinticuatro años.

Pero era preciso vivir, y para vivir era forzoso trabajar. La casualidad, que es la providencia de los españoles, y la debilidad de García Gutiérrez para conmigo, me abrieron campo más ancho, franqueándome la escena, cuando más necesitaba variar y acrecentar mis medios de acción y de subsistencia.

No recuerdo por qué ni cómo, porque aún no conocía el teatro por dentro, había quedado Madrid aquel verano sin compañía dramática alguna, ni por qué ni cómo andaban por las provincias Matilde, los Romeas y los empresarios habituales de sus coliseos: el hecho era que desde fines de Mayo actuaba en el del Príncipe una sociedad improvisada, bajo un programa tan modesto que no anunciaba más pretensiones que la de no dejar al público de Madrid sin ningún espectáculo. Componíanla García Luna, Juan Lombía, Pedro López, Alverá, Bárbara y Teodora Lamadrid, la Llorente, la Puerta como graciosa, Azcona, Monreal y media docena de bailarinas. Luna y la Bárbara eran ya actores de reputación; Azcona y la Llorente eran resto de las buenas compañías de Grimaldi: Breton no había aún escrito para Lombía *El pelo de la dehesa*, y no había tenido aún tiempo Teodora de abordar los grandes papeles. Una mañana de Junio, miércoles antes de un Corpus Christi, pasaba yo por la calle Mayor, de vuelta de casa de Delgado, a quien no había podido ver; acordéme de que hacía más de un mes que no veía a G. Gutiérrez, que habitaba en un piso principal de los soportales, y me ocurrió verle y ver si él me procuraba el dinero que de Delgado no había obtenido. Colocaban los operarios del municipio el toldo para la procesión del día siguiente; y como yo anduviese por entonces muy dado a la gimnasia, para fortalecer el brazo izquierdo que

me había roto de muchacho, y como dos cuerdas del toldo colgasen hasta la calle, aseguradas en el balcón de G. Gutiérrez, trepé a su aposento por tan inusitado camino, encontrándole todavía acostado, a pesar de ser cerca de medio día. Nuestra conversación no fue muy larga.

—¿Qué tienes? ¿Por qué estás aún en la cama?

—Porque me aburro: y tú, ¿qué traes?

—Mohína por no haber encontrado a Delgado en casa.

—¿Necesitas dinero?

—¿Cuándo no?

—Pues dos días hace que estoy yo aquí discurriendo de dónde sacar dos mil reales.

—¡Pero, hombre, tú, con ofrecer una obra al teatro!..

—No tengo más que medio acto de un drama.

—Pues yo te ayudaré; y haciendo en tres días tres actos cortos, yo me encargo de sacarle a Delgado el precio del derecho de impresión, y tú puedes tomar los de representación de la compañía del Príncipe, que verá el cielo abierto de tener en Junio un drama del autor del Trovador.

Hice a Gutiérrez oferta tal, sin pesar más que mi buen deseo, y aceptóla él sin pensar en mi inexperiencia del arte dramático, ni la distancia que entre él y yo mediaba. Convinimos en que él me escribiría el plan de su obra y vendría a las cuatro a comer con mi familia, para repartirnos el trabajo. Hízolo así Gutiérrez; leyóme las dos primeras escenas que tenía escritas: tocóme a mí escribir el acto segundo, y nos despedimos al anochecer para juntarnos el jueves a las cuatro, a examinar el trabajo por ambos hecho en la noche. El jueves me trajo dos escenas más, y leíle yo todo el acto segundo. Asombróme mi trabajo y exclamó:—¡Demonio! ¿Cómo has hecho eso?—Pues poniéndome a trabajar ayer en cuanto te fuiste, y no habiéndolo dejado ni para dormir, ni para almorzar.

Fuése picado, y concluyó su primer acto en aquella noche: el viernes concluimos cada cual la mitad del tercero que le tocó: el sábado lo copié yo, el domingo lo presentó él al teatro y cobró tres mil reales, y el lunes cobré yo otros tres mil de Delgado... y no siguió aburriéndose García Gutiérrez, y envié yo a mi padre dos mensualidades, y ganosos los actores de complacer al público, y éste de recompensarles su buena voluntad, se representó y se aplaudió el drama Juan Dándolo; en cuyo apellido esdrújulo veneciano cargamos nosotros el acento en su segunda sílaba, por razones que no hay necesidad de aducir: y cátenme ya autor dramático por gracia de García Gutiérrez, que me aceptó en él por su colaborador.

Mi innata e inconsciente audacia me arrastró a escribir inmediatamente mi Cada cual con su razón, en cuya comedia atropellé la historia, clavándole a Felipe IV un hijo como una banderilla; pero la limpia y armoniosa dicción de Bárbara Lamadrid, la intencionada representación de García Luna, el empeño de Lombía, el esmero de Alverá en ensayar como profesor de esgrima el duelo a cuatro con espada y daga del primer acto, el discreto galán de algunas escenas, y mi insolente fortuna sobre todo, hicieron parecer un éxito la benevolencia del público con el atrevido mozalbete, autor de aquel afiligranado desatino.

«A mí que las vendo,» me dije: y a los dos meses presenté mis Aventuras de una noche, comedia en la cual levanté un chichón histórico a don Pedro de Peralta y otro al príncipe de Viana. Al infantil enredo de esta mi segunda comedia dieron un alto relieve la Bárbara y la Llorente: y a fin de año di mi primera parte de El Zapatero y el Rey, en cuyo drama hizo Luna maravillas, y yo una conjuración de muchachos de colegio, que no hay narices con que admirar; pero en cuyo argumento hay realmente el germen de un drama.

Desde aquella noche quedé, como un mal médico con título y facultades para matar, por el dramaturgo más flamante de la romántica escuela, capaz de asesinar y de volver locos en la escena a cuantos reyes cayeran al alcance de mi pluma. Dios me lo perdone: pero así comencé yo el primer año de mi carrera dramática, con asombro de la crítica, atropello del buen gusto y comienzo de la descabellada escuela de los espectros y asesinatos históricos, bautizados con el nombre de dramas románticos.

Si entonces hubiera vuelto mi padre de la emigración, y él con su jubilación de consejero de Castilla (que más tarde le concedió S. M. la Reina doña Isabel) y yo con el producto de mis leyendas, hubiéramos cuidado de nuestro solar y de nuestras viñas, habríamos ambos vivido en paz; habría él muerto tranquilo y sin deudas, y hubiérame yo ahorrado tantos tumbos por el mar y tantos tropezones por la tierra, acosado por la envidia y por las calumnias de los que codician una gloria que no es más que ruido y unas coronas de papel, bajo cuyas hojas sin savia vienen siempre millones de espinas, que bajan atravesando el cerebro a clavarse en el corazón de los que en España llegan a la celebridad literaria.

Pero mi padre, tenaz en sus opiniones, se obstinó en no acogerse a amnistía alguna; mi infeliz madre siguió oculta por las montañas, no queriendo ver ni aprovechar la tolerancia del progreso; y Lombía, al hacerse empresario del teatro de la Cruz, me ofreció un sueldo mensual por no escribir para el del Príncipe, a donde volvieron Matilde y Julián, y ajustó a Carlos Latorre con la condición de que estrenara mi segunda parte de El Zapatero y el Rey, de la cual había yo hablado, como consecuencia del ensayo hecho en la primera.

Lombía, actor de ambición, empresario activo y espíritu tan malicioso como previsor, habiendo crecido en reputación con la ayuda de las obras de Breton y de Hartzzenbusch, sus amigos casi de infancia, no desaprovechó la doble ocasión, que a la mano se le vino, de interesar pecuniariamente en su empresa a Fagoaga, director entonces del Banco, y de ajustar en su compañía a Carlos Latorre; a quien Julián Romea, su discípulo, había desdeñado, dejándole sin ajuste en la suya del Príncipe. Latorre era el único actor trágico heredero de las tradiciones de Maiquez y educado en la buena escuela francesa de Talma. Su padre había sido alto empleado en Hacienda, intendente de una provincia, en tiempos anteriores; y Carlos, buen jinete, diestro en las armas y de gallarda y aventajada estatura, había sido paje del Rey José, y adquirido en Francia una educación y unos modales que le hacían modelo sobre la escena. Grimaldi, el director más inteligente que han tenido nuestros teatros, había amoldado sus formas clásicas y su mímica greco-francesa a las exigencias del teatro moderno, haciéndole representar el capitán Buridán de Margarita de Borgoña de una manera tan intachable como asombrosa y desacostumbrada en nuestro viejo teatro. Carlos Latorre no era ya joven, pero no era aún de desdeñar, sobre todo si se le procuraba un repertorio nuevo, en cuyos nuevos papeles, obligándole a concluir de perder sus resabios de amaneramiento francés, se le abriese un nuevo campo en que desplegar sus inmensas facultades.

Lombía se apresuró a ajustarle en su compañía del teatro de la Cruz, en la renovación de cuyo escenario y decoración de cuya sala gastó cerca de cuarenta mil duros; y agregándose al erudito y estudioso galán Pedro Mate, a la Antera y a la Joaquina Baus, heredera ésta de los papeles del teatro antiguo de la Rita Luna, y hermosísima dama de Lo cierto por lo dudoso, y a las dos Lamadrid, Bárbara, ya acreditada, y Teodora, esperanza justa del porvenir, juntó una numerosa aunque algo heterogénea compañía, de la cual no supo sacar partido por dejarse llevar de su vanidad personal y de las miserables rencillas de bastidores, dividiéndola en dos y sacrificando una mitad en provecho de la otra.

Pero es larga materia, y merece número aparte.

IX.

Hacia ya tres meses que había abierto Lombía el teatro de la Cruz, corregido y aumentado con un espacioso escenario y un nuevo telar que permitían poner en escena las obras que más aparato exigiesen; pero como dueño de su caballo, se había apeado por las orejas, y no había puesto más que

obras, en las cuales como en El Cardenal y el judío, se habían gastado muchos dineros a cambio de algunos silbidos y del desdén y la ausencia del público. Julián y Matilde con su compañía marchaban mientras viento en popa, llevándose con justicia su favor y sus monedas al teatro del Príncipe. Lombía era un gracioso de buena ley y un característico de primer orden en especiales papeles; era uno de los actores más estudiosos y que más han hecho olvidar sus defectos físicos con el estudio y la observación. Su figura era un poco informe por su ninguna esbeltez y flexibilidad; su fisonomía inmóvil, de poca expresión; y sus piernas un si es no es zambas; cualidades personales que, en lo gracioso y lo característico, le daban el sello especial del talento, pues se veía que luchando consigo mismo de sí mismo triunfaba; pero le hacían desmerecer en los papeles y con los trajes de galán, cuya categoría tenía afán de asaltar, saliéndose de la suya, en la cual algunas veces era una verdadera notabilidad: como en D. Frutos de El pelo de la dehesa, en el Garabito de La redoma encantada y en el exclaustro D. Gabriel de Lo de arriba abajo. En tal empeño, y luchando desventajosamente con la competencia del Príncipe, llegó Lombía en el teatro de la Cruz a las fiestas de Navidad, habiendo agotado el bolsillo de Fagoaga y la paciencia del público.

Carlos Latorre y la parte de la compañía que en su género serio le secundaba, apenas había trabajado en unos cuantos dramas viejos, de los cuales estaba ya el público hastiado; y si la obra que en Navidad se estrenara no sacaba a flote la nave de la Cruz del bajío en que Lombía la había hecho encallar, tenía las noventa y nueve contra las ciento de naufragar antes de Reyes. Todos los autores de alguna reputación estaban con Romea: excepto yo, que tenía señalados, pero no los cobraba, mil quinientos reales mensuales por no escribir para el Príncipe, y la obligación de presentar un drama en Setiembre y otro en Enero. El 21 de Setiembre había presentado la Segunda parte del Zapatero y el Rey: llegó, empero, el 23 de Diciembre, y se puso en escena, con grandes esperanzas, una Degollación de los inocentes, arreglada del francés, y en la cual hacía Lombía el papel del rey Herodes. Fagoaga había consentido en suplir gastos y abonar sueldos hasta la primera representación de Noche-buena; pero los inocentes fueron degollados en silencio en el acto segundo, en medio de cuya degollina se presentó Lombía con el flotante manto y el tradicional timbal de macarrones en la cabeza, con el que solían representar a Herodes los pintores y escultores de imaginería de la Edad Media; y el drama continuó arrastrándose penosamente hasta su final entre los aplausos de los amigos de la empresa, a quienes nos interesaba su porvenir, y la hilaridad del público de Noche-buena, que tomó en chungu a Herodes y a sus niños descabezados.

Entonces recordó la empresa que yo había cumplido mi contrato, y que mi rey D. Pedro descansaba en el archivo, y preguntó si habría medio de ponerle en escena con la rapidez que exigían las circunstancias, y como tabla de

salvación del Naufragio de la Medusa, que había también naufragado antes del degollador Tetrarca Hierosolimita.

El pintor-maquinista Aranda, que era amigo mío, había armado y pintado en ratos perdidos, y con palitos y tronchitos, como se dice en lenguaje de bastidores, las decoraciones de mi drama: Latorre, Noren, Mate y la Teodora habían estudiado sus papeles, por no tener cosa mejor en que pasar su tiempo; de modo que con un poco de la buena voluntad a que obliga la necesidad con su cara de hereje, el rey D. Pedro podía presentarse al público con tres ensayos y el paso de papeles. Pero había la dificultad de que el papel del zapatero requería un primer actor, y Latorre y Mate se habían ya encargado de los del rey D. Pedro y del infante Don Enrique. Yo me fui derecho a Lombía, por consejo de Carlos Latorre, y le dije: que el papel de zapatero era el principal del drama, puesto que se titulaba El Zapatero y el Rey, y no El Rey y el Zapatero; que los maldicientes malquerientes de la empresa, y nuestros enemigos naturales (que eran los del teatro del Príncipe), decían que no se atrevería nunca a presentarse en escena con Carlos Latorre, y que por eso había dividido en dos la compañía; que yo había escrito el papel de Blas expresamente para él, y que finalmente, el único modo de salvar el teatro y mi pobre drama, que tras de tantos tumbos y naufragios se iba a hacer a la mar, necesitaba al capitán del buque para cuidar del timón.

Lombía, o vencido por mis razones, o viendo que el papel era de aplauso seguro, aunque el drama no gustara, cayó en el lazo, aceptó el papel, se activaron los ensayos y llegó el momento de redactar el cartel. Aquí era ella. ¿Qué nombre iría en él delante? ¿El de Carlos o el suyo? Las vanidades del teatro son más incapaces de transacción que las de D. Álvaro de Luna y del conde-duque de Olivares: Carlos cedió, en obsequio a mí; pero me costaba la transacción más tal vez de lo que valía el drama: se me impuso la condición de que había de consentir que se anunciase con mi nombre; cosa inusitada hasta entonces, y aun muy rara vez usada hoy en día. Neguéme yo a semejante innovación, alegando que era un alarde de vanidad que iba a atraer indudablemente una silba sobre mi obra, y que mi nombre puesto en los anuncios desde la primera representación, era un cartel de desafío, cuyo guante arrojaba la empresa y cuyo campeón inmolado iba a ser el pobre autor en cuyo nombre lo arrojaba. Sostuvo la empresa su opinión, alegando que, en el estado en que se hallaba el teatro, sólo mi nombre atraería gente a la primera representación, y que era una falsa modestia el encubrir mi nombre, porque ¿a quién se podría ocultar que habría escrito la segunda parte el mismo que había escrito la primera? Yo, entre la espada y la pared, pospuse mi derecho al bien de la empresa; y una mañana apareció el cartel anunciando la primera representación de la segunda parte de El Zapatero y el Rey, por D. José Zorrilla: y el nombre del poeta más pequeño que había en España, apareció en las letras más grandes que en cartel de teatros hasta entonces se habían

impreso.

Resultó lo que yo había previsto: todos los poetas, periodistas y escritores de Madrid,—excepto Hartzenbusch y Leopoldo Augusto de Cueto, hoy marqués de Valmar, que me sostuvieron y ampararon siempre, y el Curioso Parlante, que no sé si había ido más que a la inauguración del teatro de la Cruz,—se dieron de ojo para preparar la más estrepitosa caída a mi forzada vanidad: las cañas se me volvieron lanzas, y mis mejores amigos tornaron la espalda al orgulloso chicuelo que decía al firmar el cartel—«¡aquí estoy yo!—fijó Blas y punto redondo.»—Apeché yo con la desventaja de la lucha y me resolví a morir en brava lid, como el gladiador a quien decía «digitum porgo» el pueblo de los circos de Roma. La empresa y los actores tomaron despechados a pechos llevar el drama adelante, y la noche del ensayo general estaba el teatro más lleno que lo iba a estar la de la primera representación. Una multitud de amigos fue a estudiar las situaciones débiles, y las escenas difíciles y atacables de mi obra, para herirla a golpe seguro y en sitio mortal.

Era esta una escena del acto tercero. Pedro Mate, actor cuidadoso, idólatra de su arte y enamorado de mi drama por la amistad que me tenía, se había encargado del ingrato papel de D. Enrique; y encariñado con él se había hecho, no solamente un costoso traje, sino una sombra de fino alambre y bien engomada gasa, moldeada sobre su mismo cuerpo, para que apareciese en el lugar en que mi acotación la reclamaba. Aquella sombra era una maravilla de trabajo y de parecido: era un Pedro Mate, un infante D. Enrique flotante y transparente como una aparición de vapor ceniciento: era una sombra del rey bastardo de un efecto maravilloso; pero cuanto más ligera, fantástica y asombrosa era aquella sombra, era tanto más difícil de manejar. Puesto sobre el fondo cárdeno de la piedra de la torre de Montiel al lado de Mate, daba frío y parecía fantasma desprendida del mismo D. Enrique; pero como Mate la había ideado y confeccionado sobre mi acotación que dice: «La sombra de D. Enrique... aparece en lo alto del torreón, bajando poco a poco hasta colocarse en frente del rey.» Mate la había registrado en dos alambres paralelos en plano inclinado; pero por más exactamente paralelos y perfectamente aceitados que estuviesen, la figura de gasa cabeceaba al moverse, y bajaba tambaleándose como borracha, convirtiendo la aparición temerosa en ridículo maniquí. Añadióle Mate peso en la cabeza y pataleaba como un ahorcado; púsosele a los pies y cabezeaba como los gigantes de Burgos: cuanto más ensayábamos la presentación de la sombra, más mala sombra tenía para el drama y para la empresa: y a las tres de la madrugada desocuparon los amigos y los curiosos el teatro diciéndonos: «hasta mañana.»

Carlos Latorre, después de arrancar de cólera con las uñas una media caña dorada de la embocadura, se fue a su casa renegando de la empresa, del drama, del autor y de la hora en que se ajustó en aquel desventurado teatro; y en él

nos quedamos solos, Lombía paseándose por detrás de los torreones de cartón de Montiel, el maquinista Aranda por delante con intenciones de quemarlos, el pintor Esquivel en una butaca de proscenio hilvanando una retahíla de interjecciones de Andalucía, y yo respaldado en la embocadura sin poder digerir aquel «hasta mañana» con que los amigos me habían emplazado tan sin merecerlo.

Aranda, que como una zorra cogida en trampa, daba vueltas por el proscenio, sin hallar salida para una idea en la confusión en que sentía entrampado su pensamiento, trabó un pie en un aparato de quinqués, portátil, volcólo rompiendo los tubos y vertiendo el aceite sobre un forillo que por tierra estaba, y al mismo tiempo que soltó alto y redondo uno de los votos que Esquivel ensartaba por lo bajo, se levantó éste exclamando—¡ya está!—y trepando a la escena, empezó a extender el aceite por la tela del forrillo, mientras acudíamos Lombía y yo a ver el estropicio de Aranda y la untura que Esquivel seguía dando al lienzo sin cesar de repetir: «Ya está, hombres, ya está!» De repente comprendimos el «ya está» de Esquivel por lo que éste hizo; tomé de la mano Lombía, y sacándome del teatro y dejando en él a los dos pintores, nos despedimos todos «hasta mañana,» y al cruzar la plazuela de Santa Ana para irme con el alba que ya lucía, a mi casa, núm. 5 de la plaza de Matute, lancé al aire con todo el de mis pulmones, aquel «¡hasta mañana!» que no había podido digerir.

X.

Llegó, en fin, aquel mañana, que en los teatros es siempre noche. El despacho del de la Cruz estaba cerrado, porque todas sus localidades estaban ya vendidas. El alumbrante había ya encendido los quinqués de los pasillos; los actores pedían ya luz para sus cuartos, y los comparsas se probaban los arrequives que mejor convenían a sus tan desconocidas como necesarias personalidades. Los comparsas son en el teatro y en la política de España lo más arriesgado y difícil de presentar.

Tenía yo por contrata el derecho de ocupar el palco bajo del proscenio de la izquierda en todas las funciones, excepto en las de beneficio: generosidad que hasta entonces no había costado nada a la empresa, porque apenas había tenido diez entradas llenas, fuera de los estrenos: mi familia entraba en el teatro por la plaza del Ángel, y al palco por el escenario; con cuya costumbre sólo los actores me veían en el teatro, a donde no iba yo nunca a hacerme ver, sino a estudiar desde el fondo escondido del palco lo que en escena pasaba, y el trabajo de los actores para quienes me había comprometido a escribir.

Aquella noche ocupó mi familia el palco cuando aún estaba a oscuras la sala, dentro de cuyo escenario por todas partes hacia miedo; yo subí al cuarto de Carlos Latorre.

Estaba solo con Agustín, el ayuda de cámara que le vestía, a quien hallo aún en la portería de un teatro, y a quien doy la mano como si fuera un antiguo camarada de glorias y fatigas: no ha muchas semanas me hizo venir las lágrimas a los ojos recordando a su amo a quien adoraba; y eso que dice el refrán que «no hay hombre grande para su ayuda de cámara,» pero este refrán es francés, y en España falso por consiguiente. Carlos se vestía cabizbajo, y la primera palabra que me dijo: fue «tengo miedo.»—«Yo le tengo siempre, le contesté; aunque nunca lo manifiesto.»—«¡Y yo que le esperaba a V. para que me diera valor!» repuso: a lo cual, cerrando la puerta y mandando al ayuda de cámara que no dejara entrar a nadie, le dije: «Hablemos cuatro minutos: y si después de lo que le diga no se siente V. con más valor que Paredes en Cerignola, no será por culpa mía.»

Carlos era un hombrón de cerca de seis pies de estatura y podía tenerme en sus rodillas como a una criatura de seis años. Había conocido a mi padre, superintendente general de policía; le había debido algunas atenciones en los difíciles tiempos en que mandaba en Madrid y presidia los teatros; le había Carlos prestado armas y trajes para que yo hiciera comedias en el Seminario de Nobles, y había yo empezado a declamar tomando a éste por modelo: pero por una de esas revoluciones naturales en el progreso del tiempo, habíame éste colocado en la situación de tenerle que hacer observaciones y darle consejos; que, en honor de la verdad, escuchó y siguió con la convicción de que eran dados con la más sincera franqueza y la más fraternal buena fe. Durante dos semanas nos habíamos encerrado en su estudio, él y yo solos, y allí me había hecho leerle y releerle su papel y decirle sobre su desempeño todo cuanto pudo ocurrírseme. Él, el primer trágico de España, sin sucesor todavía, la primera reputación en la escena, escuchó con atención mis reflexiones y se convenció por ellas de que su aversión a los versos octosílabos y al género de nuestro teatro antiguo era injusta: de que su declamación de los endecasílabos del Edipo conservaba aún cierto dejo francés, que sólo le haría perder la recitación de los versos de arte menor, y de que las redondillas de mi rey D. Pedro, escritas por un lector y teniendo los alientos estudiadamente colocados para que el actor aprovechara sin fatiga los efectos de sus palabras, le debían de presentar ante el público, bajo una nueva faz y como un actor nuevo en el teatro Español, sin las reminiscencias del francés, que era el único defecto que el público alguna vez le encontraba. Todo esto había yo dicho a mis veinticuatro años a aquel coloso de nuestra escena, que iba a presentarse aquella noche en el papel del rey D. Pedro, transformado en otro actor diferente del hasta entonces conocido por gracia y poder de un muchachuelo atrabiliario, que se había atrevido a decir la verdad a un hombre de verdadero

talento y de verdadera conciencia artística.

Cuando aquel gigante se quedó solo en su cuarto con aquel chico, he aquí lo que éste le dijo a aquel:

«Dice el vulgo, mi querido Carlos, que este teatro es un panteón donde Lombía ha reunido una colección de momias, que un chico loco está empeñado en galvanizar. Usted es una de estas supuestas momias, y yo el loco galvanizador; pero yo, que le quiero a V. con toda mi alma, y que espero que su voz de V. llegue con las palabras de mi rey D. Pedro hasta los oídos de mi padre, emigrado en Burdeos, necesito que resucite usted, aunque me deje en la oscuridad de la fosa de que usted se alce. Jugamos esta noche V. y yo el todo por el todo; pero, aunque se hundan el autor y el drama, es forzoso que el actor se levante; nuestro público tiene aún en sí el germen del entusiasmo revolucionario de la época, y el personaje que va V. a representar será siempre popular en España. Vamos a tener además un poderoso auxiliar en Mr. de Salvandy, el embajador francés, que ha pedido ya sus pasaportes y un palco para asistir inconsciente a la representación; «ya verá usted la que se arma cuando salga Beltrán Claquin.»—Carlos Latorre brincó, oyendo esto, de la silla en que estaba sentado, y yo seguí diciéndole: «con que haga usted cuenta que representa V. a Sanson, y asegúrese bien de las columnas; aunque no le darán a V. tiempo de derribar el templo.»—Mucho me temo que me le den, me dijo no muy confortado por mis palabras.—¡Qué diablos! repuse yo, si se le dan a V. sepúltese con todos los filisteos. Yo me voy a mi palco.—Pero, ¿y la sombra, que ni siquiera he visto? me dijo viéndome tomar la puerta.—Fíese V. en Aranda, que tiene ya luz con que producirla, le respondí, escapándome por el escenario.

Cuando entré en mi proscenio, ya había empezado la sinfonía y el teatro estaba lleno. Nunca he tenido más miedo, ni más resolución de provocar a la fortuna. A los tres cuartos para las nueve se alzó el telón; el frío del escenario entró en mi palco, sin que yo le dejara entrar en mi corazón. Se oyó el primer acto en el más sepulcral silencio; cayó el telón sin un aplauso, pero yo conocí que la impresión que dejaba no me era desfavorable.

Carlos comprendió que necesitaba todo su brío y su talento para atraerse a un público tan mal prevenido, y al levantarse el telón para el acto segundo, encabezó su papel con uno de esos pormenores que sólo saben dar a los suyos los cómicos como Carlos Latorre. El rey don Pedro se presenta de incógnito en el primer acto de mi obra: al presentarse Carlos en el segundo, presentó la figura del rey como un modelo de estatuaria; apoyado el brazo izquierdo en el respaldo de su sillón blasonado de castillos y leones, y el derecho en una enorme espada de dos manos. Vestía un jubón grana con dos leones y dos castillos cruzados, bordados en el pecho; un calzón de pie, anteaado y ajustado, sin una arruga, borceguíes grana bordados y con acicates de oro, y gola y

puños de encaje blancos; tocando su cabeza con un ancho aro de metal, que así podía tomarse por birrete como por corona; de debajo de la cual, asomando sobre la frente el pelo cortado en redondo y cayendo por ambos lados las dos guedejas rubias, encuadraban un rostro copiado del busto del sepulcro del rey D. Pedro en Santo Domingo el Real. Era Carlos Latorre un hombre de notables proporciones y corrección de formas: sus piernas y sus brazos, clásicamente modelados, daban movimiento a su figura con la regularidad académica de las de los relieves y modelos de la estatuaria griega: siempre sobre sí, en reposo y en movimiento, estaba siempre en escena; y ni el aplauso ni la desaprobación le hacían jamás salirse del cuadro ni descomponerse en él. Al empezar el acto segundo, su figura semi-colosal, vestida de ante y de grana, se destacaba sobre el fondo pardo de un telón que representaba un muro de vieja fábrica, reposando perfectamente sobre su centro de gravedad, ligeramente escorzada y en actitud tan intachable como natural; y así permaneció inmóvil, hasta que el público aplaudió tan bello recuerdo plástico del rey caballero a quien iba a representar; y no rompió a hablar hasta que el general aplauso espiró en el silencio de la atención: parecía que allí comenzaba el drama. El gigante había tenido en cuenta el consejo del muchacho pigmeo, y el actor había ganado para sí al público que tan hosco se mostraba con el autor.

En la escena endecasílabo con Juan Pascual desplegó Carlos todas sus poderosas facultades orales y toda la clásica maestría de su dominio de la escena; la cual estaba estudiada con tan minucioso cuidado, que tenían marcado su sitio los pies de los comparsas, los de Juan Pascual y los suyos para la escena penúltima; y al decir al conspirador que si el cielo se desplomara sobre su cabeza le vería caer sin inclinarla, rugió como un león estremeciendo al auditorio; y al barrer, después de un gallardísimo molinete de su tremendo mandoble, las once espadas de los conjurados, al tiempo que el antiguo zapatero Blas abría tras él la puerta de salvación, el público entero se levantó en pro del rey que tan bien se servía de sus armas, y aplaudió entusiasta la promesa de su vuelta para el acto siguiente. El actor había ganado la primera jugada de una partida de tres. El rey había derrotado el ala derecha del enemigo: el público no había visto jamás un combate tan bien ensayado en los teatros de Madrid, y pedía ¡el autor! que no parecía. Alzóse el telón sobre Carlos Latorre; y cuando éste, dirigiendo la vista a mi palco me dirigía una mirada de indefinible satisfacción, esperando que yo saltase a la escena para compartir con él un triunfo que era solamente suyo, oyó con asombro a Felipe Reyes, autor de la compañía, decir: «Señores, el nombre del autor está en el cartel y el Sr. Zorrilla en su palco; pero suplica al público que no insista en su presentación, porque tiene mucho miedo al tercer acto.»

El público de entonces entraba en el teatro a ver la representación y se embebecía con lo que en ella pasaba; entendió que mi miedo era natural y no

insistió en llamar al autor; pero continuó aplaudiendo, ayudado de mis amigos que me tenían aplazado y me esperaban en el acto tercero.

Levantóse el telón para éste. Era la primera vez que se veía la escena sin bastidores: Aranda, malogrado e incomparable escenógrafo, presentó la terraza de la torre de Montiel dos pies más alta que el nivel del escenario; de modo que parecía que los cuatro torreones que la flanqueaban surgían verdaderamente del foso, y que los personajes se asomaban a las almenas; desde las cuales se veían en magistralmente calculada perspectiva las blancas y diminutas tiendas del lejano campamento del Bastardo, destacándose todo sobre un telón circular de cielo y veladuras cenicientas, representación admirable de la atmósfera nebulosa de una noche de luna de invierno. El pendón morado de Castilla, clavado en medio de la terraza en un pedestal de piedra, se mecía por dos hilos imperceptibles, como si el aire lo agitara, y el aire entraba verdaderamente en la sala por el escenario, desmontado y abierto hasta la plaza del Ángel. La silueta fina de la Teodora, cuya pequeña y graciosa cabeza, tocada con sus ricas trenzas negras, se dibujaba sobre el blanquecino celaje, animaba aquel cuadro sombrío, cuya ilusión era completa. Carlos y Lumbreras yacían absortos en profunda meditación en los dos ángulos del fondo, de espaldas al público, que aplaudió largo rato, y el pintor continuaba el triunfo del actor. Teodora dio a sus breves escenas una melancolía tan poética, Lombía al suyo una resignación tan adustamente resuelta, y prepararon tan maestramente la escena fantástica del fatalismo bajo el cual se iba a presentar el rey D. Pedro, que cuando éste se levantó, el público estaba profundamente identificado con aquella absurda y fantástica situación. Oyóse en silencio todo el acto; colocóse Lumbreras (Men-Rodríguez de Sanabria) sobre el torreón del fondo de la izquierda, y salió el rey con la lámpara del judío. Carlos, al colocarla sobre el pedestal, me echó una mirada que quería decir: ¡Y la sombra! Yo permanecí impassible para no turbarle, y empezó su monólogo con el temblor del miedo que tenía a la sombra, y que hizo, por lo mismo que era un miedo real, un efecto maravillosamente pavoroso en los espectadores. ¡Brotó la llama! dijo el rey D. Pedro, y apareció detrás de él, cenicienta, callada é inmóvil, la sombra transparente de D. Enrique sobre el oscuro torreón: asombróse Carlos de verla tan al contrario de como la esperaba; identificóse con su papel, creciéndose hasta la fiebre que se llama inspiración: y cómo dijo aquel actor aquellas palabras, cómo soltó aquella carcajada histérica y cómo cayó riéndose y estremeciendo al público de miedo y de placer, ni yo puedo decirlo, ni concebirlo nadie que no lo haya visto.

El público y el huracán entraron en el teatro: mis amigos aullaban de placer de haber sido vencidos; Aranda y Carlos Latorre habían convertido en éxito colosal el atrevido desatino de un muchacho, y la empresa había parado con él a la fortuna en el despacho de billetes de su arrinconado teatro. Cuando

Lumbreras anunció ¡el farol! y se apercibió éste del tamaño de una nuez sobre la mirmidónica tienda de Duglesquin, ya nadie escuchó la salida del rey. Carlos, rendido y anheloso, volvió a la escena con Teodora, Noren y Lumbreras a recibir los aplausos del público, a cuyos gritos de «¡el autor!» volvió a presentarse Felipe Reyes y a decir medio espantado: que yo tenía más miedo al cuarto acto que al tercero.

El por entonces teniente coronel Juan Prim, que no me conocía más que por haberme encontrado varias veces en el tiro de pistola, y que se había apercibido del elemento hostil que yo tenía en la sala, aplaudía de pie en su luneta, dispuesto a sostenerme a todo trance, comprendiendo todo el riesgo de mi negativa.

Carlos me envió a decir que «no estirase tanto la cuerda que la rompiese.» Yo había ensayado mi obra a conciencia: sabía cómo iban a hacer la escena de la tienda Carlos y Mate, y fiaba además en la presencia del embajador francés en la de D. Pedro con Beltrán de Claquin. Esperé, pues, el acto cuarto sin moverme del fondo de mi proscenio, y mi cálculo no salió fallido.

La tienda del acto cuarto estaba tan bien preparada por Aranda como la torre de Montiel: Carlos dijo sus redondillas a los franceses con un brío tan despechado, hizo una transición tan maestra como inesperada en la que empieza sí, si vosotros, señores, e hicieron por fin la suya él y Mate con tal verdad, que sólo pudo serlo más la realidad de la de Montiel.

Al cerrarse la tienda sobre la lucha de los dos hermanos, el público quedó en el más profundo silencio; pero la salida de Mate pálido, sin casco, desgredado y saltadas las hebillas de la armadura, arrancó un aplauso igual al de la presentación del rey D. Pedro en el acto segundo. Mate, casi tan alto como Carlos, pero flaco y herido de la tisis de que murió, se presentó trémulo del cansancio y del miedo de la lucha, recordando la siniestra fantasma aparecida en el torreón, y dio a su papel una poesía y unos tamaños que no había sabido darle el autor. Cuando él concluía su parlamento, cubría yo con mi capa y su manto a Carlos Latorre; que, tendido en la tienda, esperaba jadeante de cansancio y de emoción a que el infante mostrase a Blas Pérez su cadáver. Cuando nos presentamos todos al público, me tenía de la mano como con unas tenazas: y cuando caído el telón por última vez, me cogió en brazos para besarme, creí que me deshacía al decirme las únicas y curiosas palabras con que acertó a expresarme su pensamiento, que fueron: «¡diablo de chiquitín!» y me dejó en tierra.

Así se ensayó y se puso en escena la segunda parte de El Zapatero y el Rey, el año 41 o 42, no lo recuerdo con exactitud: tal era la fraternidad que entonces reinaba entre autores y actores; tal era el cariño y entusiasmo del público por los de entonces, y tan poco consistentes sus ojerizas y

enemistades, que el menor éxito las vencía, y el soplo vital de la lealtad las disipaba.

Un pormenor digno de no ser olvidado. Llevaba ya El Zapatero y el Rey treinta y tantas representaciones que habían producido sobre veinte mil duros, estaban ya pagados hasta los espabiladores, y aun no le había ocurrido a la empresa que me debía seis meses de sueldo y el precio del drama con que se había salvado. Siempre en España ha sido considerado el trabajo del ingenio como la hacienda del perdido y la túnica de Cristo, de las cuales todo el mundo tiene derecho a hacer tiras y capirotos.

Hasta que el viejo juez Valdeosera se presentó una noche a intervenir la entrada, no cayeron en la cuenta Salas y Lombía de que no podíamos los poetas vivir del aire, y se apresuraron a darme paga cumplida con intereses y sincera satisfacción, y era que realmente, con la más cándida impremeditación, se habían olvidado recogiendo los huevos de oro del que les había traído la gallina que los ponía.

XI.

De cómo se escribieron y representaron algunas de mis obras dramáticas.

SANCHO GARCÍA.—EL CABALLO DEL REY DON SANCHO.

Continuaba la competencia de los teatros del Príncipe y de la Cruz, dirigidos por Romea y Lombía, y continuaba yo comprometido a escribir sólo para el de la Cruz, mientras en su compañía conservara su empresario a Carlos Latorre y a Bárbara Lamadrid; yo era, pues, el único poeta que no ponía los pies en el saloncito de Julián Romea, porque yo no he vuelto jamás la cara a lo que una vez he dado la espalda. No era yo, empero, un enemigo de quien se pudieran temer traiciones ni bastardías; es decir, guerra baja ni encubierta de críticas acerbas y de intrigas de bastidores: yo tenía mi entrada en el Príncipe, a cuyas lunetas iba a aplaudir a Julián y a Matilde, pero no escribía para ellos; era su amigo personal y su enemigo artístico; era el aliado leal de Lombía, y le ayudaba a dar sus batallas llevando a mi lado a Bárbara Lamadrid y a Carlos Latorre, con cuyos dos atletas le di algunas victorias no muy fácilmente conseguidas, algunos puñados de duros y algunas noches de sueño tranquilo. Pero la lucha era tan ruda como continuada: duró cinco años. En ellos nos dio Hartzenbusch su D. Alfonso el Casto y su Doña Mencía, una porción de primorosos juguetes en prosa y verso, y las dos magias La redoma y Los polvos: diónos García Gutiérrez el Simón Bocanegra, que vale mucho más de lo en que se le aprecia, y defendió su teatro el mismo Lombía, metiéndose a

autor con el arreglo de Lo de arriba abajo, que alcanzó un éxito fabuloso. Teníamos además unos auxiliares asiduos en Doncel y Valladares, que escribían a destajo para la actriz más preciosa y simpática que en muchos años se ha presentado en las tablas: la Juanita Pérez, quien con Guzmán en No más muchachos y en El pilluelo de París, había hecho las delicias del público desde muy niña. La Juana Pérez era de tan pequeña como proporcionada personalidad; con una cabeza jugosa, rica en cabellos, de contornos purísimos, de facciones menudas y móviles y ojos vivísimos; su voz y su sonrisa eran encantadoras, y se sostenía por un prodigio de equilibrio en dos pies de inconcebible pequeñez, sirviéndose de dos tan flexibles como diminutas manos. Cantaba muy decorosa y señorilmente unas canciones picarescas que rebosaban malicia; y vestida de muchacho hacia reír hasta a los mascarones dorados de la embocadura, y hubiera sido capaz de hacer condenarse a la más austera comunidad de cartujos.

La Juana Pérez, cuya gracia infantil prolongó en ella el juvenil atractivo hasta la edad madura, no pasó jamás en las tablas de los diez y siete años; y fue, mientras las pisó, el encanto y la desesperación del sexo feo de aquel tiempo, que la vio pasar ante sus ojos como la fée aux miettes del cuento de Charles Nodier. Auxiliáronnos poderosamente el primer año las dos espléndidas figuras de las hermanas Baus, Teresa y Joaquina; madre esta última de nuestro primer dramático moderno Tamayo y Baus, y heredera y continuadora de la buena tradición del teatro antiguo de Mayquez y Carretero. Pero ni la tenacidad atrevida de Lombía, ni el talismán de la gracia de la Juana Pérez, ni nuestra avanzada de buenas mozas como las Baus, y la retaguardia de buenas actrices como la Bárbara, la Teodora y la Sampelayo, nos bastaban para contrarrestar la insolente fortuna de Julián Romea, la justa y creciente boga de Matilde, que hechizaba a los espectadores, y la infatigable fecundidad de Ventura de la Vega, que les daba cada quince días, convertido en juguete valioso o en ingeniosísima comedia, un miserable engendro francés; en cuyo arreglo desperdiciaba cien veces más talento del que hubiera necesitado para crear diez piezas originales. Julián y Matilde contaban sus quincenas por triunfos, y a los de La rueda de la fortuna, de Rubí, al Muérete y verás y a las trescientas obras de Breton, y a Otra casa con dos puertas, de Ventura, no teníamos nosotros que oponer más que las repeticiones del D. Alfonso el Casto, Simón Bocanegra y D.^a Mencía, y las magias de Hartzenbusch, con los arreglos de dramas de espectáculo que se elaboraba Lombía, asociado a Tirado y Coll, é impelidos los tres por el fecundísimo Olona.

Mi Rey D. Pedro, mi Sancho García, mi Excomulgado, mi Mejor razón la espada, mi Rey loco y mi Alcalde Ronquillo, contribuyeron a nuestro sostén, gracias al concienzudo estudio, a la inusitada perfección de detalles y a la perpetua atención con que me los representaban Carlos Latorre y Bárbara Lamadrid; quienes encariñados con el muchacho desatentado que para ellos

los escribía, considerándole como a un hijo mal criado a quien se le mima por sus mismas calaveradas y a quien se adora por las pesadumbres que nos da, me sufrían mis exigencias, se amoldaban a mis caprichos y se doblegaban a mi voluntad, de modo, que en la representación de mis obras no parecían los mismos que en las de los demás, y los demás se quejaban de ellos, y con razón; pero no había culpa en nadie. Carlos Latorre había conocido a mi padre, a quien debió atenciones extrañas a aquella ominosa década; Carlos Latorre, de estatura y fuerzas colosales, me sentaba a veces en sus rodillas como a sus propios hijos, y me preguntaba cómo yo había imaginado tal o cual escena que para él acababa yo de escribir: él me contradecía con su experiencia y me revelaba los secretos de su personalidad en la escena, y daba forma práctica y plástica a la informe poesía de mis fantásticas concepciones: estudiábamos ambos, él en mí y yo en él los papeles, en los cuales identificábamos los dos distintos talentos, con los cuales nos había dotado a ambos la naturaleza, y... no necesito decir más para que se comprenda cómo hacia Carlos mis obras, como un padre las de su hijo; yo era todo para el actor, y el actor era todo para mí.

Con Bárbara Lamadrid, mujer y mujer honestísima e intachable, mi papel era más difícil, mi amistad y mi intimidad necesitaban otras formas; pero, actriz adherida a Carlos, compañera obligada en la escena de aquella figura colosal, dama imprescindible de aquel galán en mis dramas, necesitaba el mismo estudio, la misma inoculación de mis ideas innovadoras y revolucionarias en el teatro, y yo la trataba como a una hermana menor, a quien unas veces se la acaricia y otras se la riñe; yo la decía sin reparo cuanto se me ocurría; la hacía repetir diez veces una misma cosa, no la dejaba pasar la más mínima negligencia, la ensayaba sus papeles como a una chiquilla de primer año de Conservatorio; y a veces se enojaba conmigo como si verdaderamente lo fuese, hasta llorar como una chiquilla, y a veces me obedecía resignada como a un loco a quien se obedece por compasión; pero convencida al fin de mi sinceridad, del respeto que su talento me inspiraba, y de la seguridad con que contaba yo siempre con ella para el éxito de mis obras, hacía en ellas lo que en Sancho García, lo que es lamentable que no pueda quedar estereotipado para ser comprendido por los que no lo ven. ¡Desventura inmensa del actor cuyo trabajo se pierde con el ruido de su voz y desaparece tras del telón!

En la escena con Hissem y el judío reveló la fascinación que la superstición ejercía en el alma enamorada de la mujer; tradujo tan vigorosamente el poder de una pasión tardía en una mujer adulta, que traspasó al público la fascinación del personaje, suprema prueba del talento de una actriz. En las escenas sexta y séptima del acto tercero se hizo escuchar con una atención que sofocaba al espectador, que no quería ni respirar. Bárbara tenía mucho miedo al monólogo: en el segundo entreacto me había suplicado que se

le aligerara, y Carlos y yo no habíamos querido: Bárbara acometió su monólogo desesperada, conducida por delante por el inteligente apuntador, y acosada por su izquierda por mí que estaba dentro de la embocadura, en el palco bajo del proscenio. Carlos y yo la habíamos dicho que si no arrancaba tres aplausos nutridos en el monólogo, la declararíamos inútil para nuestras obras; y comenzó con un temblor casi convulsivo, y llegó en el más profundo silencio hasta el verso vigésimo cuarto; pero en los cuatro siguientes, al expresar la lucha del amor de madre con el amor de la mujer, y al decir

«Hijo mío... ¡ay de mí! me acuerdo tarde,»

hizo una transición tan magistral, bajando una octava entera después de un grito desgarrador, que el público estalló en un aplauso que estremeció el coliseo. Crecióse con él la actriz; entró en la fiebre de la inspiración; hizo lo imposible de relatar; y cuando exclamó concluyendo, con el acento profundo y las cóncavas inflexiones del de la más criminal desesperación,

«para uno de los dos guarda esa copa,
de la callada eternidad la llave!»

quedó Bárbara inmóvil, trémula, inconsciente de lo que había hecho, ajena y sin corresponder con la más mínima inclinación de cabeza a los aplausos frenéticos, que tuvo que interrumpir Carlos Latorre presentándose a continuar la representación, sacando a Bárbara de su absorción con el «¡Madre mía!» de su salida.

Así hacían Carlos y Bárbara Sancho García. Aún vive: pregúntenselo mis lectores a Bárbara, y que diga ella cuántos malos ratos la di con el ensayo y cuántas noches insomnes la hice pasar con el estudio de mis papeles; cuántas lágrimas la hice derramar y cuántas veces la hice detestar su suerte de actriz; pero que diga también si tuvo nunca amigo más leal ni aplausos y ovaciones como las de mi Sancho García. Hoy siento orgullo con tal recuerdo, y me congratulo de poderla dar este testimonio de mi gratitud treinta y ocho años después de aquella representación.

Lombía, por su parte, lo inventó y lo intentó todo en aquellos cuatro años para sostener nuestro teatro de la Cruz enfrente del afortunado del Príncipe. A su iniciativa se debió que Basili, Salas, Ojeda y Azcona echaran los fundamentos de la Zarzuela con la escena de La pendencia y El sacristán de San Lorenzo, y otras parodias de Norma, Lucía y Lucrecia, en las cuales despuntó Caltañazor, y concluyó por presentar La lámpara maravillosa, baile maravillosamente decorado por Aranda y Avrial, ejecutado por la familia Bartholomin, cuya primera pareja, Bartholomin-Montplaisir, fue reforzada con un cuerpo de baile de andaluzas y aragonesas; de cuyos cuerpos se han perdido los moldes, y de cuyas modeladuras no quiero acordarme, por no

quitar tres meses de sueño a los que no las vieron con aquellos vestidos, que no eran más que un pretexto para salir en cueros.

En el verano del 40 o del 41, antes de que estas huríes hicieran un infierno del teatro de la Cruz, reclamó Lombía de mí una comedia de espectáculo, en ausencia de Carlos Latorre, que veraneaba por las provincias. Los actores serios y jóvenes se habían ido con Carlos, y el trabajo cómico de Lombía, no acomodándose con el mío patibulario, no sabía yo cómo salir de aquel compromiso ineludible, según mi contrato con la empresa. Apurábame Lombía, y devanábame yo los sesos tras del argumento por él pedido, sin que él aflojara un punto en su demanda y sin que yo me atreviera a decirle que no éramos el uno para el otro. Acosábale a él tal vez la secreta comezón de abordar el drama en ausencia de Carlos, y pesábame a mí tener que escribir para otro que no fuera aquel único modelo del galán clásico del drama romántico; costaba mucho a mi lealtad lo que tal vez podía parecer una traición a Carlos Latorre, y ¡Dios me perdone mi mal juicio! pero tengo para mí que Lombía tenía la mala intención de hacérmela cometer. Impacientábase Lombía y desesperábame yo de no dar con un asunto a propósito, lo que ya le parecía, vista mi anterior fecundidad, no querer escribir para él, cuando una tarde, obligado a trabajar un caballo que yo tenía entablado hacía ya muchos días, salía yo en él por la calle del Baño para bajar al Prado por la Carrera de San Jerónimo. Era el caballo regalo de un mi pariente, Protasio Zorrilla, y andaluz, de la ganadería de Mazpule, negro, de grande alzada, muy ancho de encuentros, muy engallado y rico de cabos, y llevábale yo con mucho cuidado, mientras por el empedrado marchaba, por temor de que se me alborotase. Cabeceaba y braceaba el animal contentísimo de respirar el aire libre, cuando, al doblar la esquina, oí exclamar a uno de tres chulos que se pararon a contemplar mi cabalgadura: «Pues miá tú que es idea dejar a un animal tan hermoso andar sin jinete.»

La verdad era que siendo yo tan pequeño, no pasaban mis pies del vientre del caballo; y visto de frente, no se veía mi persona detrás de su engallada cabeza y de sus ondosas y abundantes crines. Por más que fuera poco halagüeña para mi amor propio la chusca observación de aquellos manolos, el de montar tan hermosa bestia me hizo dar en la vanidad de lucirla sobre la escena, y ocurrírseme la idea de escribir para ello mi comedia El caballo del rey D. Sancho. Rumié el asunto durante mi paseo, registré la historia del Padre Mariana de vuelta a mi casa, y fuíme a las nueve a proponer a Lombía el argumento de mi comedia, advirtiéndole que debía de concluir en un torneo, en cuyo palenque debía él de presentarse armado de punta en blanco, jinete sobre mi andaluz caparazonado y enfrontado.

Aceptó la idea de la comedia, plúgole la del torneo final y halagóle la de ser en él jinete y vencedor. Puse manos a mi obra aquella misma noche, y díla

completa en veinte y dos días. El señor duque de Osuna, hermano y antecesor del actual, a quien me presentó y cuya benevolencia me ganó el conde de las Navas, puso a mi disposición su armería, de la cual tomé cuantos arneses y armas necesité para el torneo de mi drama, cuya última decoración del palenque tras de la tienda real montó Aranda con un lujo y una novedad inusitadas.

Pasóse de papeles mi drama; ensayóse cuidadosamente y conforme a un guion, que los directores de escena hacen hoy muy mal en no hacer, y llegó el momento de enseñar su papel a mi caballo. Metíle yo mismo una mañana por la puerta de la plaza del Ángel, desde la cual subían los carros de decoraciones y trastos por una suave y sólida rampa hasta el escenario: subió tranquilo el animal por aquella, pero al pisar aquél, comenzó a encapotarse y a bufar receloso, y al dar luz a la batería del proscenio, no hubo modo de sujetarle y menos de encubertarle con el caparazón de acero. Lombía anunció que ni el Sursum-Corda le haría montar jamás tan rebelde bestia, y estábamos a punto de desistir de la representación, cuando el buen doctor Avilés nos ofreció un caballo isabelino, de tan soberbia estampa como extraordinaria docilidad, que aguantó la armadura de guerra, la batería de luces y en sus lomos a Lombía, que no era, sea dicho en paz, un muy gallardo jinete.

La primera representación de este drama fue tal vez la más perfecta que tuvo lugar en aquel teatro: Lombía se creció hasta lo increíble: é hizo, como director de escena, el prodigio de presentar trescientos comparsas tan bien ensayados y unidos, que se hicieron aplaudir en un palenque de inesperado efecto; y Bárbara Lamadrid, para quien fueron los honores de la noche, llevó a cabo su papel con una lógica, una dignidad tales, que al perdonar al pueblo desde la hoguera y a su hijo en el final, oyó en la sala los más justos y nutridos aplausos que habían atronado la del teatro de la Cruz.

Pero aquel drama no pudo quedar de repertorio; hubo que devolver las armaduras al señor duque de Osuna y el caballo al doctor Avilés, y... ni mereció los honores de la crítica, ni ningún empresario se ha vuelto a acordar de él, ni yo, que de él me acuerdo en este artículo, recuerdo ya lo que en él pasa. En cambio, al fin de aquel mismo año se escribió otro que todo el mundo conoce, que no hay aficionado que no haya hecho con gusto y aplauso, de cuyo origen se han propalado las más absurdas suposiciones, que me ha valido tanta fama como al mismo D. Juan Tenorio, y en cuya representación no han dado jamás pie con bola más que los tres actores que, bajo mi dirección, lo estrenaron: Latorre, Pizarroso y Lumbreras; hablo de El puñal del godo, del cual me voy a ocupar en el siguiente número.

XII. EL PUÑAL DEL GODO.

I.

Acababa de estrenarse Sancho García y espiraba el tercero día de Diciembre de 1842. Trabajaba yo aprovechando la luz que comenzaba a cambiarse en crepúsculo, cuando un avisador del teatro me trajo un billete de Lombía, en el cual me suplicaba que no dejara de ir a la representación de aquella noche, porque deseaba tener conmigo una entrevista de diez minutos.

Ya Lombía, a imitación de Romea, tenía una antecámara en la cual se reunían sus autores favoritos y sus amigos íntimos, como los de Julián en el saloncito del teatro del Príncipe. De aquel venían algunos que escribían para ambos teatros, y que como Hartzenbusch y García Gutiérrez no formaban pandillaje; porque su talento, formalidad y reputación, les habían ya colocado muy encima de todo mezquino espíritu de partido. Yo no iba nunca al saloncito del Príncipe e iba poco a la antecámara de Lombía, pero asistía continuamente a mi palco de proscenio para estudiar mis actores, y bajaba en los entreactos a saludar a Carlos Latorre y a la Bárbara, las noches que trabajaban. Aquella era de Lombía; en el primer entreacto me aboqué con él en su cuarto y trabamos inmediatamente conversación, presentes Hartzenbusch, Tomás Rubí, Isidoro Gil y no recuerdo quiénes más. He aquí en resumen nuestro diálogo:

Lombía.—La empresa espera de V. un señalado servicio.

Yo.—Debo servirla según mi contrato y según mis fuerzas.

Lombía.—Sabe V. que es costumbre que las funciones de Noche-Buena sean beneficio de la compañía, repartiéndose sus productos a prorrata entre todos sus actores y empleados según su clase.

Agucé yo el oído sintiendo abrir una trampa en la que se trataba de hacerme caer, y continuó Lombía diciéndome:

Sabe V. que Carlos Latorre no toma nunca parte en las funciones de Navidad, so pretexto de que en el género cómico de estas alegres representaciones no cabe el suyo trágico; de modo que cobra y se pasea desde Navidad a Reyes. Queremos que comparta este año con nosotros el trabajo de tales días, y no hay más que un medio con el cual se avenga, y es, que se le escriba una pieza nueva, y la empresa ha pensado en V.

Yo.—Estamos a 13, y por breve que sea el trabajo...

Lombía.—Debería estar concluido el 17; copiado y repartido, el 18;

estudiado, el 19 y el 20; ensayado el 21 y 22, y representado el 24.

Yo.—Imposible: me faltan tres escenas y copiar el tercer acto de la segunda obra, que debo entregar a ustedes antes de año nuevo; si la interrumpo no la concluyo; no puedo, pues, ocuparme de nada más hasta el 17, y ya no es tiempo.

Lombía.—No quiere V. servir a la empresa por no contrariar a su amigo.—(Lombía partía siempre del principio de que yo era mejor amigo de Carlos que suyo.)

Yo.—Mi obligación es primero que mi amistad.

Lombía.—Su excusa de V. nos prueba lo contrario.

Yo.—Voy a hacer a V. una propuesta que le asegure de mi buena fe. Concluiré mi trabajo el 16: en su noche volveré aquí; y si para entonces el Sr. Hartzenbusch se ocupa de encontrarme un argumento para un drama en un acto, yo me comprometo a escribirlo el 17 y presentarlo el 18.

Lombía.—Propuesta evasiva: con decir que el argumento que a V. se le dé no es de su gusto....

Yo.—El Sr. Hartzenbusch sabe el respeto en que le tengo, y todos Vds. saben que sigo sus consejos y acepto sus correcciones como de mi superior y maestro. He buscado al Sr. Hartzenbusch en dos situaciones difíciles de mi vida; sabe todos los secretos de mi casa, es en ella como mi hermano mayor, y lo que él me diga que haga, eso haré yo, como mejor hacerlo sepa.

Lombía.—Se conoce que ha estudiado V. con los jesuitas: sus palabras de V. son tan suaves como escurridizas. Si no quiere V. no hablemos más.

Yo.—Mi última proposición. Traiga V. aquí el 16 por la noche un ejemplar de la historia del P. Mariana; le abriremos por tres partes, desde la época de los godos hasta la de Felipe IV: leeremos tres hojas de cada corte en sus hojas hecho; y si en las nueve que leamos tropezamos con algo que nos dé luz para un asunto dramático, lo amasaremos entre todos, yo lo escribiré como Dios me dé a entender, y el jesuita Mariana abonará la fe del discípulo de los jesuitas del Seminario de Nobles.

Lombía.—Propuesta aceptada.

Yo.—Pues hasta el 16 a las siete.

En tal día y en tal hora, concluido mi trabajo, volví a presentarme en el teatro de la Cruz, donde Hartzenbusch, Rubí y algunos otros de quienes no me acuerdo, me esperaban con Lombía, que tenía sobre la mesa una Historia de España. Metimos tres tarjetas por tres páginas distintas, y en el primer corte tropezamos, en el capítulo XXIII del libro sétimo, estas palabras sobre el fin

de la batalla de Guadalete y muerte del rey D. Rodrigo: «Verdad es que, como doscientos años adelante, en cierto templo de Portugal, en la ciudad de Viseo, se halló una piedra con un letrero en latín, que vuelto en romance dice:

AQUI REPOSA RODRIGO, ULTIMO REY DE LOS GODOS.

Por donde se entiende que, salido de la batalla, huyó a las partes de Portugal.»

Al llegar aquí, dije yo: «Basta: un embrión de drama se presenta a mi imaginación. ¿Con qué actores y con qué actrices cuento? Necesito a Carlos, a Bárbara y a lo menos dos actores más.» Y mientras esto decía, me rodaban por el cerebro las imágenes de Pelayo, don Rodrigo, Florinda y el conde D. Julián. —Lombía dijo: «Imposible disponer de Bárbara.»—«Pues Teodora, repuse yo.»—«Tampoco; la cuesta mucho estudiar, replicó Lombía.»—«Pues Juanita Pérez, ni la Boldun, no me sirven para mi idea, repuse.»—«Pues compóngase usted como pueda, exclamó por fin Lombía: tiene V. a Carlos, a Pizarroso y a Lumbreras: los tres de V. Van a levantar el telón y no quiero faltar a mi salida. ¿En qué quedamos? ¿Es V. hombre de sostener su palabra?»

Picóme el amor propio el tonillo provocativo de Lombía, y sin reflexionar, tomé mi sombrero y dije saliendo tras él de su cuarto: «Mañana a estas horas quedan Vds. citados para leer aquí un drama en un acto.—Buenas noches.

—¿Apostado? me gritó Lombía dirigiéndose a los bastidores.

—Apostado: me darán Vds. de cenar en casa de Próspero; respondí yo echándome fuera de ellos por la puerta de la plaza del Ángel.

Poco trecho mediaba de allí a mi casa, núm. 5 de la de Matute: poco tiempo tuve para amasar mi plan, pero tampoco tenía minuto que perder. Me encerré en mi despacho: pedí una taza de café bien fuerte, di orden de no interrumpirme hasta que yo llamara, y empecé a escribir en un cuadernillo de papel la acotación de mi drama. «Cabaña, noche, relámpagos y truenos lejanos.—Escena primera.» Yo no sabía a quién iba a presentar ni lo que iba a pasar en ella: pero puesto que iba a desarrollarse en una cabaña, debía por alguien estar habitada: ocurrióme un eremita, a quien bauticé con el nombre de Romano por no perder tiempo en buscarle otro; y como lo más natural era que un ermitaño se encomendase a Dios en aquella tormenta que había yo desencadenado en torno suyo, mi monje Romano se puso a encomendarse a Dios, mientras yo me encomendaba a todas las nueve musas para que me inspiraran el modo de dar un paso adelante. Pensé que si el monje y yo no nos encomendábamos bien a nuestros dioses respectivos, corría el riesgo de meterme, empezando mal, en un pantano de banalidades del que no pudieran sacarme ni todos los godos que huyeron de Guadalete, ni todos los moros que a sus márgenes les derrotaron.

Llevaba ya el monje rezando treinta y seis versos, y era preciso que dijera algo que preparara la aparición de otro personaje; que era claro que si andaba por el monte a aquellas horas y con aquel temporal, debía de poner en cuidado al que abría la escena en la cabaña. Decidíme por fin a atajar la palabra a mi monje romano y escribí: Escena segunda. Sale Theudia: y salió Theudia; mas como no sabía yo aún quién era aquel Theudia, le saqué embozado, y me pregunté a mí mismo: ¿Quién será este Sr. Theudia, a quien tampoco podía tener embozado mucho tiempo en una capa, que no me di cuenta de si usaban o no los godos? era preciso empero desembozarle, y él se encargó de decirme quién era: un caballero; por lo cual, y por su nombre, y por su traje, tenía necesariamente que ser un godo; quien trabándose de palabras con aquel monje que en la choza estaba, me fue dando con los pormenores que en ellas daba, la forma del plan que me bullía informe en el cerebro; de modo que andando entre Theudia, el ermitaño y yo a ciegas y a tientas con unos cuantos recuerdos históricos y unas cuantas ficciones legendarias de mi fantasía, cuando al fin de aquella larga escena segunda escribí yo: Escena tercera. El ermitaño, Theudia, Don Rodrigo, ya comenzaba a ver un poco más claro en la trama embrollada de mi improvisado trabajo, y el cielo se me abrió en cuanto me vi con Carlos Latorre en las tablas; porque mientras él estuviera en ellas, era lo mismo que si en sus cien brazos me tuviera a mí el gigante Briareo; porque estaba ya acostumbrado a ver a Carlos sacarme con bien de los atolladeros en que hasta allí me había metido, y a él conmigo le había arrastrado mi juvenil é inconsiderada osadía.

En cuanto me hallé, pues, con Carlos, fiado en él, me desembaracé del monje como mejor me ocurrió, y me engolfé en los endecasílabos: cuando yo los escribía para Carlos Latorre en mis dramas, ya no veía yo en mi escena al personaje que para él creaba, sino a él que lo había de representar, con aquella figura tan gallarda y correctamente delineada, con aquella acción y aquellos movimientos, y aquella gesticulación tan teatrales, tan artísticos, tan plásticos, nunca distraído, jamás descuidado; dominando la escena, dando movimiento, vida y acción a los demás actores que le secundaban: así que al entrar yo en los endecasílabos de la escena cuarta, me despaché a mi gusto haciendo decir a D. Rodrigo cuanto se me ocurrió, sin curarme del cansancio que iba a procurar a un actor, que por fuerte que fuese era ya un hombre de más de sesenta años con un papel que sostenía solo todo mi drama; más la inspiración había ya desplegado todas sus alas, y no vacilé en añadirle el fatigosísimo monólogo de la escena V para preparar la salida del conde D. Julián. Aquí me amaneció: tomé chocolate y leí lo escrito; parecióme largo y asombréme de tal longitud, pero no había tiempo de corregir; presentía que me iba a cansar, y temiendo no concluir para las siete, acometí la escena del conde con D. Rodrigo, que me costó más que todo lo llevado a cabo, y me faltó la luz del día cuando escribía:

Escucha, pues, ¡oh rey Rodrigo

a cuánto llega mi rencor contigo!

No me había acostado, no había comido, no podía más y se acercaba la hora de la lectura. Me lavé, tomé otra taza de café con leche, enrollé mi manuscrito y me personé con él en el teatro de la Cruz. Leyóse; asombréme yo y asombráronse los que me escucharon; abrazóme Hartzenbusch, y frotábase ya Lombía las manos pensando en que la función de Navidad trabajaría Carlos, cuando éste dijo con la mayor tranquilidad: «Señores, yo no tengo conciencia para poner esto en escena en cuatro días; esta obra es de la más difícil representación, y yo me comprometo a hacer de ella un éxito para la empresa, si se me da tiempo para ponerla con el esmero que requiere; mientras que si la hacemos el 24 vamos de seguro a tirar por la ventana el dinero de la empresa y la obra es la reputación del Sr. Zorrilla.

Convinieron todos en la exactitud de lo alegado por Latorre; mascó Lombía de través el puro que en la boca tenía y... se dejó El puñal del godo para después de las fiestas; y tampoco aquel año trabajó en ellas Carlos Latorre.

Así se escribió El puñal del godo. ¿Cómo lo puso en escena aquel irreemplazable trágico?

La representación para el próximo lunes.

XIII.

EL PUÑAL DEL GODO.

II.

Durante las fiestas de Navidad ocupóse Carlos Latorre del estudio de aquel repentino aborto de mi irreflexivo ingenio, que había yo escrito y leído en veinticuatro horas y bautizado con el título de El puñal del godo: y durante aquellos quince días, había yo tenido tiempo para reflexionar sobre lo que había hecho.

Debo yo a Dios una cualidad por la cual le estoy profundamente agradecido; pero por la cual es probable que no sea nunca respetado en mi patria: la de no dejarme alucinar por los aplausos, y no creer por ellos que mis obras son el non plus ultra de la perfección: como yo sé mejor que nadie cómo y por qué las he escrito, no tengo vanidad en ellas; y no solamente veo sus grandes defectos, sino que tampoco me ofende su crítica, por más que muchas veces me las haya acerba, personal y agresivamente flagelado.

Desde que el 17 por la noche leí en el teatro de la Cruz lo que en aquel día

y la noche anterior había escrito, había yo comprendido que aquel Puñal del godo, forjado en el breve tiempo y del modo que llevo dicho, escribiéndolo antes de pensarlo, creándolo y dándole forma según escribiéndolo iba, y fiándome al escribirlo en que era Carlos quien lo debía de representar en cuatro días, adolecía de gravísimos defectos, que hacían difícilísima su representación. Yo había escrito sin juicio, sin corrección y sin poder pararme a leer lo que escribía, por miedo de perder los minutos que para concluir a tiempo mi trabajo podían faltarme; por consiguiente, mis personajes no decían en las cuatro primeras escenas lo que debían para hacer comprender la acción a los espectadores, sino lo que yo me iba diciendo a mí mismo para comprender mi pensamiento, que no se trababa y desarrollaba en mi imaginación, sino ya en el papel por los puntos de mi pluma; la cual no podía volverse a borrar una redondilla, sin perder sus cuatro versos y los cuatro minutos empleados en escribirlos, no en pensarlos, porque para pensar no tenía ni se me había concedido tiempo. Así en la escena IV endecasílabo, parece que Theudia y D. Rodrigo se quieren desquitar de lo que no han hablado desde la desastrosa jornada del Guadalete. Fiado yo en Carlos Latorre, que contaba de una manera cuyos pormenores concienzudamente estudiados en voz, posiciones, acción y fisonomía avasallaban la atención del auditorio constante y crecientemente, puse en boca de D. Rodrigo aquella fantástica historia del monje; figurándome conforme la iba escribiendo cómo me la iba a poner en acción aquel amigo gigante, que en sus brazos me levantó y a quien debo la poca reputación que como autor dramático he obtenido.

Y en verdad que, con sinceridad revelándoselo hoy al público después de treinta y ocho años, hasta que hice decir a la visión del bosque en la narración de D. Rodrigo, que

él, a quien deshonró tu incontinencia,
vendrá de crimen y vergüenza lleno
con tu mismo puñal a hender tu seno,

maldito si sabía yo aún en lo que había de parar todo aquello, que no era todavía más que la exposición. Hasta que brotó del diálogo aquel bienaventurado puñal, mi mal perjeñado trabajo no tenía ni acción, ni final, ni título: desde allí el drama lo es, y caminé desde allí resueltamente a la escena VI, que es lo único que en él tiene un valor real y un interés verdadero.

Cuando nos reunimos por primera vez en el gabinete octógono de su casa de la plaza de Santa Ana Carlos y yo, para tratar del reparto y ensayo de mi drameja, me dijo Carlos: «La espontaneidad con que ha escrito usted esto, la exuberancia de versificación en sus escenas acumulada, hacen difícil su representación. Yo no quiero que corrija V. ni suprima una sola palabra; quitaría V. a su obra su originalidad; quiero hacerla tal como está; pero quiero

que mis actores, conmigo, aseguren el éxito de su estreno con el mismo lujo de pormenores de que V. la ha colmado, y con tanto exceso de estudio para representarla cuanto a V. le ha faltado para escribirla. Escúcheme V., y vamos a ver si yo he comprendido bien su pensamiento.»

Latorre y yo teníamos siempre esta conferencia preliminar, en la cual exponíamos mutuamente nuestra manera de ver la acción de la obra que íbamos a poner en escena: yo le decía cómo la había yo concebido, y él me decía cómo pensaba desarrollarla. Siguió, pues, Carlos diciéndome: «D. Rodrigo es en *El puñal del godo* un rey acosado por dos grandes pasiones: la superstición del godo de su edad tosca, y la profunda melancolía que en su corazón ha engendrado el vencimiento. La concentración en sí mismo y la distracción perpetua en que sus pensamientos le tienen absorbido son las señales externas del carácter de esta figura. ¿No es eso?

—Exactamente.

—El conde D. Julián es un mal hombre: por más que la ofensa que ha recibido le da derechos para mucho, él va tras de una venganza insaciable, en la cual no ha dudado envolver a toda la nación de su ofensor. La aspereza violenta, la ira traidora de la hiena, y la marcha oblicua del lobo, son los caracteres exteriores de esta figura, que se mueve en el cuadro inquieta, torva y siniestra, como amenaza viviente. ¿No es así?

—Exactamente.

—Theudia es... su Sancho Montero y su Blas de usted en *Sancho García y El Zapatero y el Rey*: a Lumbreras le viene como pintado el papel de Theudia, y daremos el del conde a Pizarroso.

Y se envió a estos actores su respectivo papel.

Lumbreras era entonces un mozo de buena estatura, de franca fisonomía, de varoniles maneras, bien proporcionado de piernas y brazos, y de fresca y bien timbrada voz; pero era algo tartamudo, aunque no se apercibía en escena este defecto, que vencía el estudio y el cuidado. Lumbreras tenía el germen de un buen actor serio; había estrenado con justo aplauso el papel del moro Hissem en *Sancho García*; y en la escuela y compañía de Latorre le secundaba dignamente bajo su dirección.

Pizarroso era un actor de angulosas formas, de voz áspera y garrasposa, pero de buena estatura y fisonomía, de fácil comprensión, de buena voluntad para el estudio, muy cuidadoso en el vestir, y secuaz ciego y adorador idólatra de Carlos Latorre, entre cuyas manos era materia dúctil como actor útil y aceptable.

Con estos elementos y diez días de estudio, ensayamos otros diez *El puñal*

del godo y levantamos el telón sobre el interior sombrío de una fantástica cabaña, pintada por Aranda para mi drama en miniatura, en una noche en que la política traía un poco inquietos los ánimos, y la atmósfera tan cerrada en nubes como aquella en incertidumbres; una noche, en suma, muy mala para dar nada nuevo a un público que no sabía lo que quería ni lo que recelaba, dispuesto a descargar su inquietud sobre el primero que se la excitara, anheloso por distraerse, pero inseguro de hallar quien le distrajera.

Ante este público se levantó el telón del teatro de la Cruz sobre la cabaña de mi monje Romano, quien empezó aquella larga plegaria, de la cual no había querido Carlos que suprimiera un verso. Nunca he tenido yo más miedo: tenía cariño a mi tan mal forjado Puñal, y temía que mi triunfo de veinticuatro horas se convirtiera en veinticuatro minutos en vergonzosa derrota. Presentóse Lumbreras, y se presentó bien: franco, sencillo y respetuoso con el monje, pidióle de cenar con mucha naturalidad, comió como sobrio que dijo ser, observó al ermitaño como hombre que está sobre sí, pero con la tranquila serenidad de un valiente, y llevó en fin a cabo la escena, dándole la flexibilidad, el movimiento y el lujo de pormenores de que Carlos había previsto la necesidad. El público la oyó en el más desanimador silencio.

Salió al fin Carlos, cabizbajo, distraído, sombrío y brusco, llenando la escena del misterio del carácter del personaje que representaba, y a los primeros versos se captó la atención de los espectadores, y al sentarse empujando a Theudia y diciéndole: «Haceos, buen hombre, atrás...» yo respiré en mi palco, porque vi que todo el mundo quería ya ver lo que iba a pasar.

Carlos no tenía par para estas escenas: no dejó enfriar la atención un solo instante; y cuando, sólo ya con Theudia, entró en los endecasílabos, se le escuchaba con religioso silencio, y sofocábanse por no toser los a quienes traía resfriados aquella húmeda frialdad del Enero de 43.

Carlos reveló tanto miedo, tanta esperanza, tanta superstición, tal lucha interior de pasiones oyendo las noticias de Theudia, que entró en la narración de su cuento tan vaga y tan fantásticamente, que al concluirle diciendo

«Dijo: y por entre la niebla arrebatado

huyó el fantasma y me dejó aterrado,»

estalló un general aplauso: era que el público expresaba así el placer de que Carlos le hubiera dejado respirar: Lumbreras picó y despertó el amor propio, y el valor del rey vencido con una intención tan bien marcada; Carlos olfateó y oyó el aura militar del campamento y el clarín que estremecía a los corceles con una acción tan dramática y levantada, y con una amplitud de aliento tan vigorosa, que la sala estalló en aquel ¡bravo, Latorre! que era sólo para él y que él sólo sabía arrancar. La partida estaba ganada: y preparada de este modo

la salida del conde D. Julián, rápido, perfectamente a tiempo y entre el fulgor de un relámpago, se presentó por el fondo Pizarroso, torvo, sombrío, hosco e insolente, envuelto en una parda y corta anguarina, con una larga y estrecha caperuza amarilla, que le cortaba la espalda de arriba a abajo. Fuése directamente a la lumbre, que estaba a la derecha, y picando con intachable precisión el diálogo de entrada, Carlos con supersticiosa desconfianza y Pizarroso con agresivo mal humor, llegó éste al rústico banquillo que junto a la lumbre estaba, y diciendo

D. Julián.: ¿Tiene algo que cenar?

D. Rodrigo.: Nada.

D. Julián.: Pues basta; la cuestión por mi parte ha dado fondo,

engánchase la borla de su capucha en un clavo del banquillo, vuélcase éste y da fondo Pizarroso, sentándose a plomo sobre el tablado.

Aquí hubiera acabado hoy el drama; pero he aquí el público y los actores de aquel tiempo viejo: el público ahogó en un ¡chist! general la natural hilaridad que iba a romper; Carlos, en lugar de decir: «desatento venís donde os alojan,» dijo en voz muy clara y con un altanero desenfado: «desatentado entráis donde os alojan,» y aprovechando Pizarroso aquel dudoso instante, incorporóse enderezando el banquillo, asentóle sobre sus pies con un furioso golpe, y sentóse tranquilamente, como si lo sucedido estuviera acotado en su papel. Carlos, en una posición de supremo desdén y de suprema dignidad, se quedó contemplándole de través y en silencio, hasta que el público rompió en un aplauso universal; y continuó la escena en una suprema lucha de los actores por la honra del autor. La conclusión fue tan rápida y precisamente ejecutada por el hachazo de Lumbreras, y aconterada por Carlos con la octava final con tal sentimiento y brío, que el aplauso final se prolongó muchos minutos. El puñal del godo obtuvo el éxito que se obligó a darle Carlos Latorre, si se nos concedía tiempo para ponerle en escena como él había concebido que debía ponerse.

Así se hacían y así se escuchaban las obras dramáticas desde 1832 a 1843.

XIV.

INTERRUPCION.

Sr. Director de Los Lunes de El Imparcial:

Mi querido amigo: Siento mucho no poder enviar a V. original de mis Recuerdos del tiempo viejo para el número de mañana: pero la primavera que

Dios prematuramente nos ha enviado esta semana a los que en Madrid vivimos, ha hecho fermentar en mi viejo corazón el espíritu vagabundo y holgazán de todo buen español en la estación primaveral. Confieso a V., y sin que tal confesión me pese o me ruborice, que no he hecho más en toda la transcurrida semana que pasear al sol mi pellejo, que con el frío comenzaba ya a apergaminarse, conversar con dos amigos tan viejos como yo, del tiempo que no volverá, y vagar por las calles de Madrid como un gorrión nuevo recién escapado del nido, que no piensa en volver a él mientras luzca el sol sobre el horizonte.

En esta ociosa vagancia me ha cogido el sábado, mi querido Munilla, sin haber escrito ni acordarme de escribir una palabra del artículo de mañana: así que, mi Puñal del godo pendiente se está como quedó en nuestro número del 1.º de Marzo, y no lo volveré a coger hasta el del lunes 15: y para bien sea; porque un puñal en manos de un viejo loco, puede acarrear a cualquiera un susto, si no un disgusto. Yo quisiera sincerar mi falta dando a V. alguna razón que de ella con V. me disculpara: pero, la verdad es que no la tengo: si le escribiera a V. en verso, ya inventaría yo alguna mentira, por excusa; pero escribiendo en prosa, debo decir la verdad como hombre honrado.

El lunes, satisfecho de haber publicado y cobrado mi artículo, me salí al sol a espaciar el ánimo y a descansar del trabajo hecho. Los martes son malos días para empezar negocio ni labor alguna: el miércoles me volví a salir al sol para prepararme a oír por la noche en el Ateneo al Sr. Moreno Nieto; a quien voy yo siempre a escuchar con tanto asombro como respeto, porque sabe tantas cosas que yo no sé, y las dice de una manera tan de mi gusto, que le escucho arrobado, y me pesa siempre de que concluya de exponer aquellos sus tan bien hilados discursos, tan lógicamente hilvanados en tan primorosas frases. El jueves continué paseándome al sol, para rumiar lo oído al Sr. Moreno Nieto; y a las siete y media (costumbre mía de los jueves) me senté a la mesa de la condesa de Guaquí, quien siendo hija de mi condiscípulo el duque de Villahermosa, es al mismo tiempo hermana del ángel rubio encargado por Dios de abrir las puertas de la aurora y de derramar la luz y la alegría sobre la tierra. Recibe conmigo a su mesa los jueves esta gentilísima señora al prodigio de memoria, de erudición y de precocidad, el joven Menendez Pelayo, al infatigable Grilo, que nos recita sus versos, los míos y los de todos los poetas que conoce; a Pepe Esperanza, quien me hace concebir la de escuchar el celeste concierto del Paraíso, cuando él pone las manos en el piano, y otros renombrados ingenios y conocidísimos personajes, de quienes no cito a V. los nombres, porque no le parezca que trato de darle más importancia de la escasa que mis versos me han adquirido, más por el ajeno favor que por su mérito propio. Puede V. comprender que no tendría perdón de Dios, si empleara los viernes en otra cosa que en saborear los recuerdos en prosa y verso del salón de aquella condesa Carmen, con la cual no tienen flor

comparable ninguno de los Cármenes escalonados en el valle de los Avellanos de la morisca Granada.

Del viernes ya pensé emplear la noche en escribir mi artículo; pero fatalmente para V., los viernes ha dado en reunir en su casa la señora de Malpica a algunos amigos suyos, entre los cuales me cuenta; y ¡ay, señor Director de Los Lunes de El Imparcial! recibe esta señora con tal cariño y con tan buen gusto en una tan elegante morada, y van a casa de esta señora dos niñas morenas, que cantan como dos ángeles, dos rubias que tocan como dos serafines, y otras dos de tez apiñonada y cabello castaño que tocan y cantan como dos Santas Cecilias... en fin, de aquella casa se sale con pesar a las cuatro de la mañana; y el sábado hay que pasarlo en soñar con aquellas tres parejas de muchachas, que le dejan a uno en los oídos para veinticuatro horas el eco de todas las harpas de Sion, y de los gorjeos de todos los ruiseñores de los bosques de la Alhambra.

La tarde del sábado, cuando ya iba disipándose la especie de embriaguez en que envuelven el espíritu de los poetas, aunque seamos viejos, el recuerdo de tanta poesía, tanta música y tantos serafines con forma humana... ella bajando y yo subiendo, tropecé en la calle de la Montera con la marquesa de D. H., que es la más mona de todas las marquesas de los reinos unidos y desunidos de Europa; una malagueña que tiene una mata de rayos de sol por cabellos, un puñado de azucenas por cara, dos pedazos de cielo por ojos y dos ramilletes de jazmines por manos; y que me dio justísimas quejas, y que la di merecidísimas satisfacciones, y que me ofreció el perdón suyo y el de su esposo, y que la prometí enmienda, y que me fui a mi casa entre la niebla del crepúsculo, mareado y andando a tientas con el recuerdo de sus palabras y la imagen de su hermosura.

Envié a mi familia al teatro de Apolo, y dejando el estreno de la comedia Ángel por oír a Blasco, me dirigí al Ateneo.

Pero Blasco es más vagabundo que yo, y a las diez nos dijo el secretario que Blasco no daba su lectura aquella noche. Un poco despechado de aquel chasco que con su ausencia me pegaba Blasco, eché hacia el teatro de Apolo, desesperanzado de acabar la semana tan poética y armoniosamente como la había pasado, puesto que daban una comedia en prosa para mí desconocida: Lo positivo.

A más de la mitad iba ya la representación del acto segundo, cuando ocupé yo mi butaca de primera fila; ignoraba el argumento y dábame apenas cuenta de lo que en la escena sucedía, cuando la Hijosa, que en ella estaba sola, dejó un periódico en que había leído y tomó una carta que tenía delante por leer. Desplegó poco a poco el papel de aquella carta y comenzó su lectura con una indiferencia que cambió en atención, y que fue pasando de ésta al interés, y de

éste al sentimiento, y luego a la ternura, y vi con mis gemelos que las lágrimas brotaban de los ojos de la actriz, y sentí las mías anublarme los cristales a cuyo través la contemplaba, y oí por fin estallar un aplauso universal, y solté mis anteojos para aplaudir su final de acto, cuya ejecución hacía mucho tiempo que no había yo visto par.

En el tercero desplegó Pepita Hijosa un lujo de pormenores, un estudio de detalles tan minucioso, un cuadro tan acabado de cómica coquetería, manifestó tal seguridad y franqueza, tal posesión de la escena, que envidié la fortuna del Sr. Tamayo o Estévez, o como quiera llamarse el académico autor de aquella comedia, en la cual se me revelaban a un mismo tiempo el más práctico de nuestros autores, y una actriz incomparable para el estudio de sus papeles.

Puede un gran poeta desarrollar en ricos versos o en castiza prosa, un gran pensamiento, y dar cima a una gran creación; pero el mejor poeta no puede hacer más que escribir sus palabras; y si el actor no da a cada una de las de su papel una intención, una inflexión, un movimiento y una vitalidad competentes, de la palabra no resulta más que un sonido sin vibración, que excita seca, pálida y fría la idea en ella expresada. En lo que yo vi de *Lo Positivo*, el poeta ha confeccionado sus palabras y sus escenas como maestro, pero la Hijosa da a su palabra el movimiento, el relieve y la vida del sentimiento del arte.

Yo no conocía, amigo Munilla, a esta actriz que ha hecho su reputación durante mis treinta años de ausencia de España, y como todavía su acento me resuena dentro del tímpano, su figura y su juego escénico me bailan aún en las pupilas, y el recuerdo de la actriz me turba la memoria, no tengo ni tiempo ni ánimo para escribir el artículo de mañana.

Compóngase Vd., pues, como pueda; que yo voy a probar si durmiendo doce horas seguidas, puedo desembarazarme de la deliciosa pesadilla que me producen en vigilia las encantadoras imágenes de las nueve bienhechoras hadas, con quienes he tenido la fortuna de tropezar en la semana que acabó ayer. Si Dios me da otras cuatro como ésta, el premio grande de la lotería en la quinta, y la gloria después de la muerte... reclame usted, señor Munilla, reclame usted ante todos tribunales humanos y en el divino, porque no habrá justicia ni en la tierra ni en el cielo.

Suyo afectísimo...

Los redactores de *El Imparcial* no quisieron dejar pasar el número de aquel lunes sin artículo mío, y sustituyéndole con mi anterior epístola, le completaron con la siguiente nota y los subsiguientes versos: todo lo cual dejo yo en este lugar interrumpiendo mis recuerdos como ellos lo intercalaron en los Lunes de su periódico.

Mal satisfechos con esta carta del Sr. Zorrilla, corrimos a su casa, pero no le hallamos en ella. Registramos osados su pupitre, y encontrando en él el borrador de las siguientes octavas, las publicamos a continuación de su carta, en lugar del artículo que hoy no contaba darnos.

Dios te ha dado, Valenciana,
la beldad de las huríes;
en tu faz, cuando sonrías
se abre el cielo y se ve a Dios;
quien al darte en carne humana
modelada tu hermosura,
dijo: «ahí va esa criatura,
y como esa no hago dos.»
Y eres única por eso:
Yo creí que era mi Rosa
la primera y más hermosa
en el ámbito español;
pero a ti, prez y embeleso,
luz y gloria de Valencia,
te creó la Omnipotencia
sola y sin par, como el sol.
En tus ojos nace el día,
que ajimeces son del cielo
por los cuales manda al suelo
de Valencia Dios la luz.
Ha supuesto Andalucía
que era Venus sevillana...
no lo creas, Valenciana;
erró vano el andaluz.
Al matar el cristianismo
a la Venus de Cithéres,

se asió a ti Cupido, y eres
quien le lleva de sí en pós;
si hizo a aquella el paganismo
de la espuma de los mares,
de capullos de azahares
y de luz te hizo a ti Dios.
Tú eres Venus, Valenciana;
tu hermosura es más perfecta
que la helénica, romana,
bizantina y oriental:
tú eres la obra más correcta
de las manos de aquel númen
que es la cifra y el resumen
de lo bello y lo ideal.

Y contigo, almo trasunto
de aquel germen de hermosura,
de sin par modeladura
en su inmensa creación,
no tiene el más leve punto
de adhesión comparativa
criatura alguna viva
en belleza y perfección.

No creó naturaleza
ningún tipo de hermosura
que no fuera a tu belleza
algún rasgo a demandar;
te pidió el cisne blancura,
el armiño tu limpieza,
el halcón tu gentileza
y el antílope tu andar.

Tienes ojos de paloma
y hebras de sol por pestañas;
Dios te ha puesto en las entrañas
los efluvios del rosal:
y respiras los aromas
que desprende en las montañas
de sus troncos y sus gomas
el calor primaveral.
Tu cabeza toca airosa
tu abundante cabellera,
como al cedro y la palmera
su ramaje secular:
de las hondas de tus rizos
la espiral es más graciosa
que los arcos movedizos
de las ondas de la mar.
Tu cintura, más esbelta
que los vástagos del mimbre,
hace el paso que se cimbre
de tu andar de garza real;
y tu leve falda suelta
flota en torno de tu talle,
cual la niebla que en el valle
alza el sol matutinal.
Más sutilmente no liba
colibrí de cien colores
en el cáliz de las flores
el rocío que en él ve;
más ingrávida no estriba
la ligera mariposa

en las hojas de una rosa,
que al andar pisa tu pié.
De tus labios la sonrisa
como un alba se desprende
que por la atmósfera extiende
viva luz y áura vital,
y tu aliento es una brisa
que del cielo baja al suelo
por tus labios, que del cielo
son las puertas de coral.
Son más dulces tus palabras
que la miel de las abejas;
el olor que trás tí dejas
aventaja al del clavel:
y tu amor, con el que labras
mi ventura, reasume
la dulzura y el perfume
de la flor y de la miel.
Tú eres Vénus, Valenciana:
tus dos labios carmesíes
al abrir cuando sonries
se abre el cielo y se ve a Dios;
quien al darte en carne humana
modelada tu hermosura,
dijo: «ahí va esa criatura:
mas como esa no haré dos.»

XV.

EL PUÑAL DEL GODO.

III.

Ganóme esta obrita más favor con el vulgo e hízose pronto más popular y famosa que cuantas escritas llevaba, por la circunstancia de que, no necesitándose dama para su representación, la pusieron en escena todos los aficionados en liceos, casinos y demás sociedades más o menos literarias que por entonces comenzaron a surgir; y permítame el lector que con vanidad le recuerde que sé de cierto que miles de personas, que han sido y son hoy conocidos personajes, han hecho el papel de alguno de los cuatro de mi Puñal del godo: y no ha muchas noches dieron una dedada de miel a mi amor propio mi paisano Núñez de Arce, Sellés y otros que valen y son hoy más de lo que yo antaño valía y era, revelándome alegremente que habían de estudiantes representado a Theudia y a D. Rodrigo, y el primero añadió que aún sabía de memoria toda mi rápidamente abortada composición; lo cual, sea dicho en paz y en gracia de Dios, me congratula con aquel pequeño aborto de mi ingenio y casi me enorgullece de haberlo escrito.

Y la ocasión me viene como de molde, para exponer aquí mi opinión sobre las representaciones de los aficionados, en los más o menos caseros teatros de sociedades más o menos públicas o privadas. Cuando invitado un conocido autor a la representación de una de sus obras en uno de estos teatros, le dicen durante o después de ella: ¡Cuánto habrá V. sufrido viéndose así ejecutado! ni los que tal le dicen son justos, ni él lo fuera pensando tal. Yo por mi parte no sólo asisto sin pena a estas ejecuciones, sino que es la sola ocasión en que escucho mis versos sin hastío. Los aficionados suelen ser muchachos de quienes aún no se sabe el porvenir, que estudian sus papeles con afán, los representan con entusiasmo, y se encariñan con el autor; de quien se acuerdan continuamente y con quien contraen esa amistad leal, noble y desinteresada, que se basa en la fruición espiritual de la lectura y del estudio de una obra que nos procura aplausos y favor, siquiera sea de amigos. Tal vez un muchacho a quien el porvenir guarda una faja de general o un sillón presidencial de un Parlamento o en una Academia, representa delante de la niña que ha de ser su mujer, o de la mujer que ha de ser su gloria o su condenación. Tal vez alguno, con la representación del papel de Theudia o del conde D. Julián, ha conseguido el amor de su Florinda, y uno y otro han bendecido y conservado por ello toda su vida una amistad por él ignorada al viejo autor del Puñal del godo. En estos teatros y en estos actores de afición todo es disculpable, en atención a la buena fe con que todo se hace: en ellos suelen presentarse individuos que fácilmente llegarían a buenos actores, si en serlo pusiesen empeño o de serlo se vieran en la necesidad. Yo soy tal vez el viejo que tiene más amigos jóvenes: soy el poeta que goza de más popularidad entre la juventud escolar de España: y no por mi ciencia, de la cual dan mis escritos

bien pobre y escasa muestra, sino por las octavas de D. Rodrigo y el diálogo de éste con D. Julián, de los cuales hay apenas estudiante que no tenga en su memoria algunos de sus versos o algunas hojas parásitas de los míos entre las de sus libros de asignatura.

Los actores de provincia son también dignos de la indulgencia de los autores; porque la variedad diaria que en sus representaciones exige un público escaso que nunca varía, no les da tiempo de estudiar ni de ensayar convenientemente las obras; pero basta de esto, que es tratado aparte de mis recuerdos viejos: ya volveré sobre ello cuando llegue el turno a mis impresiones del tiempo actual; y tornemos y demos fin a las de El puñal del goda con una anécdota poco conocida.

Había en Méjico cuando vivía yo en aquel paraíso, que debió ser para mí y no quiso Dios que fuera limbo del olvido un Casino español, pródigamente sostenido, en cuyos salones se daban algunas espléndidas fiestas; una de ellas, la imprescindible, se verificaba el día onomástico de la Reina Isabel, a quien, como a la persona que entonces representaba la patria, enviábamos un saludo los expatriados de España. Era yo el encargado de hacer una lectura en aquellas noches, que concluía siempre con el viva a España, al cual contestaban los mejicanos y españoles en aquellos salones reunidos.

Un año, queriendo el Casino hacerme un obsequio por lo que parecía trabajo y era en un español obligación de buen ciudadano, dispuso que en una de estas fiestas se representase mi Puñal del goda y se me ofreciese una corona.

Colocáronme, para honrarme, en un grande y magnífico sillón, en el cual resaltaba más mi exigua personalidad, a la derecha de la orquesta y de cara al público: ejecutóse mi pobre drama lo mejor que se pudo y mejor de lo que se esperaba; diéronme mi corona, aplaudiéronme mucho, y después de una exquisita cena aconterada con muchos brindis, metiéronme, tras de muchos abrazos y plácemes, en mi coche y... buenas noches.

Al día siguiente un periódico mejicano, no muy afecto a los españoles pero redactado por gente ingeniosísima, daba cuenta de la fiesta, la representación, mi coronación y la cena final en los términos más halagüeños para la riqueza, la esplendidez y el patriotismo de los socios del Casino; pero concluía con este cuentecillo: «Sin que salgamos garantes de la verdad del hecho, se cuenta que entre el poeta Zorrilla y un amigo nuestro y suyo, que no había asistido a la función del Casino y que se acercó a saludarle al bajar aquel del coche a la puerta de su casa, se cruzó el siguiente diálogo, que resultó improvisada redondilla:

«El amigo.: ¿Qué tal lo hicieron los godos?»

El poeta.: ¡Hombre!... lo han hecho tan mal, que buscaba yo el puñal para matarlos a todos.»

En cuyo cuentecillo quedábamos mal todos los españoles de Méjico: los del Casino por haber hecho mal mi drama, y yo por hacerlo peor con ellos en semejante epigrama.

Ni es mío, ni en aquella ocasión pudiera haberseme ocurrido; pero me le ha recordado la última representación que he visto en Madrid de mi pobre Puñal del godo.

XVI.

LOS DOS VIREYES.

Suum cuique.

Este drama está ya olvidado del público de Madrid, y apenas si se representa alguna vez en provincias, afortunadamente para mi honra.

De él se ocupó la crítica muy somera aunque muy agriamente, y tuvo razón: es la más miserable rapsodia representada en el teatro moderno; y si andando el tiempo algún curioso bibliómano o algún crítico investigador tropezaran con ella en algún juicio retrospectivo, seguramente exclamarían con asombro: «¡Cómo diablos fue posible que aquel poeta escribiera esto!»

Y no puedo negar que lo escribí, y es lo peor que al afirmarlo no me avergüenzo de haberlo escrito; materialmente escrito, porque el argumento, la forma y las escenas en prosa, no son míos: están rastaramente cogidos y literalmente copiadas de una mala novelucha de un autor italiano engerto en francés, a quien todo París literario y artístico ha conocido, pero cuya reputación no ha llegado a España: la novelucha se titulaba El virrey de Nápoles, y su autor se llamaba Pietro Angelo Fiorentino.

¿Cómo llegó a mis manos esta novela? ¿Quién me puso en mientes transformarla en drama, copiando en él servilmente los amanerados diálogos de su falso relato y sin curarme de corregir sus errores históricos, ni de dar a mis personajes otro carácter más acusado y dramático, más verdadero y más español?

Es una historia que debía de quedar para contada después de mi muerte; pero que se me antoja contar en vida, porque nada hay en ella que no abone mi lealtad de amigo y mi buena fe de hombre honrado; porque no quiero que piense ninguno de los que en mi tiempo viven que temo abordar en mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO ninguna cuestión personal sobre el

pasado que no vieron, y porque no quiero cargar para el porvenir con culpas que no fueron mías. En cuanto a mi reputación literaria, confieso que no me trae con mucho cuidado; porque sólo la posteridad depura y acrisola lo que vale la fama adquirida en vida por un autor de loca fortuna o de gran favor entre los profesores de bombo; y tengo yo para mí, aunque pese a los pocos amigos que me quedan, que más me va a honrar después de mi muerte, la sinceridad con que reconozco la escasa valía y los defectos de mis obras, que el haberlas escrito; y digo sinceridad, por no atreverme a decir modestia; virtud que creo que no existe ya en España y que es un capital que... quien lo pone lo pierde: sabiendo lo cual, aunque lo tuviera no lo pondría yo.

No quiero, sin embargo, que mis amigos renieguen de mí, tomando mi sinceridad por hipocresía; y voy a decirles de paso, y aun a peligro de que en vez de hipócrita me crean vanaglorioso, que tengo cierta conciencia de mí mismo, teniendo por bien hecho y por valioso algo de lo por mí hecho: mi Cristo de la Vega, mi Capitán Montoya y mi Margarita la tornera, son tres leyendas muy imitadas, pero no corregidas aun por otro poeta mejor narrador, o más legendario y tradicional; y Dios y el tiempo nuevo me perdonen mi pretensión de creer que me dan derecho a tenerme por legendario buen narrador. Por poeta dramático no me tuve jamás, y sólo puedo presentar sin vergüenza los dos primeros actos de Traidor, inconfeso y mártir y la segunda mitad del tercero y primera del cuarto de El Zapatero y el Rey; lo cual no es tanto que sirva para bravear, ni tan poco que me humille y me cierre las puertas del teatro; y en cuanto a mis poesías líricas... ¡ay de mí! no son más que hojarasca; y en ellas hay muchas hojillas verdes y algunas florecillas frescas, pero cuando el tiempo seque tal hojarasca, poca sombra dará a mi fama el follaje que deje su soplo en las pobres ramas del laurel de mi gloria.

Volvamos a la historia de mis Dos virreyes.

Había en 1838 y 39 una tienda de gorras en la Puerta del Sol, cuya dueña, honradísima mujer, tenía un hermano menor que de ella dependía y que era taquígrafo de las Cortes. Alto, desgarrado, de pesados movimientos, modales vulgares y saltones ojos, era en su exterior el tipo de la honradez, y en sus características manifestaciones la expresión de la buena fe.

No recuerdo cómo, ni por quién, tropezó y comenzó a juntarse conmigo; pero ello es que paró en ser mi inseparable sombra, y que no pasaba día que no pasara conmigo y en mi casa las horas que su ocupación de taquígrafo le dejaba libres. Alababa todo lo que yo hacía, celebraba todas mis excentricidades de poeta y mis niñerías de muchacho; y como si en mi cronista se hubiese constituido, propalaba y encomiaba por donde quiera mis hechos y mis dichos, clasificándolos todos entre los más chistosos y originales del mundo; lo cual contribuía más que a mi buena fama a procurarle a él la de mi único amigo, confidente único de los secretos del muchacho que iba

haciéndose popular.

Llevaba yo por entonces, como he llevado siempre, una vida aislada, que me ha obligado a llevar el trabajo necesario a mi subsistencia y mi poca simpatía por las banalidades que forman base de la vida social de Madrid. Las visitas inútiles, las relaciones superficiales y los convites sin cariño, han sido cosas que no he aceptado jamás en mis costumbres: y he preferido siempre para mis alegrías y expansiones el interior modesto de mi pobre hogar, al suntuoso salón y la opípara mesa del opulento y millonario anfitrión. Mi idea fija era hacer famoso el nombre de mi padre, para que éste, volviéndome a abrir sus brazos, me volviera a recibir para morir juntos en nuestra casa solariega de Castilla; única ambición mía y único bien que Dios no ha querido concederme. Bajo esta idea hui siempre de la sociedad política y rechacé el favor y la protección de los gobiernos, a quienes no pudo ligarme nunca compromiso alguno personal; mi padre era realista, tuvo que irse con el infante D. Carlos María Isidro a las Provincias Vascongadas y que emigrar a Francia un mes antes del convenio de Vergara; y puse mi empeño en probarle, que la fama que yo había dado a su apellido, la debía sólo al trabajo y al favor del pueblo, no a haber vendido mi pluma a un partido contrario a sus opiniones; y sin cuya revolución no hubiera yo, sin embargo, tenido una prensa en que publicar los versos que me hicieron popular.

Pasábame, pues, la vida en mi casa dado a mi asiduo trabajo, del cual descansaba y me distraía en el tiro de pistola y en el circo de la plaza del Rey; mis dos únicos vicios, porque en vicio les constituía mi diaria presencia en el tiro y en el circo, donde constantemente me acompañaba X el taquígrafo, toscó eslabón humano que con la humana sociedad me encadenaba. X no tiraba; juzgaba de los tiros, convenía las apuestas, aplaudía los triunfos, y tomaba parte muy principal en los almuerzos en que las ganancias se invertían. Mr. Arnaud, el propietario del tiro, tenía para su establecimiento el reclamo de nuestra fama, y en el actor Monreal, en D. Juan Valleras y en mí, tres seguros mantenedores de las apuestas que él con extranjeros generalmente entablaba, y que el bueno de X con él organizaba y llevaba a cabo; almorzando siempre, como árbitro y adlátere mío, con los vencidos y los vencedores.

No puedo resistir al deseo de consagrar aquí cuatro renglones al recuerdo de aquellos viejos compañeros de mis juveniles aficiones.

Monreal era un actor inimitable en lo que entonces se llamaba papeles de traidor: era un segundo sin primero y un tirador de pistola de primera fuerza; pero había que fiarle en las apuestas los primeros tiros; porque era tan orgulloso, que el primero perdido le hacía perder la serenidad a impulsos del amor propio que le devoraba. Juanito Valleras era un gaditano de 24 años, fino y esbelto como un galgo inglés, caballeroso y leal hasta el recorte de las uñas, andaluz hasta la médula de los huesos, y tan incapaz de hacer una villanía

como de soltar una gracia agresiva ni de mal tono. Era el primer tirador de entonces; tiraba por vanidad, y daba siempre la mitad del valor de cada tiro al francés Arnaud, porque no se convalachara con ningún tirador paisano suyo para desigualar la carga o las ventajas de las apuestas. Con Valleras y conmigo llevaba Arnaud el 50 por 100 de cuanto en ellas se atravesaba; y el tiro de apuesta de Valleras eran nueve balas colgadas a nueve distintas alturas, que debían casarse con las de nueve tiros sin interrupción; y rara vez le faltaba una por casar. De su hidalguía es prueba irrechazable el hecho siguiente:

El francés Arnaud andaba siempre a caza de ingleses con quienes empeñarnos en apuestas de tiro, y dio una vez con unos que nos invitaron al del encargado de negocios de Dinamarca, que le tenía precioso en su jardín de la casa de la calle del Barquillo, residencia de su embajada. Los ingleses lo eran de pura raza, y nos recibieron como gentes de la mejor sociedad, previa la más irrecusable presentación. Tiraban con unas magníficas pistolas belgas, tres pulgadas más largas que las nuestras: fiáronse a la suerte todas las condiciones, y tocó a cada cual el derecho de usar de sus propias armas. Durante los preliminares, Monreal y X fijaron su atención en un inglés viejo, que sentado a la cabeza del tiro tenía un groom de pie a su espalda y un gran saco a sus pies: era sin duda un maniaco apostador.—«¡Ojo al saco!» dijo por lo bajo X;—y una mirada furtiva de Mr. Arnaud nos probó a Valleras y a mí que el francés había tramado aquella conjuración contra el saco del inglés. Tocó a los de Albión tirar los primeros; pusieron por primer blanco un huevo a treinta pasos: tiró el primer inglés, e hizo blanco: tiró el segundo con igual acierto; y hecho lo mismo por el tercero, nos tocó nuestro turno a los españoles. Valleras permaneció impasible, apoyada la mano derecha en el pilar de la barandilla, para tener la muñeca libre de sangre y el pulso tranquilo; pero invitado por uno de los ingleses a hacer su tiro, dijo tranquilamente: «Mis compañeros y yo no hacemos ese tiro.»

Mr. Arnaud se mordió los labios, yo sentí palidecer mis mejillas, y los ingleses echaron sobre nosotros una mirada de compasión acompañada de una sonrisa, en la cual su esmerada educación no llegó a marcar el desprecio. Valleras, sacando un puñado de monedas de a ochenta reales isabelinas y recientemente acuñadas, mandó al criado poner una en el blanco apoyada en el tapón de corcho tendido. Tomó su pistola, y pasándosela a Monreal para el primer tiro, dijo a los ingleses: «Nuestro tiro no pasa nunca de este tamaño.» El blanco se veía mal, porque no era blanco sino amarillo, y a treinta pasos sólo lo veía un ojo de tirador; tiró Monreal y quitó la moneda; puso el criado otra, y Valleras me pasó la pistola con que él tiraba; puse yo mi alma en mi dedo índice, e hice blanco; Valleras dijo: «Yo no tiro eso: cuelgue V. mis nueve balas.» Valleras hizo su tiro; los ingleses saludaron respetuosamente, y el del saco se le entregó al groom, que desapareció con él. La apuesta paró en un refresco y en un puñado de monedas que Valleras y los ingleses dieron a

Mr. Arnaud; y cuando a la mañana siguiente, al volvernos a reunir en el tiro de éste, argüía a Valleras por no haberse dejado ganar los primeros tiros para engrosar las puestas, Valleras contestó con su desenfado andaluz: «Mr. Arnaud, si V. había pensado que nuestro blanco fuese el saco del inglés, hizo V. mal en pensar en nosotros para sostener tal apuesta.»

Valleras murió dos años después, de una afección pulmonar; Monreal se metió una noche la bala de su último tiro en el cerebro... y yo abandoné el tiro, cuando mis compañeros abandonaron el mundo.

Al montar Ignacio Boix su librería en la calle de Carretas, dando a este ramo de comercio una forma y un impulso hasta entonces inusitado en España, X se ingirió en su casa como administrador, ya con ciertas pretensiones literarias, como amigo y conjunto inseparable mío: Boix aceptó la literatura de X bajo su palabra: dióse éste a escribir algunos artículos en El Pensamiento, semanario que Boix fundó: ganóse X la confianza de éste como había ganado la mía, y Boix le comisionó para ir a establecer en Cuba y Méjico dos sucursales de su casa de Madrid.

He aquí el talento y la historia de las medianías que saben no desperdiciar la sombra de la más pequeña hoja que puede dársela: X empezó por adherirse a la pequeñísima sombra que mi pequeñísima persona comenzaba a proyectar: cobijase después a la sombra de mi casa: recogió como reliquias todos los borradores de mis manuscritos y todos los más íntimos pormenores de mi vida; y, al cabo de dos años, salió para Cuba, agente de la primera casa de librería, con mejor porvenir que yo, y con el manuscrito inédito de mi leyenda de El capitán Montoya, de la cual hizo cuatro ediciones en la Habana y Méjico, acompañándola de una biografía del autor su grande amigo, cuyo nombre iba con el suyo en la primera página, viva representación de mi personalidad: segundo yo en aquellos países, que no pensaba yo entonces visitar después de él, ni X pensaba que yo en ellos había de hallar más tarde la huella de sus pasos. Volvió a Madrid en 1842, trájome grandes noticias de mi gran fama por aquellos países y del éxito fabuloso de mi Capitán Montoya; pero ni a él le ocurrió darme, ni a mí pedírsela, cuenta de lo que sus cuatro ediciones habían producido. Entre amigos...

Entre tanto había yo tenido un poco de fortuna en el teatro con mi Cada cual con su razón y las dos partes de El Zapatero y el Rey, y X me había dado a leer aquella novelilla de Pietro Angelo Fiorentino, que había traducido y publicado allá en compañía de mi Capitán Montoya y bajo las mismas bases de lucro para Pietro Angelo que para mí. Celebróme mi bienandanza teatral: y anudando naturalmente su antigua intimidad conmigo, siguió acompañándome a los ensayos en el escenario y a mi mujer en mi palco en las representaciones... y un día me preguntó que qué me parecía su novela de El virrey de Nápoles... y otro día que si se podría hacer de ella un drama... y una

noche que si yo querría transformar en drama su novela, y por fin que si, escribiéndola en verso y prosa, querría yo aprovechar los diálogos de la novela, y poniéndolos a nombre suyo, ponerle a él al par del mío como autor dramático: cosa que a él le daría una grande importancia con su principal Boix, etc., etc.

¿Por qué no había yo de ayudar a hacerse hombre a un tan buen amigo? Me había acompañado dos o tres años cinco o seis horas diarias, y día y noche en las épocas de enfermedades y pesadumbres: había empezado su carrera de escritor poniendo en las nubes mis versos y en boca de todos la prosa de mi vida... emprendí la transformación de la novela El Virrey de Nápoles en el drama Los dos virreyes; pero por más empeño que puse en semejante trabajo, le concluí convencido de que había salido como no podía menos de salir una obra malamente confeccionada, muy desigualmente escrita y de éxito dudosísimo.

Llamé a X y le dije que en mi cualidad de buen amigo y de hombre leal, mi conciencia me obligaba a advertirle que Los dos virreyes era un tiro que iba a salir para él por la culata; y que al silbarme el público por primera vez, no faltaría a quien le ocurriera que escribiendo solo me había hecho aplaudir, y que la asociación con X me había atraído la primera silba; y en fin, que aquel seguro mal éxito, en vez de procurarle reputación y de abrirle la escena, le iba a desacreditar y a cerrársela para siempre.

Pareció X convencido de mis razones: y como la temporada cómica iba ya muy avanzada, la obra estaba prometida y yo obligado a dar la tercera del año, según mi contrato, determinamos presentarla bajo mi solo nombre, y que corriera yo solo el riesgo de un desaire casi seguro del público y de una justa rechifla de la crítica por semejante rapsodia.

Entregué mi obra a Lombía: recomendécela a Carlos, poniéndole en los pormenores de su historia: prometióme Carlos, con el paternal cariño que me tenía, ponerla en escena con tanto más esmero cuanto menos probabilidades de éxito presentaba: y pretextando yo no poder esquivar por más tiempo el compromiso de ir a pasar la Semana Santa con el duque de Rivas, partí a Sevilla, huyendo de la primera representación de aquellos Dos virreyes, con cuyo azaroso porvenir dejé cargados a Mate y Carlos Latorre, diciéndome al meterme en la diligencia: «ojos que no ven, corazón que no siente.»

¡Y qué recuerdo tan fresco, tan juvenil, tan poético, es el de aquel viaje y el de la estancia en la casa y con la familia de aquel tan gran poeta y tan grande amigo como fue mío, aquel a quien yo llamaba mi ángel, a quien la posteridad llama duque de Rivas, y cuya memoria vive aún por la amistad en mi corazón, y en España por el Don Álvaro, que está todavía en pie sobre la escena en que hace cuarenta años que apareció!

Desde que Juanito Donoso y Nicomedes Pastor Díaz primero y Villalta después, me habían dado trabajo en sus periódicos, no había yo dejado pasar una semana sin publicar una o dos composiciones por lo menos: en tres años había de ellas coleccionado ocho tomos mi primer editor Delgado. Desde que García Gutiérrez me había abierto la escena, asociándome a él en el Juan Dándolo, había yo presentado seis dramas, benévolamente acogidos por el público, que tuvo sin duda en cuenta al aplaudírmelos mi poca edad y mi constante trabajo: tenía yo mucha priesa de meter ruido que llegara a los oídos de mi padre, emigrado en Francia, y no me remuerde la conciencia de haber desperdiciado aquel tiempo viejo. Era la primera vez que cogía yo un mes y un puñado de onzas para mi solaz. Mi miedo al éxito de mis Dos virreyes, pedía a Dios alas para huir de Madrid: y el editor D. Manuel Delgado, que era el único que sabía lo que yo valía en dinero, que me gruñó siempre, pero no me negó jamás el que le pedí, me dio el susodicho puñado de onzas, para sustituir con un asiento en la diligencia las alas que Dios no ha concedido a ningún poeta al lado de los omóplatos. Dióme Lombía una docena más de aquellas graves y amarillas monedas que por atrasos de mi sueldo me era en deber, y otra docena Boix por adelanto y seguridad de mi primer tomo de leyendas: dejé las dos docenas a mi familia; y con el primer puñado en el bolsillo, me acomodé en la berlina, que después hemos llamado coupé, de la diligencia que a las tres de una mañana de marzo arrancaba para Sevilla, de la calle de Alcalá.

Llevaba por compañeros a D. Juan Jústiz, noble mozo habanero, de tan mala salud como buena educación, y tan sobrado de rentas como falto de humor para gastarlas; a quien acompañaba Lorenzo Allo, otro habanero de tan buen humor y tan buena salud como poco amigo de guardar su dinero, con quien había trabado yo amistad en el tiro de Mr. Arnaud y en el gimnasio del conde de Villalobos.

Era este Lorenzo Allo el mejor amigo y el más agradable compañero del mundo: tan enjuto como recio, era nervioso hasta tener trémulas las manos, a pesar de lo cual tomaba café cuatro veces al día; y usando en anteojos de oro unos cristales de muy bajo número, alternaba con los primeros tiradores; sin que me haya podido yo dar cuenta de cómo veía el blanco, ni de cómo sujetaba é inmovilizaba sus nervios para hacer finísimos tiros. Teníame una sincera amistad y sabía de memoria muchos versos míos: dábame tan buenos consejos como malos ejemplos; y tan diestro boxeador como mediano humanista, estaba siempre dispuesto a saltar un ojo de un puñetazo a quien no le concediera sin discusión que era yo el primer poeta de ambos mundos. Cuidaba de mí en el gimnasio como si fuera yo de cristal, y de mi honra como si fuera la suya, e hijo yo de su mismo padre.

Jústiz y yo le hicimos administrador de ambos durante el viaje y le entregamos nuestros dineros: aquel para no tener el trabajo de pensar en ellos,

y yo para ahorrarme el de contarlos: negocio que era por entonces no poco peliagudo en España, con los ocho cuartos y medio de sus reales, los ciento setenta de sus duros, los trescientos veinte reales de sus onzas, las tres onzas y dos duros de sus mil reales, etc.; de modo que la más mínima cuenta tenía siempre más picos que una custodia.

La noche estaba fría, lejano el amanecer, y los tres viajeros de la berlina que habíamos acudido con tiempo por no habernos acostado, estábamos en nuestros puestos desde que empezaron los mozos a cargar el carruaje, durmiendo tranquilamente bien embozados en nuestras capas. La empresa era nueva, y en competencia con la antigua: el conductor ocupó el pescante y al dar las tres en el Buen Suceso, dio una voz y tendió su fusta a los caballos, que nos arrebataron entre el ruido de sus herrados cascos y de sus agujereados cascabeles.

La nueva empresa había montado a la francesa sus tiros, sustituyendo al antiguo rosario de mulas, enfrenadas sólo las dos del tronco y las seis restantes encomendadas a un muchacho jinete en el mingo delantero, un tiro de seis buenos caballos todos embridados; dos en la lanza y cuatro en balancín. Aquellas nuevas diligencias, carruajes de sólo berlina y rotonda, eran unas especies de sillas de posta; y eran a las antiguas galeras y diligencias lo que hoy son a aquellas sillas de posta las locomotoras y trenes de los ferro-carriles; pero aquel ruido de los cascabeles, aquel perpetuo vocerío con que a sus caballos animaban los mayores, aquellos zagales dicharacheros que enganchaban y recogían los tiros en las remudas, aquellos venteros y maestros de postas, aquellas hosterías en donde se hacían los altos y las comidas, conservaban el carácter jaranero y alegre de nuestra patria y la tierra por donde viajábamos los españoles; y se veía el país, y se bromeaba con las paisanas; y sea dicho en paz, no tenía tantas ventajas para los intereses materiales, pero tenía más poesía que el actual nuestro modo de viajar del tiempo viejo. Los caballos daban cierto decoro de caballeros a los viajeros; y no todo el mundo podía permitirse el lujo de viajar en berlina de una silla-correo, que corría por el centro de la calzada, pasando al vulgo de los viandantes; la máquina lo arrastra todo, y los caballos arrastraban la flor de lo arrastrado, y bien lo decía el refrán: «de las vidas arrastradas... la del coche.»

El en cuyo coupé íbamos Allo, Jústiz y yo paró en Ocaña para almorzar. Sin que Allo y yo hubiéramos bajado los cristales, ni hablado con los viajeros del segundo compartimento en las postas pasadas, por respeto al descanso de Jústiz, que iba convaleciente de larga enfermedad, con fuentes abiertas en los brazos y encomendado a nuestra amistad por su cariñosa familia. Pero al apearme en Ocaña, unos brazos poderosos me arrebataron del estribo, y al depositarme en tierra me decía la voz vigorosa del individuo a quien aquellos fornidos brazos correspondían:—«¿Aquí tú, Pepe?»—Era Paco Elipe,

diputado bullicioso, poeta un poco excéntrico, pero no despreciable, hacendado manchego y amigo leal, de quien ya apenas hace nadie memoria; pero de la de quien voy a traer algunos recuerdos a estos míos de aquel viejo tiempo.—¿Quién es tan descortés ni tan ingrato que no se pare a dar un apretón de manos al viejo amigo, a quien encuentra por acaso en el viaje de la vida? ¿Y qué son estos recuerdos más que un viaje de vuelta por el casi borrado rastro del florido camino de mi juventud?

Paco Elipe fue socio del Liceo y escribió de todo, en verso y en prosa; y empezando por un drama en compañía de Romero Larrañaga, titulado La Vieja del Candilejo, cuyo plan está no más preparado y versificado limpia y galanamente: escribió otros más, y tuvo sus éxitos y sus aplausos y su reputación no inmerecidos y fue uno de los que, con quienes empezábamos a hombrar, arrimó el hombro para empujar el carro del progreso de aquella época. Recto y tenaz, y de vigorosísimo carácter, hacia y decía las cosas de muy original y personalísima manera. Un día cerraba con lacre una carta, y echándose por descuido una gota de él encendida en un dedo, en lugar de sacudírsela dijo, conservando el dedo inmóvil: «¡Bruto Paco; para que no seas torpe otra vez!» Y dejó apagarse el lacre en la carne. Una noche sorteamos en el Liceo varios argumentos para una improvisación, entre varios poetas, y tocóle a Elipe el de la Noche-Buena.

El tiempo dado para el trabajo de la improvisación era el de una hora, al fin de la cual comenzaba la lectura de las composiciones en la tribuna; llegó su turno a Elipe, y en medio de muchas redondillas facilísimas, en que describía todo el tumulto que traen consigo los panderos, zambombas y el jaleo de aquella noche de la Misa de Gallo, soltó con la mayor formalidad la semiblasfemia de esta cuarteta:

Y aunque la ilación se quiebre,
lo que no apruebo y resisto
es el mal gusto de Cristo
de nacer en un pesebre.

Y continuó su descripción de la Noche-Buena con tanta imperturbabilidad suya como estupefacción del auditorio.

Fué el amigo más consecuente de José Fernández de la Vega, el fundador del Liceo, mal recompensado por todos los a quienes hizo hombres con el establecimiento de tan única y brillante sociedad. El Gobierno no supo dar a Vega más que el Gobierno de una provincia de tercer orden; y Paco Elipe fue el más fiel amigo de aquel a quien tantos faltaron.

Pero de Paco Elipe haré más larga y justa mención más adelante, porque

espero en Dios que me dará tiempo de hacerle una visita en su palacio solariego de Manzanares: y ocasión de hallar en él materia para más curioso relato.

Con este mi tercer compañero de viaje almorcé en Ocaña, en un parador nuevo, en una mesa muy limpia y enflorada, servida por dos buenas mozas de diez y ocho y veinte años, de trigueña tez, boca sensual y risueña, grandes, negros y retozones ojos, moño de picaporte con zorongo de largos cabos, y robustez muy mal disimulada en sus ceñidos corpiños, y sus estrechos y cortos guarda-pieses.

El conductor nos presentó a los postres un libro en blanco, en cuyas hojas rogaba la empresa a los viajeros que anotasen las faltas de servicio para corregirlas. Elipe y yo acusamos en ellas, y en unas quintillas, al posadero de hacer servir su mesa por aquellas dos muchachas, que embelesaban a los viandantes para que no comiesen más que ojeadas y sonrisas, productoras para ellas de dobles propinas y de vanas esperanzas para los comensales; y pedíamos a la empresa que, o suprimiese aquellas dos muchachas, o que cambiando las horas de salida de sus carruajes, dispusiera que los viajeros no almorzaran, sino que cenaran y pernoctaran en aquel parador de Ocaña.

El 1.º de Abril a las siete de la mañana nos apeamos de la diligencia en Sevilla, café del Turco, calle de la Sierpe. Salía yo a ver la tierra por primera vez; y como el pájaro que deja por primera vez el nido apenas emplumado, y goza de la luz, la vida y la libertad, desempolvando sus plumas entre el fresco césped y las primeras margaritas, y se baña en el brillante ajófar y las líquidas perlas de las gotas de agua que desparrama el Guadalquivir en sus siempre verdes orillas, me salí por la Puerta del Arenal a ver el puente, y el rio, y la Torre del Oro, y a respirar aquel ambiente perfumado de azahar, y a bañarme en aquella luz, reflejo dorado de la del Paraíso; a pasar, en fin, una mañana de muchacho que hace novillos.

Y fue aquel uno de los pocos días que en mi vida cuento como felices, y cuya dicha tuvo fin y colmo en mi nocturna presentación en casa del egregio poeta, del cariñoso amigo, del entretenidísimo conversador, y del nunca olvidado autor del Moro expósito y del Don Álvaro.

El recuerdo de la amistad, de la casa y de la familia del duque de Rivas es una isla de arribada en el revuelto mar de mi existencia, un oasis frondoso en el arenal desierto de mis estériles aspiraciones, una tienda de reposo en el pedregal por donde ha hecho peregrinar mi inutilidad viviente, mi improductiva e improvisora poesía. La casa del duque en Sevilla es en mis recuerdos un nido de ruiseñores, donde fue a albergarse una noche de primavera una golondrina desanidada.

XVII.

¡Gran tierra es Andalucía!

La gente allí alegre toma
la vida efímera a broma,
y hace bien, por vida mia.

Quien a Sevilla no vió
no vió nunca maravilla;
ni quiso irse de Sevilla
nadie que en Sevilla entró.

«¡Ver Nápoles y morir!»
dicen los napolitanos.

Y dicen los sevillanos:

«¡Ver Sevilla, y a vivir!»

Esto digo yo de Sevilla en La leyenda de los Tenorios, y esto hice cuando fui a aquella ciudad sin más objeto que a ver a Sevilla y a vivir. No existían aún en España las academias y los profesores de bombo, ni La Correspondencia anunciaba la salida de Madrid de don Fulanito y doña Menganita, ni nos habían hecho cardenales, tratándonos de Eminencias, a los que por algo comenzábamos a distinguirnos los que aún no se distinguían por su profesión de bombistas; ni habíanse aún establecido las sociedades y comisiones de aplausos mutuos que anuncien, calificándolo de acontecimiento, la partida, la llegada o el resfriado de cualquier medianía o nulidad, a quien cuatro amigos, si no ella misma, dan importancia mientras se lee el número en que se da o se la da bombo: así que pude yo pasearme por Sevilla con Allo y Jústiz sin riesgo de hacerme enemigos todos los liceos, ateneos y teatros caseros, cuyas invitaciones rehusara, y cuya sanción necesita hoy todo hombre notable para pasar por donde pasa, como moneda resellada, en cada provincia. Algunos curiosos iban a ver cómo era el autor de El Zapatero y el Rey cuando entraba o salía en el café del Turco, donde se hospedaba; y el tal autor salía o entraba en su alojamiento, y gozaba de aquel sol y aspiraba aquel aroma de azahar que llena los paseos y las alamedas, y visitaba aquellos viejos y moriscos edificios, por y entre los cuales anduvo el rey, tan popular como mal juzgado todavía, de su drama El Zapatero y el Rey. Hacía, en fin, la vida que en Sevilla se hacía: la del pájaro, como dije en mi

número anterior; picotear los capullos de las rosas y de los azahares, cantar y esponjarse a la sombra y entre las hojas de los naranjos y las magnolias, y vagar de barrio en barrio, como los pájaros de rama en rama, hasta la hora de acogerse al nido de los ruiseñores, que era la casa del duque de Rivas.

En ella duraban algunas caseras costumbres de nuestras nobles familias de los siglos del Renacimiento. La del duque se reunía en las primeras horas de la noche en torno de una gran mesa; donde, presididas por la duquesa, trabajaban sus hijas en alguna labor, y leían o dibujaban sus hijos, o escuchaban todos al duque, que les leía o recitaba algunos de sus característicos romances, o algunas de las consejas por él recientemente desenterradas de bajo alguna piedra mal segura del rincón de una callejuela de Sevilla. El duque leía sus versos con un entusiasmo, un tono y una gesticulación esencialmente suyos y completamente originales; y acompañaban su voz el murmullo del aire en las hojas y del agua en las fuentes del jardín, sobre el cual se abrían los dos balcones de aquella estancia. El cariñoso respeto y la cordial e infantil admiración de su numerosa familia para con el padre y el poeta, era la cualidad característica, el fondo típico de aquel cuadro de interior, en cuya atmósfera se respiraba la más sincera alegría y la más tranquila felicidad. Aquellas cabezas juveniles de las muchachas, en cuyos ojuelos retozones chispeaba la curiosidad reprimida y en cuyos labios retozaba la maliciosa sonrisa; las inteligentes fisonomías de los muchachos, Enrique reflexivo y Álvaro bullicioso; aquellos álbumes, grabados y caballetes abiertos siempre, o siempre cargados de algún trabajo no concluido; aquellos retratos de los hijos, pintados por el padre; aquel piano siempre abierto, y aquellos tres salones seguidos, en donde siempre había murmullo de música o de poesía, y cuyo silencio era el son del agua y los árboles del jardín, daban a aquella casa un carácter especial, único y típico, que me hizo calificarla de nido de ruiseñores, y cuya paz fui yo a interrumpir con el desordenado turbión de versos de mi leyenda de La cabeza de plata, de la cual iba escribiendo el último capítulo durante aquel viaje. Había en aquella leyenda (que el fin se publicó bajo el título del Talismán, y de la cual ya nadie probablemente se acuerda), un enamorado Genaro, a quien vuelve loco la cabeza de una hermosa Valentina, cortada por un bárbaro y celoso tutor, cuya historia no sabía yo a punto fijo cómo concluir, pero que entusiasmó a la duquesa, complació al duque por lo que me quería, y encantó a las muchachas por lo romántica y apasionada.

Pasemos pronto por tan gratos como personales recuerdos: la muerte nos quitó de delante aquel ídolo a quien adorábamos, gloria de España, cuyos versos hemos aplaudido no ha muchos meses en el teatro en su Don Álvaro; y no quiero que su recuerdo parezca en estos míos como motivo de alabanza propia, ni como afán de propio engrandecimiento a la sombra suya, ni como halagüeña adulación a los hijos vivos del amigo muerto; de cuya viva

estimación vivo seguro, por los puros recuerdos de aquellos dichosos días y de aquellas deliciosas noches.

Obligábame a pasar a Cádiz un asunto de familia; y librándome a fuerza de voluntad del encanto con que en Sevilla me retenía la sociedad del duque, me embarqué con mis compañeros en un vapor que descendía el Guadalquivir. No había yo visto el mar; y para no verle prosáicamente desde una playa, me eché a lomos de aquella serpiente de plata, que deshace las móviles escamas de sus dulces ondas en las amargas profundidades del que rodea y arrulla aquel canastillo de plata, que se llama Cádiz. Ni de esta ciudad ni de la de Sevilla diré una palabra más; porque ni hay ya nada que de ambas en prosa y verso no se haya dicho, ni estos recuerdos son memorias históricas, ni relación de impresiones de viaje, que obligan a seguir lógica y consiguientemente una narración; sino la consignación de mis ideas en un papel, según en mi imaginación desordenadamente se van presentando. Está ya convenido que el autor del Zapatero y el Rey y de Margarita la Tornera es un poeta... bueno o malo, grande o pequeño: pero ¿cómo fue poeta? ¿Cuáles fueron los gérmenes de su inspiración? ¿Qué influencia han tenido en sus escritos las vicisitudes de su vida? ¿Qué hay en la suya íntima, puesto que no la tiene pública no habiendo sido nunca más que poeta? Esto es lo que él solo puede decir, y esto es lo que exponen estos sus Recuerdos del tiempo viejo, tan desprovistos de interés como de orden, por ser personales y desligados de toda adherencia con la política, el progreso, la vida, y en una palabra, de la generación en que ha vivido, como una planta parásita sin raíces que a su tierra la sujetaran.

Poseía en Cádiz una persona de mi familia una de las pocas huertas, que reverdecen en el escaso terreno de su puerta de tierra.

Ni la dueña de aquella posesión conocía su finca, ni jamás había estado muy clara la historia de ella; habíasela cedido un pariente suyo en cambio de unos terrenos en Ultramar; y tasada sin duda en más de lo que valía, no redituaba lo que de su capitalización podía esperarse. Había habido en ella en otro tiempo un establecimiento industrial, cuyo abandonado edificio e inútiles utensilios habían ido vendiéndose cuando la ocasión se había presentado. Teníala entonces en arriendo un signor Doménico Maggiorotti, genovés o livornés, de una honradez sin tacha, el cual daba cuentas cuando se le pedían, descontando siempre algo por gastos hechos en recomposiciones absolutamente necesarias, como reconstrucción de tapias y renovación de puertas. De vez en cuando había hablado de calderas viejas y de útiles ya inútiles de hierro, que allí arrinconados existían, cuya venta le habían propuesto y para cuya enajenación pedía permiso; diósele siempre la propietaria, y el livornés tuvo siempre a su disposición el precio de lo vendido. Las cuentas del año anterior estaban con él todavía pendientes, y por el mes de Febrero del que corría había pedido permiso para vender la piedra de una

especie de estanques o secaderos de cera; que cerería aseguraba que había sido el arruinado establecimiento industrial de la finca. De la aclaración de estos hechos y del cobro de la renta del último año iba yo encargado, con legal poder y amplias facultades de su propietaria.

Fuíme una tarde con Allo a la huerta del Maggiorotti, quien, según costumbre de su país, se llamaba abreviadamente Ménico, y a quien entre las gentes vulgares con quienes trataba, llamaban unos el señor Ménico y otros el tío Mónico; no alcanzando la abreviatura del nombre italiano. Dimos en la huerta, y topamos en ella con el signor Ménico Maggiorotti; que era efectivamente mayor en años y en estatura que Allo y yo juntos, y uno de los mayores hombres con quienes yo he tropezado en mi vida. Tenía, según nos dijo, setenta y dos años, y según vimos cerca de seis pies de alto, con una cabellera y unas patillas como la nieve, unas cejas crecidísimas, bajo las cuales relampagueaban dos ojazos de un azul pardo y de una admirable limpidez; una tez curtida como si hubiese pasado mucho tiempo expuesto a los aires del mar; una boca grande de perpetua sonrisa y guarnecida aún de su completa dentadura, y unos hombros, unos brazos y unas manos fornidos, musculares y encallecidas, como de quien debía de haber pasado largos años en rudo y continuado ejercicio.—Saludéle yo afablemente; díjele quién era, y exhibíle mis credenciales; tendióme él su diestra llevando la zurda al sombrero, y mientras por poco no me desmonta las catorce coyunturas de mi mano entre las de la suya, me dijo con una voz como de contramaestre hecho a mandar la maniobra entre la tempestad:—«Mañana a las diez le llevaré a usted a su casa ocho mil reales, y los seis mil trescientos restantes, el día 30, a la misma hora: porque no habiéndome usted avisado de su venida, no le tengo juntos los catorce mil trescientos del total de su cuenta.»

Ocurrióseme decirle que a mí, como el más joven, correspondía ir a su casa; y contestóme, frunciendo más el entrecejo, y mirándome como quien necesita seis como yo para almorzar:—«Si tiene V. empeño de ir a mi casa, vaya; pero yo no hago ningún trato en mi casa, sino en los Montañeses que tengo en frente de ella, y ante un jarro de manzanilla, como tal vez no es costumbre entre los señoritos de Madrid, y yo pago siempre.»

Acepté, tomé en mi cartera las señas de la casa y despedímonos hasta las diez de la mañana siguiente. Allo y yo convinimos en que aquel viejo tenía trazas de haber sido tallado sobre el modelo del Laoconte, y de ser un hombre tan formal como poco hecho a sufrir cosquillas.

—Parece que no tiene muchas ganas de recibirte en su casa—me dijo Allo.

—Y no sé por qué las tengo yo de meter en ella las narices,—le dije yo; y nos fuimos a buscar a Jústiz, para ir a la ópera.

Al día siguiente, exacto como un suizo, me presenté a las diez en casa del

signor Ménico, que la tenía en una calleja cerca de la muralla y en frente de una tienda de montañeses; a la cual se entraba por un patinillo cercado de un emparrado, bajo cuyos vástagos se veían cinco o seis mesillas, con sus correspondientes bancos, éstos y aquellas clavados, que no asentados en el suelo.

La casa del signor Ménico Maggiorotti tenía su parte habitable en el piso principal, que, sostenido sobre dos postes, gravitaba entero sobre ellos y las paredes maestras de un gran portalón, todo lleno en derredor de bien apilados sacos de lana, en la cual comerciaba su propietario. Enclavada en la pared de la izquierda, pendiente, estrecha y de un solo tramo, una escalera de madera con su pasamano remataba en una puerta de maciza encina, único paso al piso superior; y en vez de postigo en ella abierto, se abría en la pared derecha un ventanillo, que dominaba el portalón, y desde cuyo ventanillo, un hombre armado de una escopeta de dos tiros o de un par de pistolas, podía defender la subida y la entrada de una docena de asaltantes, que caerían infaliblemente uno tras otro antes de que ninguno lograra forzar la puerta. Mil suposiciones, a cual más absurdas, forjó mi imaginación de poeta y mi juvenil inexperiencia sobre las riquezas, la avaricia y el misterio de la vida del signor Ménico a la vista de aquellos sacos de lana, que representaban un buen par de sacos de duros, y de aquella colocación de postigo y escalera, que delataban muy calculadas precauciones.

Y todos estos supuestos me los hice yo como autor acostumbrado a preparar la escena de mis dramas, y como maniático tirador que no veía por donde quiera más que escenarios o tiros de pistola; mientras el corpulento signor Ménico venía a presentarme su mano de Titán, abandonando un saco de lana sobre el cual dormitaba o echaba cuentas a mi llegada. Saludámonos, y atajando tiempo y cumplidos, el viejo italiano, con su vigoroso acento, pero en un tono cariñoso y dulcísimo, aunque imperativo, pronunció, llamándola, el más bello nombre de mujer que había yo oído nunca.

—¡Stella!—dijo, y a su voz asomó al ventanillo una cabeza rubia, que respondió con una voz de indefinible dulzura: «Eccomi, nonno.»—«Troverai un sacco con un pò di danaro sulla tavola: portalo colla vesta:»—repuso Maggiorotti, y, unos momentos después abrióse la puerta y descendió, con el saco y la chaqueta por él pedidos, la más deliciosa y poética criatura. Era una muchacha diez y ochena, blanca como una perla, rubia como un querubín y ligera como una corza. Traía el cabello recogido en dos trenzas sobre los hombros, con dos ligeros rizos flotantes sobre las sienes, un corpiño de terciopelo negro abrochado hasta el cuello con botones de plata, y un delantal blanco encima de una falda gris; por bajo cuyos ribetes se la veía bajar sobre dos piecitos inconcebibles, metidos dentro de dos escaarpines de charol con hebillitas de plata. Stella la había llamado su abuelo, y a mí me pareció, en

efecto, la estrella de la mañana.

Notó el viejo la impresión que en mí hacia la presencia de aquella criatura, y diciéndola: «son qui alla bottega col signore,» la despidió. Saludónos ella, y, al desaparecer en lo alto de la escalera, me sacó maese Ménico de su portalón, diciéndome: «es mi nieta;» seguíle yo, sospechando si podía ser un ángel a quien aquel viejo demonio debía de haber arrancado las alas, y nos metimos uno tras otro en el patio de la tienda de los montañeses.

Va a ser más fácil de comprender para mis lectores que para mí de relatar, la escena de mis cuentas con el signor Ménico Maggiorotti; porque la forma y consecuencias de tal escena son tan comunes y vulgares, como extraño y fantástico su fondo. El hecho en resumen, por más empacho que confesarlo me cueste, fue que el signor Ménico, bebedor consuetudinario, enterró en el fondo de un jarro de manzanilla la razón de un muchacho, para quien era exceso lo que para aquel costumbre; la manera visible con que se efectuó este entierro, fue la de ingerir una a una en el estómago las aceitunas de un plato, y otra a otra las cañas en que Ménico vaciaba el contenido del jarro; cuya vulgar operación vieron sin curiosidad ni extrañeza los propietarios del local que detrás del mostrador estaban; pero su fondo, es decir, la intención del signor Ménico y el pensamiento mío, es lo de todos aun ignorado, y lo que voy en breves palabras a revelar; si acierto con las frases a propósito para escribir tan vulgar como fantástica situación. Comenzó el corpulento administrador por enterarme, entre las dos primeras aceitunas y las dos primeras y aún inofensivas cañas, de las partidas de cargo y data de su cuenta, y de la que a favor de mi poderdante resultaba; vació en seguida el saquillo que le había entregado su nieta, y apiló con la destreza y rapidez del más ducho banquero de cabecera, primero las monedas de oro, después los pesos, y en fin, las pesetas, que componían la suma que me correspondía: cuatro mil reales en onzas y cuatro mil en plata; hizo rollos primero del oro, después de los duros y de las pesetas; hízome guardar los primeros en los bolsillos del pecho de mi levita y en los del chaleco; metióme los de las pesetas en los del pantalón, y haciendo un lio de los de los duros en mi pañuelo, lo colocó dentro de la comba que mi brazo izquierdo trazaba sobre la mesa, e introduciéndome la cuenta en el bolsillo del reloj y guardando él mi recibo en su cartera y ésta en el inmenso bolsillo de su chaquetón de pana, dijo: «ahora emprendámosla con el manzanilla.»

Pero todo esto que él hizo y que yo le dejé hacer, lo hizo él con la calma, el aplomo y la previsión de quien sabía lo que iba a suceder, no queriendo que sucediera nada que fuera en perjuicio de su honradez de buen administrador y de pagador exacto.

Bebíamos y hablábamos del estado de la huerta, de lo que yo hacía en Madrid, y de lo que pensaba hacer en adelante; de lo que él había hecho en

Génova y en algunas otras partes del mundo por tierra y mar. De mi manera de vivir debió comprender él muy poco, por ser para él los versos despreciable capital y mezquino género de comercio; y de lo que él había hecho no comprendía yo tampoco mucho; porque además de que me lo contaba por terceras partes, en dialecto genovés, en italiano y en español, formulaba su narración con tales circunloquios y digresiones, que tan pronto llevaba mi atención por el mar, en un buque que iba y volvía a no recuerdo qué puntos de América; como por entre los fardos, las cuentas y las disputas de una casa de tráfico en un puerto del Mediterráneo; ya me hablaba de los granaderos de Nápoles y de una campaña de Italia, ya de un barco pirata y de encuentros con los contrabandistas de la montaña; ya de una casa tranquila y pintoresca de la campiña de Livorno, cuyo interior tenían hecho un cielo una hija y tres nietas como pintadas por Rafael: ya de una especie de genio siniestro de su familia que había enterrado vivas a todas aquellas mujeres... y yo le escuchaba mirándole, a través del manzanilla sin duda, ya soldado, ya pirata, contrabandista, comerciante, padre, marido y abuelo de aquellos seres, que, tan hermosos como desventurados, pasaban todos por delante de mí, y saludándome bajo la forma de aquella Stella, que acababa de aparecer y desaparecérseme en el portalón de la extraña casa de maese Ménico Maggiorotti.

Esta era mi idea fija, y la única clara que en el turbio cristal de mi mente se dibujaba; en cuanto el más mínimo intervalo de aspiración o reposo del viejo Ménico me lo permitía, intercalaba yo mi eterna pregunta—«¿y Stella?»—a la cual oponía él tenazmente su eterna respuesta—«mi nieta: mi última nieta»—y continuaba bebiendo y hablando, y yo contemplando su enorme boca, ya jurando en genovés, ya dilatándose en homéricas carcajadas; y sentían fascinado por aquellos dos ojos que brillaban inquietos y chispeantes bajo el toldo blanco de sus nunca recortadas cejas. A veces enjugaba una lágrima con un pañuelo de algodón, que sacaba y metía rápida y facilísimamente de un bolsillo, en el cual cabría con comodidad una pieza entera de doce pañuelos; y a veces dando un formidable puñetazo sobre la desvencijada mesa, hacía saltar en ella el jarro, las cañas y mis rollos de duros envueltos y anudados en mi pañuelo de batista, sobre el cual ponía él su mano como único objeto de que había que cuidar, diciendo «mi scusi... ma...» y miraba al cielo cerrando el puño. Yo, asegurando también por instinto mi dinero, aprovechaba aquel respiro para dirigirle mi eterna pregunta—«¿y Stella?»—y él exclamó al fin levantándose y apabullándose de través su sombrero hasta las orejas:—«¡Dio santo! ¡Stella... Stella!—¡Sventurata! ¡Condamnata a morte comme tutte le altre!»

Había yo llegado a aquel período en que el mundo baila y gira en torno del mal bebedor, y al levantarse el signor Ménico, quise también ponerme derecho; pero al levantarme comprendí que mis pies no podían cómodamente

con mi cabeza. Dióme el brazo maese Ménico; metióme el pañuelo de duros en el bolsillo izquierdo de atrás de mi levita; y arrollando este bolsillo en el faldón correspondiente, me lo colocó bajo el brazo izquierdo, y diciéndome en su galimatías:—«Niente, niente: en diez minutos se pasa todo: tenga firme el brazo, ed avanti sempre: questo vino non é che fummo.»

Me sacó a la calle, me acompañó no sé hasta dónde; y yo, sintiendo reírse y danzar al rededor mío la gente, la muralla, los árboles, las fuentes y las casas, llegué a la mía, y di conmigo y con mi dinero en brazos de Jústiz, que casi lloraba, y de Allo que reía como si él fuera el borracho. Yo, con una lengua que me pesaba seis arrobas, acerté a decir—«ahí traigo ocho mil reales... acuéstense... y déjenme dormir»—me dejé desnudar, y ni vi cuándo me dejaban solo, ni sentí cómo me cerraban puertas y ventanas; y en la lobreguez de aquel vergonzoso y forzado sueño de mi primera embriaguez, no surgió luminosa, ni siquiera por un instante, la pura y poética imagen de aquella Stella fotografiada en mis pupilas y en mi cerebro, desde que apareció en el último peldaño de la empinada escalera del portalón de maese Ménico.— ¡Tanto rebaja y embrutece tan innoble vicio al hombre inspirado por la más espiritual y fantástica poesía!

No recuerdo si desperté o me despertaron: pero anocheía cuando abrí los ojos, y me hallé entre el melancólico Jústiz y el siempre alegre Allo: interrogábanme ellos y respondíales yo: pero, ni me atrevía, ni podía explicarles lo que todavía no se acusaba bien definido en mi confusa memoria; excepto la de Stella, que, como la de los Magos, fue lo primero que brotó claro del caos espirituoso que aún envolvía mis enmarañados recuerdos.

Allo, hombre de sentido práctico, concluyó por declarar que lo que sacaba en limpio de mi inconexo relato era, que el viejo italiano, fiel a las costumbres del país, había hecho beber más de lo que podía al que no la tenía de beber en ayunas; pero que no había motivo alguno de queja, ni acusación en él de torcido intento, puesto que los ocho mil reales estaban completos y su cuenta exacta y sin tacha. Que aceitunas y manzanilla era una nutrición andaluza insuficiente, aunque excesiva para un castellano viejo; y que lo más acertado y perentorio era sentarnos a la mesa, y que yo echara un buen lastre en mi estómago, deslabazado por un vino chacharero y poco arropado, como la gente ligera de ropa de la caliente Andalucía.

Sentámonos, pues, a la ya preparada mesa, que alegró Allo con su conversación un poco verde, que escuchó Jústiz con su atildada compostura, y las dos hijas de la casa, sin darse por entendidas de lo hablado, en atención a una noble botella de Sillery que destaponó y las sirvió Allo en son de próxima despedida; pues según anunció, debíamos embarcarnos para Málaga a la siguiente noche.

Y no sé por qué a tal anuncio se me oprimió el corazón.

Comí poco, bebieron Allo y las muchachas, y a instancias del impaciente Jústiz, que no quería perder la salida de Salvatori en Los Puritanos, ocupamos nuestras lunetas (hoy butacas) en el teatro. Una de las mayores desventuras con que castiga Dios a un hombre es la de crearle poeta; es peor que si le creara bizco: todo lo ve de través, y en cambio de los imaginarios goces con que embelesa su espíritu, le extravía en el mundo real y le condena a vivir fuera de su época y extraño generalmente a sus contemporáneos. Los Puritanos son para mí la más deliciosa partitura de la escuela italiana; no tienen una nota de desperdicio, y yo he sabido de memoria música y letra, a pesar de que el libreto del conde Peppoli es indigno de aquella sentida inspiración de Vincenzo Bellini. Pues bien; yo escuché aquella noche Los Puritanos como quien oye llover: no me di cuenta de nada de lo que en escena pasaba; y desde que el primer coro cantó:

La luna, il sol, le stelle
le tenebre, il folgor
dan laude al Creator
in lor' favelle,

yo no pensé ni me fijé en más que en el recuerdo de la pálida nieta de Ménico Maggiorotti, como si fuera la tiple que por la escena se movía: al llamarla el bajo l'angelica sua Elvira creí que se equivocaba, y al oír al tenor juzgarla tremante ed spirante, los ojos se me arrasaron en lágrimas. ¡Qué desventura la de nacer poeta! ¿Qué tenía yo con la nieta de maese Ménico? ¿Sentía por ella desgraciadamente una de esas pasiones que nacen, crecen, se desarrollan y hacen feliz o infeliz a un hombre en cinco minutos? Nada menos que eso: era una impresión poética, un misterioso castillo en el aire, forjado sobre la vulgarísima historia de un tratante en lanas italiano que tenía una nieta que se llamaba Stella; era que acababa yo de compaginar el asunto italiano de mis Dos virreyes, cuyo éxito me tenía inquieto, y aquella inquietud, unida al recuerdo de lo que en aquel drama pasa a la enamorada Anunciata, me hacía esperar de Stella una heroína de un cuento, fin de la historia de la representación de mi drama; era, en fin, la curiosidad, el sueño, el delirio de un poeta, que no ha visto nunca la vida tal como es, ni las personas vivas sino como personajes: era una muchacha rubia, vista a través de una copa de manzanilla, vino chacharero y poco arropado, como decía Lorenzo Allo.

Antes de acostarnos, acordaron éste y Jústiz nuestra partida para Málaga: declaréles yo mi resolución de quedarme: tenía que cobrar el 30 los 6,000 reales de mi crédito con maese Ménico. Allo se echó a reír: Jústiz me miró tristemente. Allo me dijo: el italiano es hombre formal; lo mismo te pagará el

30 que el 10, que estaremos de vuelta.

—No, repuse; quiero concluir mi Cabeza de plata.

—Otra cabeza rubia es la que ha barajado el seso de la tuya.

—Idos: me quedo.

—Pues nos iremos: quédate; pero volveremos por ti, y velis nolis, aunque haya que romper alguna cabeza, tú volverás a Madrid conmigo—dijo Allo—y nos acostamos.

Allo y Jústiz partieron a Málaga a la noche siguiente: en la mañana del otro día cambié yo de alojamiento: me ofendía la sonrisa perpetua de aquellas dos muchachas morenas y alegres que me habían visto volver de través, abrazado con el pañuelo de duros de Mélico: me disgustaban los ojos negros, los rizos negros y las formas redondas de aquellas dos andaluzas: yo soñaba rubio, veía rubio, adoraba lo blanco, lo esbelto y lo ligero; lo robusto, lo redondo, me parecía materia bruta: lo blanco, flexible y delicado, espíritu y corazón; lo andaluz, carne y prosa; lo italiano arte y poesía.

Me instalé en el hotel del Correo, donde no había más huésped que un inglés, y cuyo camarero era italiano. Púseme a concluir mi Cabeza de plata, para podérsela leer completa a la duquesa de Rivas, que había quedado curiosa da saber su conclusión, que ignoraba yo todavía a mi paso por Sevilla.

Pedí al camarero noticias de Maggiorotti una noche.

—E un ogro, me respondió; non riceve nessun italiano in casa sua.

—¿Conocette Stella?—le pregunté.

—¡Chi! ¿Stella? ¿Una vecchia brutta?

—¡Va via, grand' imbecile!—le dije despidiéndole furioso.—¡Una vecchia brutta Stella!... il Sole.

Marchóse el pobre hombre sin comprenderme... y quedéme yo tan asombrado como él de lo dicho.

¿Quién era Stella? ¿Qué tenía para mí? Que Dios me había hecho nacer poeta y que había dicho de ella maese Mélico: ¡Sventurata! ¡condamnata a morte comme tutte!

Y todos nacemos condenados a muerte; sino que los poetas vivimos como sonámbulos, y corriendo siempre tras de fantasmas.

El inglés, único huésped del Hotel del Correo cuando yo tomé en él aposento, era el compañero más a propósito para mí en aquella ocasión. Taciturno gastrónomo, recorría todos los países del mundo para estudiar la cocina nacional de cada uno. Comía, callaba, digería y dormía: escribía yo,

pues, sin ruido, visitas ni estorbos, y descansaba sólo algunas horas de la noche. La luna en creciente tendía sobre la antigua Gades el rico manto de su luz de plata, y vagaba yo por sus limpias calles y sus ya arboladas plazas, a la luz melancólica del astro poético de la noche, como lo que he sido siempre, como una sombra de otro mundo y un habitante de otra región perdido sobre la tierra.

Vagabundo nocturno de profesión, conozco todos los ruidos, las sombras y las luces nocturnas: sé cuántas formas toma la sombra de los árboles y de las casas, según la luna las traza, las prolonga o las recoge, desde que sale hasta que se pone. Sé los infinitos ángulos y triángulos que trazan los hierros de los faroles, los brazos de las cruces y las siluetas de las chimeneas; conozco todos los cuadros de luz que estampan sobre el oscuro y húmedo empedrado los balcones alumbrados de las casas en que se vela o se baila, de las puertas que se abren para despedir a los contertulios a la luz de bujía, farol o linterna; todos los huecos de sombra de los postigos abiertos y cerrados con precaución y a oscuras para recibir o despedir a los amantes; todos los rumores de las pisadas que se acercan o se alejan con resolución o con miedo, de las del adúltero escurridizo ante la hora de la vuelta del marido; del jugador ganancioso y del hijo de familia retrasado; del ratero y de la buscona, del centinela y del médico; mis leyendas están llenas de esas noches, y yo tengo ciertas pretensiones de ser un poeta nocturno, rico de nocturna y pormenorizada observación; todas mis comedias y dramas comienzan de noche y de noche se han concluido; y en aquellas de Cádiz concluían mis nocturnos paseos en una plazuela sobre la muralla derruida, por encima de cuyas desencajadas piedras metía el mar los hirvientes y desgarrados pedazos de encaje de la espuma de sus encrespadas olas; a través de cuyo rumor temeroso y del salino vapor en que el aire convertía la ola que en los peñascos se estrellaba, adoraba yo a Dios y aspiraba la poesía que ha extendido sobre los mares para el poeta creyente.

El mar es para mí el grande espejo en que se pinta la faz de Dios, y mil veces he deseado tener por tumba su inmenso y móvil panteón de líquido cristal. Dos veces he naufragado, y el mar me ha devuelto vivo a la tierra. ¡Qué mausoleo más magnífico que el mar! A quien naufraga y muere en alta mar, le da Dios la muerte más dulce y sin agonía; una impresión rapidísima de inmersión en un baño, un zumbido de oídos semejante a una lejana música, un resplandor fosfórico que deslumbra las pupilas... y el alma sale del cuerpo y entra en la eternidad. ¡Buenas noches! Aquel cuerpo y aquel alma se ahorran todo lo doloroso y lo ridículo de que la sociedad rodea al que se muere; el pesar verdadero de los que le aman, la hipócrita comedia del dolor de los que le heredan, los falsos consuelos de los que están deseando que espire pronto, ofendidos de su superioridad o envidiosos de su gloria; el entierro oficial, si es un personaje o una celebridad; el olvido inmediato tras de las ceremonias, y la

profanación, en fin, de su tumba por la posteridad, encomendada por Dios de castigar al orgulloso que olvida que le dijo al crearle: Pulvis es et in pulverem reverteris.

Yo adoro el mar, y cuando el frío, la soledad, la reflexión y la necesidad de continuar mi trabajo me arrancaban de aquel boquete de murallón roto, por donde yo miraba el de Cádiz en aquellas noches, me volvía a mi hospedaje del Correo, pasando por el callejón en que se alzaba sombría y casi aislada la casa de maese Ménico Maggiorotti. En su esquina del Mediodía veía siempre iluminado por dentro el postigo de una ventana. ¿Quién velaba allí? ¿Hacia allí las prosaicas cuentas de sus sacos de lana o de cuartos maese Ménico, o mecían allí a la luz de una lamparilla los sueños de la esperanza, el espíritu virginal de la hermosa nieta del misterioso italiano? Todas las noches volvía a mi alojamiento sin haberlo averiguado, y volvía a trabajar en mi Cabeza de plata, bailándome perpetuamente delante de los ojos la rubia de Stella; y el recuerdo de su poética imagen bajaba y subía perpetuamente por la escalera del portalón, empotrada en mi cerebro, mientras con ella distraído avanzaba lentamente en mi trabajo y esperaba impaciente el día 30.

El veinte y ocho recibí una carta de Carlos Latorre, en la cual me decía: «Se levantó el telón sobre el primer acto de Los dos virreyes con entrada llena. Mate llevó con aplomo sus escenas en verso, y el público las escuchó con agrado: oyó sin repugnancia las en prosa, gracias al cuidado que pusieron todos los actores, y concluyó Azcona caracterizando con mucha inteligencia su final, que se aplaudió: no me lo esperaba, y comencé a respirar.»

«Al empezar el acto segundo, el viento había cambiado y el mar hacia oleaje. Durante el entreacto, un criado incógnito había repartido al público, y no al buen tun, tun, sino entre la gente de letras de las lunetas (hoy butacas), quince o veinte ejemplares de la novela El virrey de Nápoles, de Pietro Angelo Fiorentino; los cuales tenían una nota con lápiz que decía «los diálogos que Zorrilla ha copiado en su drama van marcados al margen.» Los poseedores de aquellos librillos se los mostraban y pasaban riendo a los curiosos que se los pedían: los palcos, las galerías y el pueblo pedían silencio: los actores no comprendían tal inquietud en las lunetas, pero no se desconcertaron. Concluyeron al fin las nueve escenas en prosa; quedó Mate sólo en escena, y el público respetó su respetable personalidad; e hiriendo sus oídos las octavillas italianas, comenzó a hacer silencio; y Mate le aprovechó para decírselas tan vigorosa é intencionadamente, que al concluir las arrancó el primer aplauso de la noche. La canción de Basili hizo un efecto inesperado; y Mate se llevó la sala con la redondilla:

con un cordel a la gola

y un crucifijo en la mano,

cantar haré a ese villano

su postrera barcarola,

y con un segundo aplauso preparó mi salida. Excuso ponderar a V. lo que hicimos ambos en el resto del acto: cumplimos con los deberes de la amistad.»

«En el entreacto segundo nos enteramos de la villanía de X, que era quien indudablemente había enviado al teatro los ejemplares de la novela; yo me apresuré a dar la clave del ataque traidor de que era V. objeto; y la empresa y los actores resolvimos defender el final del drama con todo el empeño de que hombres y mujeres fuéramos capaces; pero los amigos de fuera trabajaban en contra con los librejos; la escena en prosa y los endecasílabos pasaron apenas difícilmente; y ya temía yo una catástrofe para el final, cuando nos salvó lo que temíamos que nos perdiera: el virrey encerrado en el balconcillo después de la escena VI, en la cual logré arrancar un aplauso y hacerme escuchar. Mate estuvo impagable en aquella desairada posición; rebosando orgullo, rencor y sed de venganza, hizo aborrecible el personaje que representaba, y al volvérselo las tornas, las galerías y la ignominia ahogaron a las lunetas, y dimos el nombre del autor, y hoy damos tranquilamente la cuarta representación. Duerma V. tranquilo, y permítame V. que le prevenga para el porvenir con aquellas palabras de Fabiani en «La familia del boticario: Buenos amigos tienes, Benito;» y cuente V. con este que le querrá siempre.»

No me sentó tan mal como me asombró la incomprendible partida mulata de X, porque me revelaba más estupidez que malas entrañas; puesto que, mero traductor de la novela de que me había hecho sacar el drama, quien tenía derecho en resumen a aparear su nombre con el mío no era él, sino Pietro Angelo Fiorentino—a quien yo había robado por darle gusto.

Tal es la historia de mi miserable rapsodia Los dos virreyes, y tal la de su primera representación; de la cual no he hablado jamás a X, ni él ha podido nunca apercibirse de que yo le estimaba en lo que valía: sobre mis hombros no pudo, empero, volver a poner los pies. Así vivimos en estos tiempos y en esta sociedad, en que las medianías se atreven a todo, y a todo tal vez alcanzan, menos a engañar a la posteridad.

El 30 a las diez trepaba yo, que no subía por la empinada escalera del portalón de maese Mélico; pues no hallándole en él, quise ver si podía forzar el paso al, según fama, impenetrable sancta sanctorum de su misterioso hogar. Subí rápida y llamé ruidosamente a la puerta en que la insegura escalera finalizaba, y al tiempo que por el ventanillo acechador asomaba una curiosa cabeza de mujer, me franqueaba la entrada el mismo maese Mélico, por la barreada puerta, ante mí abierta de par en par.

El genovés, en chaleco, pantalón y babuchas, me recibió con algo

encapotado ceño y melancólica sonrisa; en los cuales mi extraviada preocupación y mi fantástico espíritu se empeñaban en ver algo misterioso y siniestro: quise yo motivar mi presencia, pero él atajó mis excusas diciendo:

—«Son las diez, y es la hora. ¿Trae V. el recibo?

—Sí, señor.

—Pues los seis mil están contados: y conduciéndome a través de una antesala y un comedor, tan limpia como modestamente amueblados, a una especie de despacho, me mostró sobre la parte alta y plana de su pupitre los trescientos duros en pilas de a veinte y cinco. Mostréle mi recibo firmado y comencé a hacer rollos de a cincuenta, en los ocho pedazos en que corté un periódico que me alargó.

Callaba yo haciendo, no muy diestramente, mis rollos, y callaba él esperando distraído a que yo concluyera de hacerlos; tal vez se reía en su interior de mí por la poca costumbre de manejar dineros que mi poca destreza le revelaba; pero mi indiscreción de muchacho sin mundo y mi irresistible curiosidad me hicieron al fin prorrumpir en la pregunta que hacía diez días tenía en mis labios:—¿y Stella?

Sentí la mirada de Ménico sobre mi faz, y la busqué con la mía, resuelto a todo: entre las blancas pestañas de sus hundidos ojos percibí dos lágrimas, que no dejó rodar por sus curtidas mejillas, enjugándolas antes con el reverso de su mano.

—¿Stella?—dijo, como si su voz fuera en su respuesta el eco de mi pregunta.—¿Quiere V. verla?

—Si V. me lo permite...

—¿Por qué no? Acabe V. de recoger su dinero; no he podido procurarle a V. oro, porque...

Interrumpióse sin acabar de darme su razón; concluí yo de liar mi sexto rollo, y mientras ataba los seis en mi pañuelo, completé neciamente mi pensamiento, formulándole en esta menguada frase:

—Stella es una preciosa criatura, cuya vista regocija los ojos, cuya voz arrulla los oídos.

—¡Desventurada!—exclamó el viejo;—«¡é la più sventurata creatura del mondo! ¡Non può essere sposa, ne madre, ne padrona di sé stessa!»—Y abriendo ante mí una puerta, me mostró en un gabinete cariñosamente lleno de cuanto puede necesitar la coquetería mujeril, y en un lecho, que no exhalaba más que virginales emanaciones, ni excitaba más que castas ideas, la pálida Stella, cuya cabeza, doblada sobre las almohadas, tenía los ojos abiertos y fijos en espantosa inmovilidad.

Sin poderme contener, exclamé:—¡Muerta!—Y Mélico, poniéndome bruscamente la mano en la boca, me dijo al oído:—¡silencio: oye, está en catalepsia!—y cogiéndome por el brazo, sacóme del aposento.

Iba yo estupefacto a pronunciar un vulgar mi scusi; pero el infortunado maese Mélico me le atajó con otro, que en su boca y en su situación resultó sublime de abnegación y sentimiento, y siguió diciéndome:

—Es la última de tres hermanas; un infame, castigado por Dios con esa enfermedad, se casó con mi hija: sus dos mayores han muerto a los 21 años; ella de pesadumbre; él... a manos de la venganza; yo les he enterrado a todos; no me queda más que Stella: si me sobrevive... ¡qué vida tan horrible la espera! Si se me muere... ¡qué soledad!... ¡Misero me!

Yo había escrito ya muchas comedias, pero no tenía aún aplomo en el teatro del mundo. Mudo e inmóvil, no sabía ni consolarle ni despedirme. La vieja que se había asomado al ventanillo, presentándose en la antesala, dirigió a maese Mélico algunas palabras, que no comprendí: éste me abrió la puerta de la escalera, y yo descendí por ella abrazado con mi dinero, y me salí de aquella casa, más ebrio con la emoción y el desencanto que la primera vez con el manzanilla.

Llegué al Hotel del Correo y hallé una carta que me había traído de Madrid el del día anterior; mi mujer se había roto un brazo al salir a oscuras del teatro del Príncipe; Julián Romea había cuidado de ella en los primeros instantes, la había conducido a casa con el doctor Codorniú, y me suplicaban ambos que regresara inmediatamente a Madrid.

He aquí la historia de mis Dos virreyes y de la primera salida del Quijote de los poetas, a hacer por el mundo real la vida fantástica de los pájaros y de los locos.

¿Qué logró en ella el hombre? Dos pesadumbres, dos desengaños y la vergüenza de una embriaguez; tres espinas en el corazón; pero quedó en la imaginación del poeta legendario este tan delicioso como triste recuerdo del tiempo viejo: la imagen de Stella.

XVIII.

CUATRO PALABRAS SOBRE MI «DON JUAN TENORIO».

Corría la temporada cómica del 43 al 44: Carlos Latorre había trabajado en Barcelona, y Lombía solo sostenido el teatro de la Cruz con su compañía, para la cual había yo escrito aquel año tres obras dramáticas: El Molino de

Guadalajara, drama estrambótico y fatalista, en el cual Lombía hizo un tartamudo de mi cosecha: papel erizado de dificultades inútiles, que él superó con una paciencia y un estudio que no sabré yo nunca ponderar ni agradecer, y cuyo tercer acto hicieron él, la Juana Pérez, Azcona y Lumbreras de una manera inimitable; que fue lo que hizo el éxito de aquella mi extravagante elucubración, forjada con tan heterogéneos elementos.

La Juanita, disfrazada de sobrino del molinero, cantando la canción de Iradier para dormir a Azcona, arrancó aplausos hasta de las bambalinas; pero repito que el éxito de esta obra se debió al esmero con que los actores la representaron, y al gasto con que la empresa la decoró; pagando además las palomas, los versos y las flores que sus amigos, y no el público, me arrojaron la primera noche. Lombía no se descuidaba, y era preciso que las obras que yo para él escribía no tuvieran éxito inferior a las de Latorre.

La mejor razón la espada, refundición o rapsodia de Las travesuras de Pantoja, fue otro de mis triunfos de aquel año; pero no hay para qué alabarme por él, puesto que lo que en aquella obra vale algo es de Moreto, y no mío.

En Febrero del 44 volvió Carlos Latorre a Madrid, y necesitaba una obra nueva: correspondíame de derecho aprontársela, pero yo no tenía nada pensado y urgía el tiempo: el teatro debía cerrarse en Abril. No recuerdo quién me indicó el pensamiento de una refundición del Burlador de Sevilla, o si yo mismo, animado por el poco trabajo que me había costado la de Las travesuras de Pantoja, di en esta idea registrando la colección de las comedias de Moreto; el hecho es que, sin más datos ni más estudio que El burlador de Sevilla, de aquel ingenioso fraile y su mala refundición de Solís, que era la que hasta entonces se había representado bajo el título de No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague o El convidado de piedra, me obligué yo a escribir en veinte días un Don Juan de mi confección. Tan ignorante como atrevido, la emprendí yo con aquel magnífico argumento, sin conocer ni Le festín de Pierre, de Molière, ni el precioso libreto del abate Da Ponte, ni nada, en fin, de lo que en Alemania, Francia e Italia había escrito sobre la inmensa idea del libertinaje sacrílego personificado en un hombre: Don Juan. Sin darme, pues, cuenta del arrojito a que me iba a lanzar ni de la empresa que iba a acometer; sin conocimiento alguno del mundo ni del corazón humano; sin estudios sociales ni literarios para tratar tan vasto como peregrino argumento; fiado sólo en mi intuición de poeta y en mi facultad de versificar, empecé mi Don Juan en una noche de insomnio, por la escena de los ovillejos del segundo acto entre D. Juan y la criada de doña Ana de Pantoja. Ya por aquí entraba yo en la senda de amaneramiento y mal gusto de que adolece mucha parte de mi obra; porque el ovillejo, o séptima real, es la más forzada y falsa metrificación que conozco: pero afortunadamente para mí, el público, incurriendo después en mi mismo mal gusto y amaneramiento, se ha pagado de esta escena y de

estos ovillejos, como yo cuando los hice a oscuras y de memoria en una hora de insomnio. Escribílos a la mañana siguiente para que no se me olvidaran y engarzarlos donde me cupieran; y preparando el cuaderno que iba a contener mi Don Juan, puse en su primera hoja la acotación de la primera escena, poco más o menos como había hecho en El puñal del godo, sin saber a punto fijo lo que iba a pasar ni entre quiénes iba a desarrollarse la exposición. Mi plan en globo, era conservar la mujer burlada de Moreto, y hacer novicia a la hija del Comendador, a quien mi D. Juan debía sacar del convento, para que hubiese escalamiento, profanación, sacrilegio y todas las demás puntadas de semejante zurcido. Mi primer cuidado fue el más inocente, el más vulgar, el más necesario a un autor novel: el de presentar a mi protagonista, a quien puse enmascarado y escribiendo, en una hostería y en una noche de Carnaval; es decir, en el lugar y el tiempo que creía peores un colegial que todavía no había visto el mundo más que por un agujero; y para calificar a mi personaje, lo más pronto posible, como temiendo que se me escapara, se me ocurrió aquella hoy famosa redondilla:

«¡Cuál gritan esos malditos!
pero mal rayo me parta
si en acabando mi carta
no pagan caros sus gritos.»

La verdad sea dicha en paz y en gracia de Dios; pero al escribir esta cuarteta, más era yo quien la decía que mi personaje D. Juan; porque yo todavía no sabía qué hacer con él, ni lo qué ni a quién escribía: así que comencé a hacer hablar a los otros dos personajes que había colocado en escena, sólo porque lógicamente lo requería la situación: el dueño de la hostería, y el criado del que en ella había yo metido a escribir.

La prueba más palpable de que hablaba yo en ella y no D. Juan, es que los personajes que en escena esperaban, más a mí que a él, eran Ciutti, el criado italiano que Jústiz, Allo y yo habíamos tenido en el café del Turco de Sevilla, y Girólamo Buttarelli, el hostelero que me había hospedado el año 42 en la calle del Carmen, cuya casa iban a derribar, y cuya visita había yo recibido el día anterior. Ciutti era un pillete, muy listo, que todo se lo encontraba hecho, a quien nunca se encontraba en su sitio al primer llamamiento, y a quien otro camarero iba inmediatamente a buscar fuera del café a una de dos casas de la vecindad, en una de las cuales se vendía vino más o menos adulterado, y en otra carne más o menos fresca. Ciutti, a quien hizo célebre mi drama, logró fortuna, según me han dicho, y se volvió a Italia.

Buttarelli era el más honrado hostelero de la villa del Oso: su padre Benedetto vino a España en los últimos años del reinado de Carlos III, y se

estableció en aquella hoy derribada casa de la calle del Carmen, cuya hostería llevaba el nombre de la Virgen de esta advocación, y en donde yo conocí ya viejo a su hijo Girólamo, el hostelero de mi Don Juan. Era célebre por unas chuletas esparilladas, las más grandes, jugosas y baratas que en Madrid se han comido, y tenía vanidad Buttarelli en la inconcebible prontitud con que las serbia. Tenían las tales chuletas no pocos aficionados; y con ellas y con unos tortellini napolitanos se sostenía el establecimiento. Viví yo seis meses alojado en el piso segundo de su hostería, tratado a cuerpo de rey por un duro diario, y allí tuve por comensales a Nicomedes Pastor Díaz y a su hermano Felipe, a García Gutiérrez, a Eugenio Moreno López y a otros muchos a quienes gustaban los tortellini y las chuletas de Buttarelli. Este buen viejo, desanidado de su vieja casa, murió tan pobre como honrado y desconocido, y de él no queda más que el recuerdo que yo me complazco en consagrarle en estos míos de aquel tiempo viejo.

Por lo dicho se comprende fácilmente que no podía salir buena una obra tan mal pensada; pero no quiero decir aquí lo que de ella pienso, porque tengo determinado decirlo en un libro que se titula Don Juan Tenorio ante la conciencia de su autor, publicado a fines de un mes de Octubre, para que el público tenga presente mi opinión al asistir en Noviembre a sus obligadas representaciones; en nuestro país nadie se acuerda en el mes de Octubre de lo dicho en el mes de Mayo.

Haré sin embargo brevísimas observaciones sobre mis más pasaderos descuidos, para probar tan sólo la ligereza imprevisora y la falta de reflexión con que mi obra está escrita.

Pero antes de todo voy a responder a algunas objeciones a que da lugar la severidad de mis juicios. No hablo con la crítica racional, sino con la malevolencia, la envidia y la necedad, que no dejarán de decir:

1.º Que insulto al público criticando y dando por mediana una obra que aplaude hace treinta y seis años.—No.

2.º Que soy ingrato y mal español, despreciando la reputación fabulosa que por mi Don Juan me ha acordado.—Tampoco.

3.º Que de lo que con mi crítica trato, es de perjudicar a mis editores y a las empresas, porque no me dan parte de los productos de mis obras.—Mucho menos.

A lo primero, respondo que mi Don Juan, tal como está, tiene condiciones para merecer el favor de que goza; pero al cabo de treinta años es natural que un autor reconozca los defectos de una obra, lo cual no implica ni sombra de pensamiento injurioso para el público que la aplaude, reconociendo como él sus defectos: es decir la parte inteligente del público, porque el vulgo no es

nunca juez competente ni aceptable ni aceptado en materias literarias.

A lo segundo, que el no ser vanidoso, no es ser ingrato, y el aceptar con modestia lo que me corresponda solamente de gloria por lo bueno de mi obra, no es despremiar mi popularidad, sino aceptarla con justa medida en lo que vale. Y aquí me ocurre una observación, y es, que si un vanidoso hubiera en mi lugar escrito mi Don Juan Tenorio y alcanzado el éxito colosal que yo con el mío, hubiera sido probablemente necesario echarle de España o encerrarle en un manicomio; porque hubiera querido ser ministro de Hacienda, gobernador de Cuba y tener estatuas en vida.

Y a lo tercero, que en lugar de intentar acción alguna retroactiva contra mis editores, poseedores legales de la propiedad de mi Don Juan en época en que aún no existía la ley de propiedad literaria, en vez de dirigirme contra ellos, al ver que Dios alargaba mi vida más de lo que yo esperaba, me dirigí francamente al Gobierno, diciéndole: «Mi Don Juan produce un puñado de miles de duros anuales a sus editores, y mantengo con él en la primera quincena de Noviembre a todas las compañías de verso en España; pero como tu ley no tiene efecto retroactivo, no por el mérito de mi obra, sino por lo que a los demás produce, no me dejes morir en el hospital o en el manicomio.»

El Gobierno, teniendo por razonable mi demanda, me dio pan y con él me he contentado.

Pero reclamo el derecho de ver y reconocer los defectos de mi obra; Revilla y otros críticos juiciosos los han indicado ya, con la opinión de que deben corregirse y de que su autor está, no sólo en el derecho, sino en la obligación de refundirla. Mi obra tiene una excelencia que la hará durar largo tiempo sobre la escena, un genio tutelar en cuyas alas se elevará sobre los demás Tenorios; la creación de mi doña Inés cristiana: los demás Don Juanes son obras paganas; sus mujeres son hijas de Venus y de Baco y hermanas de Príapo; mi doña Inés es la hija de Eva antes de salir del Paraíso; las paganas van desnudas, coronadas de flores y ebrias de lujuria, y mi doña Inés, flor y emblema del amor casto, viste un hábito y lleva al pecho la cruz de una Orden de caballería. Quien no tiene carácter, quien tiene defectos enormes, quien mancha mi obra es D. Juan; quien la sostiene, quien la aquilata, la ilumina y la da relieve es doña Inés; yo tengo orgullo en ser el creador de doña Inés y pena por no haber sabido crear a D. Juan. El pueblo aplaude a éste y le ríe sus gracias, como su familia aplaudiría las de un calavera mal criado; pero aplaude a doña Inés, porque ve tras ella un destello de la doble luz que Dios ha encendido en el alma del poeta: la inteligencia y la fe. D. Juan desatina siempre, doña Inés encauza siempre las escenas que él desborda.

Desde la primera escena, ya no sabe D. Juan lo que se dice; sus primeras palabras son:

Ciutti... este pliego
irá dentro del horario
en que reza doña Inés
á sus manos a parar.

¡Hombre, no! en el horario en que rezará, cuando usted se lo regale; pero no en el que no reza aún, porque aún no se lo ha dado Vd. Así está mi D. Juan en toda la primera parte de mi drama, y son en ella tan inconcebibles como imperdonables sus equivocaciones hasta en las horas. El primer acto comienza a las ocho; pasa todo: prenden a D. Juan y a D. Luis; cuentan cómo se han arreglado para salir de su prisión: preparan don Juan y Ciutti la traición contra D. Luis, y concluye el acto segundo diciendo D. Juan:

A las nueve en el convento,
a las diez en esta calle.

Reloj en mano, y había uno en la embocadura del teatro en que se estrenó, son las nueve y tres cuartos; dando de barato que en el entreacto haya podido pasar lo que pasa. Estas horas de doscientos minutos son exclusivamente propias del reloj de mi D. Juan. En el tercer acto se oye el toque de ánimas; yo tengo en mis dramas una debilidad por el toque de ánimas; olvido siempre que en aquellas épocas se contaba el tiempo por las horas canónicas; y cuando necesito marcar la hora en la escena, oigo siempre campanas, pero no sé dónde, y pregunto qué hora es a las ánimas del purgatorio. La unidad de tiempo está maravillosamente observada en los cuatro actos de la primera parte de mi D. Juan, y tiene dos circunstancias especialísimas; la primera es milagrosa, que la acción pasa en mucho menos tiempo del que absoluta y materialmente necesita; la segunda, que ni mis personajes ni el público saben nunca qué hora es.

En el final, D. Juan trae a los talones toda la sociedad representada en el novio de la mujer por engaño desflorada, en el padre de la hija robada y en la justicia humana, que corren gritando justicia y venganza tras el seductor, el robador y el sacrílego: en aquella situación está el drama; por el amor de doña Inés, va a matar a su padre y a D. Luis, y tiene preparada su fuga y el rapto en un buque de que habla Ciutti; pues bien, en esta situación altamente dramática, aquel enamorado que por su pasión ha atropellado y está dispuesto a atropellar cuanto hay respetable y sagrado en el mundo, cuando él sabe muy bien que no van a poder permanecer allí cinco minutos, no se le ocurre hablar a su amada más que de lo bien que se está allí donde se huelen las flores, se oye la canción del pescador y los gorjeos de los ruiseñores, en aquellas décimas tan famosas como fuera de lugar: doña Inés las encarrila desarrollando a tiempo su amor poético y su bien delineado carácter, en las redondillas mejores que han salido

de mi pluma.

De la desatinada ocurrencia mía de colocar en tan dramática situación tan floridas décimas, resulta que no ha habido ni hay actor que haya acertado ni pueda acertar a decirlas bien. El público, que se las sabe de memoria, le espera en ellas como el de un circo a un clown que va a dar el doble salto mortal: si el actor, verdadero y conciencioso artista, las quiere dar la suavidad, la ternura, la flexibilidad y el cariño que sus suaves, cariñosas y rebuscadas palabras exigen... ¡ay de mí! como aquellas décimas no fueron por mí escritas a cendrándolas en el crisol del sentimiento, sino exhalándolas en un delirio de mi fantasía, resulta su expresión falsa y descolorida por culpa únicamente mía; que me entretuve en meter a la paloma y a la gacela, y a las estrellas y a los azahares en aquel dúo de arrullos de tórtolas, en lugar de probar en unos versos ardientes, vigorosos y apasionados la verdad de aquel amor profundo, único, que celeste o satánico, salva o condena; obligando a Dios a hacer aquellas famosas maravillas que constituyen la segunda parte de mi D. Juan.

Si el actor, pasando sobre su conciencia y haciendo caso omiso de la del autor y de su deber de imponerse al vulgo, por dar gusto a éste y arrancar un aplauso, las declama a gritos y sombrerazos como se hace hoy por nuestros más roncós y aplaudidos actores... el aplauso estalla, es verdad; pero ¿a quién pertenece? Al actor, no; porque al exponerse a arrojar por la boca los pulmones arroja con ellos al sentido común por encima de la batería del proscenio, en cambio del aplauso de los engañados espectadores: al poeta, tampoco; porque aquellas palmadas resultan poco menos que bofetadas para él, a quien jamás pudo ocurrírsele que tuvieran que aullarse y berrearse unas décimas tan artificiosas y tan mal traídas, pero forjadas con los más poéticos pensamientos y expresadas con las más suaves, armónicas y cariñosas palabras.

¿Qué quiero yo decir con esto? ¿Que los actores no saben representar mi D. Juan Tenorio? No: quiero decir que en mala situación no hay actor bueno; que obra mía es aquella situación mala; y que yo, que no transijo con mi conciencia al juzgar mis obras, no transijo con los actores que transigen con la suya en las mías.

¿Intento yo, como se ha supuesto, al decir la verdad sobre mi D. Juan, y al hablar con tal ingenuidad de mí mismo, desacreditar mi obra y conspirar contra su representación y éxito anuales, por el inútil y villano placer de perjudicar a mis editores y a los empresarios y actores, porque la propiedad de mi obra no me pertenece?

Estúpida o malévolas suposición. D. Juan Tenorio, que produce miles de duros y seis días de diversión anual en toda España y las Américas españolas, no me produce a mí un solo real; pero, me produce más que a ningún actor,

empresario, librero o especulador: porque la aparición anual de mi D. Juan sobre la escena, constituye a su autor su fénix que renace todos los años. D. Juan no me deja ni envejecer ni morir: D. Juan me centuplica anualmente la popularidad y el cariño que por él me tiene el pueblo español: por él soy el poeta más conocido hasta en los pueblos más pequeños de España y por él solo no puedo ya en ella morir en la miseria ni en el olvido: mi drama D. Juan Tenorio es al mismo tiempo mi título de nobleza y mi patente de pobre de solemnidad: cuando ya no pueda absolutamente trabajar y tenga que pedir limosna, mi D. Juan hará de mí un Belisario de la poesía: y podré sin deshonra decir a la puerta de los teatros: «dad vuestro óbolo al autor de D. Juan Tenorio,» porque no pasará delante de mí un español que no nos conozca o a mí o a él.

¿Cómo, pues, he de anhelar yo desprestigiar, ni desterrar del teatro a mi venturoso desvergonzado Don Juan, que es el ser de mi ser y la única esperanza de mi porvenir?

Pero ¿qué intereses ataca, qué amor propio ofende el modesto conocimiento de sí mismo que el autor del tal D. Juan manifiesta al juzgar su obra, cuando ha tenido treinta y tres años para estudiarla? ¿cuándo, velis nolis, le han hecho presenciar ochenta veces su representación, durante la cual, a no haber sido de piedra como su estatua del Comendador, tiene forzosamente que haberla visto y hecho cargo de cómo pasa lo que en ella sucede?

¿Sería posible, aunque para mí inconcebible sería, que se ofendiera la crítica de que yo, a mis sesenta y cuatro años, al ajustar cuentas con mi conciencia, dijera de mi D. Juan lo que ella o por consideración al autor o por no atreverse a ir contra la corriente de la opinión, no ha dicho en los mismos treinta y tres años? Es imposible; la crítica tiene que ser hidalga y leal en España, como lo es su pueblo, y no puede tornarse nunca en injusta, corrigiendo sólo al autor, no concediéndole ni permitiéndole nada, ni aun reconocer y corregir sus defectos, sin corregir el mal gusto, cuando extravía los juicios del público y el arte de los actores, ocasionando los excesos y faltas de las empresas: todo lo cual constituye lo que se llama el teatro: que no es sólo la palabra escrita del poeta.

Dejémoslo aquí. Con todo lo dicho y lo que por decir me queda, no he pretendido más que alegar el derecho y la obligación que tengo de ser modesto confesando mis defectos y errores, para que ni mis contemporáneos que me aplauden, ni la posteridad si de mí se acuerda, tengan motivo dado por mí en que apoyarse, para creer que yo vivo hinchado y esponjado como el pavón y sueño conmigo mismo cuando duermo, por la vanidad de ser quien soy, y de haber hecho y escrito lo que he escrito y hecho.

Y si hay alguno que me envidia el ser autor del Don Juan, ¡ojalá pudiera yo

traspasárselo para que gozara en mi lugar las consecuencias de haberlo escrito!

La veracidad de mi opinión sobre esta obra la expresé muy claramente y de todo corazón en las últimas redondillas de las que leí en un beneficio que con él me dio Ducazcal en el teatro Español el año pasado, que inserto aquí para concluir, y por creer que aquí tienen su legítimo puesto y lugar.

En los años que han corrido
desde que yo le escribí,
mientras que yo envejecí
mi Don Juan no ha envejecido:

Y fama tal por él gozo
que se cree, a lo que parece,
porque Don Juan no envejece,
que yo he de ser siempre mozo:

Y hoy el bravo Ducazcal
os anuncia en su cartel
que he de hacer aquí un papel,
que tengo que hacer ya mal.

Yo no soy ya lo que fui:
y viendo cuán poco soy,
dejo a los que más son hoy
pasar delante de mí;

Pues por Dios, que por más brava
que sea mi condición,
la fiebre rinde al león,
la gota la piedra cava.

Aún latir mis bríos siento:
pero es ya vana porfía,
no puedo ya la voz mía
pedirle otra vez al viento:

Y a quien me lo quiere oír,

digo años ha por doquier,
 que pierdo el ser de mi ser
 y que me siento morir;
 Pero nadie me hace caso
 por más que hablo a voz en grito,
 porque este Don Juan maldito
 por doquier me sale al paso;
 Y ni me deja vivir
 en el rincón de mi hogar,
 ni deja un año pasar
 sin dar de mí qué decir.
 Yo me apoco día a día,
 y este bocón andaluz,
 a quien yo saqué a la luz
 sin saber lo que me hacía,
 me viste con su oropel
 y a luz me saca consigo;
 por más que a voces le digo
 que ir no puedo a par con él.
 Mas tanto favor os debo
 por él, que en verdad me obliga
 á que algo esta noche os diga
 de este insolente mancebo.
 Oíd... es una leyenda
 muy difícil de contar,
 porque tiene algo a la par
 de ridícula y de horrenda:
 una historia íntima mía.
 Yo era en España querido
 y mimado y aplaudido...

y me hui de España un día.

Vivía a ciegas y erré:

y una noche andando a oscuras

tropecé en dos sepulturas,

y de Dios desesperé.

Emigré: me di a la mar;

y esperando en el olvido

una muerte hallar sin ruido,

en América fui a dar.

No llevando allá negocio

ni esperanza a qué atender,

al tiempo dejé correr

en la oscuridad y el ocio.

Once años anduve allí

vagando por los desiertos,

contándome con los muertos

y sin dar razón de mí.

Los indios semi-salvajes

me veían con asombro

ir con mi arcabuz al hombro

por tan agrestes parajes;

y yo en saber me gozaba

que nadie que me veía

allí, quién era sabia

el que por allí vagaba;

y esperé que de aquel modo

de mí y de mi poesía

como yo se olvidaría

a la fin el mundo todo.

Mi nombre, pues, con intento

de dejar perder, y en suma
sin papel, tinta, ni pluma,
ni libros ya en mi aposento,
bebía en mi soledad
de mis pesares las heces:
mas tenia que ir a veces
del desierto a la ciudad.

Vivo el cuerpo, el alma inerte,
a caballo y solo, iba
como una fantasma viva,
sin buscar ni huir la muerte.
Y hago aquí esta narración
porque sirva lo que digo
á mis hechos de castigo,
y a modo de confesión.
Sobre mí a un anochecer
un nublado se deshizo,
y entre el agua y el granizo
me dejó una hacienda ver.
Eché a escape y me acogí
de la casa entre la gente,
como franca lo consiente
la hospitalidad allí.

Celebrábase una fiesta:
que en aquel país no hay día
que en hacienda o ranchería
no tengan una dispuesta;
y son fiestas extremadas
allí por su mismo exceso,
de las hembras embeleso,

de los hombres emboscadas.

Y a no ser de mi leyenda
por no cortar la ilación,
hiciera aquí descripción
de una fiesta en una hacienda,
donde nadie tiene empacho
de usar a gusto de todo;
porque son fiestas a modo
de las bodas de Camacho.

Allí acuden sin convite
buhoneros, comerciantes
y cirqueros ambulantes;
sin que a nadie se le quite
de entrar en corro el derecho,
de gastar de los abastos,
ni de colocar sus trastos
donde quiera que halle trecho.

Jamás se apaga el hogar,
jamás el servicio cesa;
siempre está puesta la mesa
para comer y jugar.

Por salas y corredores
se oye el son a todas horas
de carcajadas sonoras,
de onzas y de tenedores.
Todo es peleas de gallos,
toros, lazos, herraderos,
manganas y coleaderos
y carreras de caballos;
Y al fin de un día de broma

que nada en Europa iguala,
todo el mundo entra en la sala
y sitio en el baile toma.

Entré e hice lo que todos:
y cuando creí que al sueño
se iban a dar, di yo al dueño
gracias por sus buenos modos:

mas mi caballo al pedir,
asiéndome por la mano,
me dijo el buen campirano
soltando el trapo a reír:

«¿Y a quién hay que se le antoje
dejar ahora tal jolgorio?

Vamos, venga usted a la troje
y verá el Don Juan Tenorio.»

Y a mí que lo había escrito
en la troje me metía;
y allí al paso me salía
mi audaz andaluz precito.

Mas ¡ay de mí, cuál salió!

Lo hacia un indio Otomí
en jerga que el diablo urdió;
tal fue mi Don Juan allí,

que ni yo le conocí
ni a conocer me di yo.

Tal es la gloria mortal,
y a quien Dios se la confiere
si librarse de ella quiere
se la torna Dios en mal.

A mí no me la tornó,

porque por mi buena suerte,
del olvido y de la muerte
doquier Don Juan me salvó.
¡Dios no quiso allá de mí!
y de mi patria el olvido
temiendo, como había ido,
á mi patria me volví.
¡Feliz malogrado afán!
al volver de tierra extraña,
me hallé que había en España
vivido por mí Don Juan.
Comprendí en su plenitud
de Dios la suma clemencia:
Don Juan había en mi ausencia
borrado mi ingratitud.
Monstruo sin par de fortuna,
mientras yo de España huía,
en España me ponía
en los cuernos de la luna.
Y ni fuerza ni razón
han podido derribar
tal ídolo del altar
que le ha alzado la opinión.
Pero hablemos con franqueza
hoy que todo coadyuva
para que aquí se me suba
á mí el humo a la cabeza:
Desvergonzado galán
siempre atropella por todo
y de atajarle no hay modo,

¿qué tiene, pues, mi Don Juan?

Del fondo de un monasterio
donde le encontré empolvado,
yo le planté remozado
en mitad de un cementerio:
Y obra de un chico atrevido
que atusaba apenas bozo,
os parece tan buen mozo
porque está tan bien vestido.

Pero sus hechos están
en pugna con la razón:
para tal reputación

¿qué tiene, pues, mi Don Juan?

Un secreto con que gana
la prez entre los don Juanes:
el freno de sus desmanes:
que Doña Inés es cristiana.
Tiene que es de nuestra tierra
el tipo tradicional;
tiene todo el bien y el mal
que el genio español encierra.

Que hijo de la tradición,
es impío y es creyente,
es baladrón y es valiente,
y tiene buen corazón.

Tiene que es diestro y es zurdo,
que no cree en Dios y le invoca,
que lleva el alma en la boca,
y que es lógico y absurdo.

Con defectos tan notorios

vivirá aquí diez mil soles;
pues todos los españoles
nos la echamos de Tenorios.
Y si en el pueblo le hallé
y en español le escribí
y su autor el pueblo fue...
¿Por qué me aplaudís a mí?

Dejémoslo aquí hasta que veamos a mi D. Juan ante la conciencia de su autor, que también veremos a los actores ante mi Don Juan.

XIX.

(PARÉNTESIS.)

I.

Mi campaña teatral había durado cuatro años: del 40 al 45. Fiel a mi bandera, no me había yo pasado jamás al enemigo, combatiendo siempre en primera fila; y en aquellos cuatro años, porque en la temporada del 41 al 42 no escribí nada por lo que adelante diré, había yo dado a la empresa Lombía veinte y dos obras escénicas, desde Cada cual con su razón hasta D. Juan Tenorio. Ninguna de ellas había sido silbada, ni retirada del cartel sin cinco representaciones; y habían quedado del repertorio de Latorre, con éxito completo, El Zapatero y el Rey, Sancho García, El rey loco, El puñal del godó, El alcalde Ronquillo y el D. Juan: Lombía repetía en el suyo el Cada cual con su razón y La mejor razón la espada. La empresa del teatro del Príncipe no me había visto jamás en el saloncito de Julián Romea, ni para sus afortunados actores había yo en los cuatro años escrito un sólo verso; siendo el único escritor que siguió constante la inconstante suerte de la empresa de la Cruz, y escribiendo exclusivamente para Lombía y Latorre.

¿Por qué? Lo diré más adelante al recordar cómo, por qué y para quién escribí el Traidor, inconfeso y mártir; antes y por hoy tengo necesidad de decir algo de las vicisitudes por que habían pasado los teatros de verso, durante los cinco años de la revolución literaria, de la cual fui entonces hijo mimado y hoy todavía viviente recordador.

Porque estos mis desordenados Recuerdos del tiempo viejo son una madeja de quebradizos y rotos hilos, de cuyos cabos voy tirando al azar según los voy

devanando en el desigual ovillo de mis artículos de El Imparcial; y en éste veo que es preciso que dé a mis lectores, si tengo algunos, un cabo conductor y alguna luz que les guie por el laberíntico relato de mis entradas y salidas por las puertas y escenarios de los teatros de la Cruz y del Príncipe. Mis Recuerdos no son, desventuradamente para mí, una obra de cronológica ilación, de continuidad lógica y progresiva de bien enlazados sucesos, y de uniforme estilo, como las curiosas Memorias de un setentón, del Sr. de Mesonero Romanos; a quien aprovecho esta ocasión para dar gracias por el cariñoso recuerdo que en ellas hace de mí, y para rendirle el homenaje debido al más fácil de nuestros prosistas, al más ameno y castizo de nuestros narradores, al más cortés de nuestros críticos, y al más exacto pintor de nuestras costumbres. Mis Recuerdos no pueden, ni intentan competir con sus Memorias; y cuando hoy se reducen a libro con una más ordenada forma, aún no pueden parangonarse con aquellas; elegante y última, pero genuina producción del vigoroso ingenio del Curioso parlante, en cuya curiosa personalidad prolonga Dios la luz de la inteligencia para gloria y contentamiento de la presente generación.

Hecha esta salvedad y cumplido este deber, vuelvo la vista atrás y retrocedo cuatro años, para entrar por preparado camino en el quinto y último de mis recuerdos teatrales.

La temporada cómica del 38 al 39, por no sé qué circunstancias fortuitas o premeditadas, iba a pasar sin que hubiese compañía en los teatros de Madrid. Lombía, asociado con Luna, Pedro López, las Lamadrid y otros se presentaron en época avanzada, con las más sinceras protestas de modestia, a llenar como mejor pudiesen aquel vacío. Estimóselo el público, y quedó constituida en compañía aquella sociedad, para la temporada del 39 al 40. La redoma encantada fue para ella la gallina de los huevos de oro, y en aquel año cómico presenté yo mis tres primeras comedias, según van marcadas en la nota correspondiente a este párrafo. Con la cooperación del infatigable Breton, de García Gutiérrez, Olona, y otros autores, el año fue un negocio, y a la temporada siguiente (la de 40 al 41) vino a tomar parte en él Julián Romea con Matilde y su compañía. Romea, Salas y Lombía tomaron ambos teatros, y habiendo yo comprometido mi palabra con Carlos Latorre de escribir para él la segunda parte del Rey D. Pedro, cuya primera había estrenado Luna, pero no habiendo querido Romea escriturar a Latorre, preferí no escribir para el teatro a faltar a la palabra empeñada a éste.

No duró mucho la unión de Julián con Lombía; y como por aquel tiempo transformara en teatro su circo Colmenares, que del de la plaza del Rey era propietario, Lombía, que había tomado el viejo coliseo de la Cruz patrocinado por el banquero Fagoaga, director del Banco, estrenó el del Circo en el verano con Carlos Latorre, mientras se hacía de nuevo el de la Cruz. La empresa

Colmenares, que era adinerada y emprendedora, hizo competencia a los dos teatros y a las dos compañías del Príncipe y de la Cruz, primero con grandes pantomimas y después con ópera y baile: del 42 al 43.

Lombía, que disponía de no escasos fondos y que era hombre de no cortos alcances, se volvió a unir con Romea contra el enemigo común; y conservando independientes sus dos compañías de verso, fueron coempresarios para dos nuevas de baile y de ópera, que alternaron en sus dos teatros. La Lema (que casó después con Ventura de la Vega), La Tossi (mujer luego de Lorenzo Milans) y la Villó ganaron allí con justicia la reputación de primeras cantantes; y Salas en Chiara di Rossemberg se hizo el primer caricato español; sosteniendo el baile la pareja Bartholomin, con su padre de director, Aranda de pintor, otra pareja italiana y un par de docenas de coristas aragonesas y valencianas, que se las tuvieron ten con ten a la Petit y a la Guy-Sthefan y a las andaluzas del circo.

II.

Del 43 al 44, Lombía solo, sin Romea, pero con Matilde, Guzman, Latorre, Sobrado, Pizarroso, Azcona, las Lamadrid y la Sampelayo, sostuvo la competencia contra las compañías del Circo con la mejor de verso que tal vez se ha reunido, y una de ópera de primo cartello (hasta el 45) con Moriani, Guasco y otros célebres cantantes. En estos dos años se pusieron en escena en la Cruz La lámpara maravillosa, fantástica y maravillosamente decorada por Aranda, El triunfo de la Cruz y La Encantadora, y en el Príncipe La Sílfide y Hernan-Cortés, varios dramas de Hartzenbusch y García Gutiérrez, el Don Alfonso el Casto y la Doña Mencía, el Alfonso Munio y El Príncipe de Viana, de Gertrudis Avellaneda, y muchas comedias de Breton, que dieron prez al arte escénico y dinero a la administración. El Circo, al fin, amparado por Narvaez, Salamanca y otros personajes de valía, se llevó la atención con la competencia de la Fuoco y la Guy, a quienes se presentaban gigantescos ramos de flores conducidos en brazos de servidores con librea, en azafates y jarrones de plata y porcelana de china, y hasta en un carro que apenas cabía por la calle del centro de las butacas.

Yo no sé lo que el arte ganó con aquel frenesí y aquellos delirios; pero el público se hartó de gritar por uno u otro partido, y de divertirse con las excéntricas locuras de ambos; y se vieron en la escena de los tres teatros las más costosas decoraciones, los más lujosos trajes, las más cortas y transparentes enaguas, y las bailarinas más correctamente empernadas y de más ricas formas de los cuatro reinos de Andalucía y de la antigua coronilla de Aragón.

Por fin perdimos nosotros los de la Cruz, que estuvimos a pique de ser crucificados. En Diciembre del 45 Lombía tuvo que prescindir de Carlos

Latorre, que se fue a Granada, y yo a mi casa a contentarme con saber que en Granada se aplaudía a Carlos; sin el cual abrió Lombía el teatro del Instituto, con Caltañazor, las hermanas Flores, la Pámias, la Carrasco, la Concha Ruiz, Lumbreras, etc. En esta temporada, y antes de abandonar la Cruz, se hicieron las zarzuelas El Sacristán de San Lorenzo, La Venganza de Alifonso y La pradera del Canal, parodias de la Lucia y la Lucrecia, escritas por Azcona, el más inteligente y entendido de nuestros actores de entonces, excepto Pedro Mate: cuadros de costumbres concienzudamente estudiados y con maravillosa exactitud copiados del natural.

En Junio del 46 fui yo a Francia, de donde regresé en Enero el 47, por el fallecimiento de mi madre: a mi vuelta hallé instalada en el Instituto la compañía andaluza de Calvo y Dardalla, donde estos dos actores representaban de una manera tan incomparable como encantadora Los celos del tío Macaco y La flor de la canela. Pepe Calvo, padre de Rafael, hacia un tío Macaco tan indescriptible y característico, un gitano tan picaresco y atruhanado, tan anguloso, descaderado y zancudo, que no le produjeron más espierrabao ni Triana en Sevilla, ni el Perchel en Málaga.

Del 48 al 49. El Ayuntamiento se encargó del teatro y se fundó el Español, con una compañía completa compuesta de Romea, Valero, Arjona, Matilde, Bárbara, Teodora y Osorio, etc. Catalina no aceptó su puesto en ella por razones personales, y Carceller con un asociado tomó para Catalina el viejo teatro de Variedades, con la Manuela Ramos, la Juana Samaniego, Juan Catalina, Cortés el buen gracioso, Manuel Giménez y otros. Al fin de temporada contrataron a Salas, Adela Latorre, al tenor González, etc., con quienes pasaron al teatro de los Basilios, mientras que Harpa, propietario de Variedades, remodelaba su sala y escenario, dejándolos como estaban aún el año pasado de 79.

Y aquí acaban mis recuerdos de los teatros que conocí antes de mi expatriación, y salvas algunas inexactitudes de fechas, y alguna confusión de ajuste de actores, esta es la historia de los teatros de Madrid desde el 40 al 49: tan ligeramente apuntada como lo permite el ligero espíritu de estos recuerdos a vuela pluma, y tan en confuso cuadro como se conservan amontonados en mi turbia memoria todos aquellos empresarios tan activos y batalladores, todos aquellos actores tan bien vestidos y todas aquellas bailarinas tan bien desnudas.

Pálidas, dispersas y móviles siluetas, recuerdos desperdigados de la memoria del muchacho, que aún bailan en sueños una diabólica danza Macabra por el ya frío, desierto y nebuloso campo de la imaginación del viejo poeta.

Y aquí abre mi memoria un oasis fresco, umbroso y apacible en el árido y enmarañado desierto de mis recuerdos; en él se levanta y por él corre, y su abrasada atmósfera templada y orea una brisa vital, salubre y perfumada que envía mi corazón amante a mi descarriada fantasía. ¿Por qué no he de sentarme a reposar un punto a la sombra de este oasis? ¿Por qué no he de aspirar esta brisa a la luz del único rayo de esperanza que ilumina la lóbrega y tempestuosa atmósfera de mis recuerdos, y el turbio y estéril arenal de mi inútil existencia? ¿Qué son estos mis Recuerdos del tiempo viejo más que las aspiraciones íntimas de mi alma, los suspiros de mi corazón y los latidos de mi conciencia? Surja, pues, de las aguas azules del pintoresco lago de la poesía el vapor puro de los suspiros del alma; revélese el hombre en la faz del poeta, y véase el corazón de aquel a través de las cuerdas de la lira de éste.

Por aquel tiempo vino a Madrid mi pobre madre, a quien yo no había visto y de quien nada había sabido desde aquella desventurada noche en que abandoné mi paterno hogar.

Dos figuras bellísimas, dos imágenes tan queridas como nunca olvidadas, resaltan en este cuadro de mis recuerdos: la de mi madre y la de Paco Luis de Vallejo, corregidor de Lerma en 1835, a quien dediqué mi D. Juan Tenorio en 1844. Volvamos un instante la vista al mes de Julio de 1835 para posarla después en el de 1844.

A la llegada a Madrid de la Reina María Cristina, era mi padre superintendente general de policía del reino: el duque de San Carlos y Arjona, que para traerle hasta tan importante puesto le habían hecho pasar por la Chancillería de Valladolid, la Audiencia de Sevilla y la Sala de Alcaldes de casa y corte, se le habían propuesto a Fernando VII como un partidario fiel de la causa realista, como un íntegro magistrado y un hombre de carácter enérgico, a propósito para limpiar a Madrid de los ladrones y vagos que pululaban en 1827 por las mal empedradas calles y peor alumbrados callejones de la villa y corte de entonces, de la cual dan tan exacta idea las Memorias de Mesonero Romanos. Al instalarse mi padre en la superintendencia, en la casa de la calle del Príncipe que hoy habita el duque de Santoña, tenía ya montada una policía, que acabó en cuarenta días con todos los ladrones, de la manera que tal vez diré en algún artículo posterior. Bástame, por hoy, indicar el principio tan bárbaro como exacto de que su justicia partía, y era este: «Los seres humanos, que faltos de educación moral y religiosa, y viviendo en guerra con la sociedad, creen que el robo es una profesión, y el asesinato necesario para cometer y encubrir el robo, no tienen más que un miedo: el de la muerte.» En consecuencia de cuyo principio, y conociendo el modo lento y embrollado con que la justicia ha solido caminar siempre en España, anunció que «los ladrones quedaban sujetos a una comisión militar, asesorada por un alcalde de casa y corte y un escribano del crimen;» instalóse la tal comisión; y ladrón

cogido, ladrón ahorcado. Bárbaro era tal vez el principio, pero necesario y eficaz fue el procedimiento; los únicos tres años que Madrid ha estado completamente libre de ladrones de profesión, fueron los de 28, 29 y 30. Otro día hablaremos de esto: no manchemos hoy con tan repugnantes memorias la purísima de mi madre y la alegre y caballeresca del apuesto garçon corregidor de Lerma, Paco Vallejo.

Mi padre fue el primer dignatario de la situación realista depuesto por la influencia liberal de la Reina Cristina: cayó como los vencidos que capitulan, y salió con armas y bagajes: las condiciones de su destitución no fueron más que la de salir de Madrid y sitios reales en el término de ocho días. Fue, pues, a refugiarse a un pueblecillo de la provincia de Burgos, en donde un hermano de mi madre era cabeza de una numerosa familia, y a cuyo otro hermano, capellán de aquel pueblo, había nombrado canónigo de la colegiata de Lerma el duque del Infantado, patrono de aquella iglesia y heredero del duque de Lerma, su fundador. El cólera del 34, que introdujo la muerte y la división en la familia, nos obligó a abandonar aquel pueblecillo tan pequeño, oculto y desconocido, que su nombre no se halla en los mapas; y mientras yo pasaba las temporadas del curso escolar en las Universidades de Toledo y Valladolid, mis padres Vivian en un tranquilo destierro en casa de mi tío el canónigo de Lerma. Allí fue de corregidor mi inolvidable Vallejo.

Su llegada fue un acontecimiento para el partido que iba a gobernar, y un justo motivo de sobresalto para mi padre; quien no habiendo aprobado el levantamiento carlista, en cuyo éxito no creía, había rechazado las sugerencias de los amigos y de los agentes del levantamiento, resuelto a no mezclarse en él por voluntad propia; pero hombre importante y conocido de la pasada situación, no podía menos de ser sospechoso al nuevo gobierno, y se dio tal vez por perdido al ver llegar a Lerma un corregidor modelado en un molde tan distinto del en que él había concebido que debían vaciarse los corregidores. Paco Vallejo era un mozo de veintisiete años, que vestía con elegancia, que marchaba con soltura, que fumaba ricos habanos que de Madrid le remitían, que bebía Jerez, y, ¡cosa inconcebible para mi padre! que se presentó a tomar posesión de su corregimiento con el uniforme de nacional de caballería de Madrid, con el chacó en la cabeza, el bastón en la derecha y el sable a la cintura. Paco Vallejo era uno de los calaveras de buen tono de aquella edad de calaveras, que volvieron del revés a España como un sastre la manga de una levita, a la cual hay que poner forros nuevos: un Don Juan de la clase media, que podía presentarse y bravear en el salón más aristocrático: un abogado joven lleno de audacia y de talento, tan agudo de ingenio como seductor de modales, a quien era preciso tener un par de años en un corregimiento para hacerle llegar a una toga en la audiencia de la Habana: y a quien mi padre y yo tuvimos la fortuna de que nos enviara a Lerma D. Claudio Anton de Luzuriaga.

Cuando Vallejo llegó a Lerma, acababa yo de volver, concluido el curso de la Universidad de Valladolid. Dimos uno con otro, él bajando y yo subiendo la calle Mayor; llamé yo su atención por mi traje y porte más cortesano del de la gente del país: encaróse conmigo, plantémele yo delante cediéndole la derecha, pero sin bajar mis ojos a su investigadora mirada, y preguntóme:— ¿Quién es V., caballero, que no tiene trazas de ser de esta tierra?

Decliné yo mi nombre y el de mi padre, y esperé, sombrero en mano, a que tomara mi filiación en unos instantes de silencio y bajo el poder de una escrutadora mirada, ante la cual no creí conveniente bajar la mía.

—Está bien—me dijo, concluido su examen—tendré mucho gusto en conocer al padre de tal hijo. ¿Dónde le ha educado a V. su señor padre?

—En el Real Seminario de nobles de Madrid—respondí.

—¡Hola! ¿es V. discípulo de los jesuitas?

—Sí, señor; pero no les hago mucho honor, porque he sido siempre muy desaplicado.

—No habrá sido en la cátedra de la lengua castellana.

—Ni en la de otras.

—¿Conoce V. muchas lenguas extranjeras?

—Tengo rudimentos de tres y rompo en ellas la conversación.

—Espero tener ocasión de hablar con V. en alguna; tal vez en las tres.

—Estoy a la disposición de usía.

—Y mi corregimiento a la de su señor padre: hagáselo V. presente de mi parte.

Siguió su camino el corregidor, y apreté yo el paso hacia mi casa para advertir a mi padre de que creía que acababa de cometer una torpeza, que podía muy bien habernos puesto en mal con el miliciano corregidor.

Frunció mi padre el entrecejo escuchando mi narración, pero no desplegó sus labios, y antes de anochecer fue a visitar a Vallejo, dejando a mi madre y a su hermano el canónigo en angustiosa incertidumbre; era para ellos evidente que yo había traído a mi padre la orden de presentarse inmediatamente ante aquella extraña autoridad.

Al volver mi padre de su visita, respondió a la interrogadora mirada de mi madre con estas palabras:—«Es un hombre atentísimo y no temo doblez en él; pero no puedo comprender sus intenciones.

Yo no puedo visitar a V.; me ha dicho al despedirme; pero envíeme V. a su

hijo: no sé comer solo, soy algo hablador y me ha parecido que su hijo de V. no tiene pelos en la lengua.—¡Dios ponga tiento en ella! exclamó mi padre volviéndose a mí. Mañana irás al alojamiento de ese botarate, y seréis dos: si te invita a comer, acepta; pero no bebas. Habla poco, si puedes, y escucha bien lo que te diga, porque probablemente te lo dirá para que me lo repitas.»

Maldita la gracia que me hizo la posición en que el nuevo corregidor me colocaba entre él y mi padre: pero después de una noche no muy tranquila para ninguno de los tres que componíamos la familia, a las cuatro en punto de la tarde pasaba yo un poco receloso los umbrales de la casa en que se alojaba D. Francisco Luis de Vallejo, a quien desde aquella tarde consagré un cariño fraternal y un agradecimiento que no se extinguirá sino con la vida.

Llegué hasta el aposento del corregidor sin tropezar con portero ni alguacil, pues habían ya pasado las horas del despacho; y como, aunque no las llevaba todas conmigo, no quería yo que miedo ni empacho en mí conociera, di resueltamente dos golpes en la puerta con los nudillos, y al «adelante» con que desde dentro me autorizaban a penetrar en aquel sancta sanctorum de la justicia lermña, me presenté con tanta resolución aparente como desconfianza real ante la primera autoridad del partido. Leía Vallejo, tendido en un sillón de cuero, un libro encuadernado en vetusto y amarillento pergamino; los pies tenía con botas y espuelas puestos en dos sillas y el codo izquierdo en la esquina de una mesa de pies salomónicos, que sobre su tablero sustentaban por el momento, y en vez de legajos de papel sellado, un gran plato de nueces frescas, muy pulcramente peladas, y un pichel de aquella agradable bebida compuesta de limonada y vino que se llamaba sangría en aquel tiempo viejo, y con la cual templaba el corregidor el ardiente efecto del oleoso fruto del nogal. Soltó el libro y levantóse para recibirme; e hízolo con tan atractivos modales y con tan afectuosas palabras, que al cabo de media hora, uno en frente de otro, dábamos cuenta de la última nuez y de la gota postrera de sangría, en medio de la más alegre conversación de estudiantes y de la más franca y espontánea amistad de muchachos.

Esta rápida e inconcebible unión de dos tan distintos individuos, la había operado en pocos minutos el libro que Vallejo leía: las coplas del marqués de Santillana y de Jorge Manrique, manuscritas y encuadernadas en la edición gótica de Sevilla de las trescientas de Juan de Mena.

Si en lugar de escribir estos recuerdos en las columnas de un periódico los escribiese en las páginas de un libro, llenarían algunas los pormenores de esta escena. Paco Vallejo era originalísimo en sus opiniones, excéntrico en sus ideas, y tan picante como ameno en su conversación. Venía de la corte impregnado en el espíritu de todos los gérmenes políticos, económicos, artísticos y literarios de la revolución.

Era un índice vivo de cuantos libros y periódicos iban publicados en aquella primera, modesta y recelosa libertad de imprenta; sabía de memoria las principales escenas del Edipo, de Martínez de la Rosa; del Macías, de Larra; de la Marcela, de Breton, y los chistes, de Ventura, y los Cantos de Espronceda, que acababa Ochoa de publicar en El Artista, y podía decir al dedillo la historia de todas las cantantes, desde la Albini, la Cesari y la Lorenzani, y de todas las bailarinas, desde la Sichero y la Volet; recítome veinte canciones italianas, para mí desconocidas, y encantóme con la de Zanotti, que lleva por estribillo aquel famoso ¡oh giuramenti predda de' venti! Recítele yo mi Dueña de la negra toca y mi Canto de Elvira, con los versos a una Catalina, la moza más garrida que por entonces vivía en Lerma; pidióme y díle noticias y narréle lo que de las muchachas de la comarca se susurraba; díjome y díjele, contéle y contóme tantos versos tan ingeniosos como subidos de color, y tantas historias tan gratas de recordar como imposibles de repetir; y cuando la dueña de la casa se decidió a avisarnos que la sopa estaba en la mesa, así nos acordábamos, como por los cerros de Ubeda, ni él de que era corregidor, ni yo de que era el hijo de mi padre.

Aquellas tan frescas como excitantes nueces nos habían hecho acabar con el pichel de sangría; y aunque el vinillo agrio de Lerma, según decía mi tío el canónigo, no era bueno más que para echar lavativas a galgos, nos había abierto tanto el apetito como alegrado el corazón y calentado la cabeza— borrando los diez años de diferencia que entre mis diez y siete y los veintisiete del corregidor mediaban. Comimos como dos condiscípulos que a hallarse juntos volvieran tras diez años de separación, y éramos a los postres tan amigos y tan iguales como si de veras condiscípulos hubiéramos sido desde la escuela de primeras letras. Y así llegamos a las nueve de la noche, y oí yo con asombro, y casi con espanto, las campanas de la Colegiata, que tocaban a las Animas: era la primera vez que tal hora me cogía fuera de la casa de mi padre, era la en que se rezaba el rosario en ella, y era yo el encargado de guiarle.

Conoció Vallejo que algo me angustiaba; preguntóme qué, y revelésele yo: entonces, tomando una de las dos luces que habían alumbrado nuestro festín, y volviendo a llevarme al aposento en donde le hallé, escribió una carta de media página a mi padre; llamó al alguacil de renda y le mandó que a mi casa me acompañara; dióme por despedida lo escrito cerrado en un sobre, y díjome al oído: «di a tu padre que quemese ese papel en cuanto le lea, y que no deje de enviar a su hijo de cuando en cuando a comer con el corregidor.»

Entré yo en mi casa con los carrillos muy encendidos y los ojos muy alegres: aguardábame ya impaciente mi familia, y recibíome mi padre con el ceño un poco fruncido y en un silencio muy poco a propósito para infundirme ánimo; pero yo, sin decir palabra ni darle tiempo de pronunciar una, púsele en las manos la carta de Vallejo, con lo cual obligándole a fijar su atención en la

misiva, logré que la apartara del portador.

Leyó mi padre y quedóse un punto suspenso, contemplando lo escrito como si no lo comprendiera; y aprovechando la posición en que, inclinado hacia adelante, tenía la carta y la cabeza cerca de la luz, díjele al oído como Vallejo me lo había dicho: «Que queme V. ese papel en cuanto le lea.»

Quitó mi padre sus ojos del papel para fijarlos en los míos, y preguntóme: «¿Te lo ha leído él a ti?»

No, contesté con la firmeza de quien decía verdad; y en silencio mi padre quemó el papel, quedando de él no más que el pico, por el cual entre su pulgar y su índice lo tuvo mientras ardió. Tiró después del cordón de la campanilla y mandó que sirvieran la cena: «Tú habrás comido muy tarde, me dijo: nosotros hemos rezado ya el rosario, y tendrás ganas de acostarte: toma tu luz, y te dejaremos en tu cuarto;» y mientras todos bajaban al comedor, que estaba en el entresuelo, me dijo mi padre al dejarme en mi dormitorio, que tenía su puerta en el arranque de la escalera:

«Mañana irás a decir a Vallejo lo que me has visto hacer con su carta y le darás las gracias,» y añadiendo entre dientes y como quien habla consigo mismo: «¡si tuviera la cabeza tan sana como el corazón..!» me cerró la puerta y me acosté tan satisfecho de haber salido tan bien librado como curioso de saber lo que decía aquella carta, que tan bien me había escudado del justo mal humor de mi padre.

Vallejo tenía suficiente juicio para no fiar al chico lo que corriera riesgo de su insensata locuacidad: el corregidor fue con el padre un caballero de la tabla redonda y un muchacho desatentado con el hijo futuro autor del Tenorio, y único ser con quien el noble calavera madrileño, a quien debía aquel drama ser dedicado, podía tener afinidad en aquel país.

El corregidor liberal, el apuesto y caballeroso garzón, arriesgó su favor y su empleo por amparar al magistrado en desgracia y fue el primero que auguró al hijo un porvenir tan brillante como inútil para uno y otro.

Ocho años después, supe por mi madre que la carta de Vallejo, que de su parte llevé yo a mi padre, decía: «Traigo orden de vigilar a V. y de no dejarle respirar, pero puede V. dormir tranquilo mientras yo sea corregidor de Lerma; y cuando tenga V. que emprender algún viaje, avísemelo V. con tiempo para que pueda usted partir sin despedirse de mí, mientras esté yo de expedición por mi ínsula Barataria; pero no deje usted de enviarme al chico; que tendrá siempre tan buen lugar en mi mesa, como creo que le tiene en el porvenir que abre en España a las letras la revolución que se desarrolla.»

¡Oh, bueno y leal Paco Vallejo! Pocos meses después tenías que consolar a mi pobre madre y desvanecer las sospechas del receloso y severo juez, que tal

vez creyeron por un momento que podías tener parte con tus consejos en el crimen con que el hijo se abrió las puertas del porvenir famoso que tú le habías predicho, y que sólo valió al padre, a la madre y al hijo pesadumbres y desengaños.

Mi madre, harta de vivir escondida en un pueblucho de una sierra, en donde nieva desde Noviembre hasta Febrero, y en el cual, incomunicada y sin noticias del mundo, había vivido cinco años sin saber lo que en el mundo pasaba, vino por fin a llamar a las puertas de la casa del hijo ingrato, cuyo amor filial creía extinguido por la vanidad de unos triunfos que no la habían producido más que ruido y coronas de papel dorado. Un viejo eclesiástico, que la había servido de protector, se presentó al hijo con la desconfianza de un católico que tuviera necesidad del amparo de un hereje; que era, y es aun lo que se cree en algunos pueblos de Castilla de los que usamos perilla y bigote; pero no bien el anciano sacerdote comenzó a tantear los sentimientos del hijo, cuando éste se echó en sus brazos deshecho en lágrimas, clamando ansioso por abrazar a su infeliz madre; trajímosla a nuestra casa, y una nueva luz, una nueva vida y una nueva inspiración entraron en ella. Había yo vivido poquísimos tiempos con mi madre; a los ocho años me había metido mi padre en un colegio de Sevilla; a los diez me puso en el de nobles de Madrid, y sólo dos veranos, durante las vacaciones del 34 y 35, habíamos vivido bajo el mismo techo, pero entre el miedo y los pesares del destierro y en la escasez de expansiva confianza de los que se conocen mal y no se aprecian bien; resultado inevitable de la educación fuera de la familia: se pierde uno para ésta tanto cuanto se gana para la sociedad; yo me gané para el mundo y me perdí para mi familia, no nos tratamos y no nos conocimos. Vino, pues, mi madre a mi casa, y yo no sabía ser su hijo; la trataba como a hija mía. Yo la mimaba, yo la peinaba, yo la dormía; sentía que no fuese una niña de tres años, para poderla tener todo el día sobre mis rodillas y velarla de noche el sueño, colocada en mis brazos su cabeza. A la luz de sus ojos, al calor de su cariño, al influjo de su presencia, produjo yo en tres meses los tres tomos de mis Cantos del Trovador; y un libro del P. Nierenberg, en que ella leía, me sugirió la idea de mi Margarita la tornera; y en aquel D. Juan que tan mal estudia en la Universidad,

Sintiéndose el alma seca

de hablar de legislación

y con la mala intención

de quemar la biblioteca,

y que vuelve por fin despechado y pobre a aquella casita solitaria, hay algo de mi historia y de la de mi casa; y en aquel altar enflorado, y en aquella despedida de la monjita en el altar arrinconado del claustro, y en aquella

narración rebosando fe sincera, inspiración juvenil, frescura de selva virgen, y aroma de rosas de Mayo y poesía nacional y cristiana, está encerrado el espíritu religioso de mi devota madre; está derramada a manos llenas la esencia del amor filial, la poesía del corazón amante del hijo que escribió aquellos versos ante la sonrisa de la madre adorada... y por eso es Margarita la tornera la única producción que me ha conquistado el derecho de llamarme poeta legendario, y creo que el poeta que la escribió no merece ser olvidado en su patria; y cuando veo que la fama eleva en sus alas a otros poetas contemporáneos, no tengo envidia de sus merecidos triunfos ni de las justas alabanzas de sus modernas obras, y me digo a mí mismo calladito, sin orgullo, modestamente, pero con conciencia de mí mismo: «yo también soy poeta; yo también he escrito mi Margarita la tornera.»

Pero, ¿qué diablos importan todos estos recuerdos íntimos y personales a los lectores de El Imparcial? Mi pobre madre, que tenía mucho miedo a mi padre, se fue de mi casa... y murió sin que yo la volviera a ver; mi Margarita la tornera, inspirada por la presencia de mi madre, es el sudario en que puedo envolver mi memoria póstuma para que se conserve más tiempo sobre la tierra; puede servirme de confesión a la hora de mi muerte, si la Providencia me hace morir inconfeso, ¡y quién sabe si podrá abonarme ante el tribunal de Dios, cuando mi alma sea por Él llamada a juicio!

Paco Vallejo volvió de la Habana, y yo le dediqué mi D. Juan Tenorio, para que su nombre viviera con el mío unos cuantos días más después de nuestra muerte; que es lo menos que en nombre mío y de mi padre debo a la memoria del amigo leal y del caballeroso amparador.

Volvamos ahora al teatro, para el cual había dejado de escribir de los de Madrid en ausencia de Carlos Latorre; y veamos cómo y por qué fue mi Traidor, inconfeso y mártir, el único drama que yo escribí para Julián Romea, y el único que estoy satisfecho de haber escrito.

XX.

DE CÓMO SE ESCRIBIÓ Y SE REPRESENTÓ

Traidor, inconfeso y mártir.

Siete años de asiduo trabajo habían atraído sobre mí la atención del público; llevaba ya escritas veinte obras dramáticas, más o menos aplaudidas, pero ninguna rechazada, y tres o cuatro que eran ya de repertorio en todos los teatros de España; ocho tomos de versos, que habían merecido el honor de la reimpresión, y los tres de los Cantos del Trovador, publicados por Ignacio

Boix, habían hecho mi nombre popular, y mi exhibición continua como lector en los salones del palacio de Villahermosa, donde se instaló primero y resucitó después el Liceo, habían puesto en evidencia mi exigua personalidad.

Pero a pesar de que del teatro y del Liceo habían salido todos mis compañeros a diputados, gobernadores, ministros plenipotenciarios, y los más modestos a bibliotecarios, cuando menos, yo me había quedado poeta a secas, esquivo a la sociedad, extraño a la política y sin influencia con los gobiernos.

El último año de la brillante y efímera existencia del Liceo, su Junta directiva, agradecida, según dijo, a lo que con mi constante trabajo había contribuido al lucimiento de sus sesiones y a los disgustos que me habían ocasionado sus juegos florales, en los que yo había sido juez, presidente, y yo no recuerdo que más, acordó que se diese una función en obsequio mío, y se representó por los socios mi Cada cual con su razón, y se me colocó en preferente sitio en un gran sillón, en el cual se notaba más mi pequeñez, y se me ofrecieron una magnífica corona y un rico álbum, cuya primera hoja había escrito y firmado S. M. la Reina doña Isabel II; y cargado de papeles y de flores, y ensordecido por los aplausos, me volví a mi piso tercero de la plazuela de Matute, agradecido y contento, pero no desvanecido por el humo aromado y embriagador de la gloria mundana, y volví al día siguiente a ser el poeta del día anterior, y a vivir al día con el producto de mis leyendas. ¿Por qué?

¿Había algo en mi vida por lo cual se me mostraran esquivos los gobiernos y la sociedad de aquel tiempo viejo? No: yo era quien, esquivo a la sociedad y a los gobernantes, me encastillé en mi hogar doméstico a vivir con los legendarios personajes de mi fantástica poesía: yo era el poeta del tiempo viejo; y fiado solamente en el pueblo, y esperando mi recompensa de un solo hombre, desdeñé todo lo que de aquel hombre no viniera; y la fortuna loca llamó mil veces a las puertas de mi casa; y yo la cerré mis puertas y mis ventanas, dejándola pasar como si no la oyese y derramar sobre otros las venturas que para mí destinadas traía. Ya hablaremos tal vez más de esto en el último capítulo de estos RECUERDOS.

El exceso del trabajo, la profunda y perpetua inquietud que me roía el corazón, y las malas aguas que el municipio hacía beber por aquellos tiempos a los habitantes de Madrid, me procuraban todos los veranos una debilidad de estómago y una inflamación de las vísceras abdominales, que el bueno del Dr. Codornú, médico del regente Espartero, quería curarme a fuerza de sanguijuelas, cáusticos y demás excesos de la ciencia, que está hace siglos empeñada en atacar al enfermo para librarle de la enfermedad. Entre la mía y mi médico el Dr. Codornú, que me quería como a sus propios hijos, me tenían en cama hacía ya cuarenta días, al fin de los cuales vino una noche a verme Julián Romea. En ocasión de los juegos florales del Liceo, y en otra que a

nadie importa, le había yo probado mi amistad, y no podía Julián dudar de ella. Pero era una extraña amistad la mía con Julián: no iba jamás a su teatro del Príncipe más que para aplaudirle a él y a su mujer; pero jamás subía a su cuarto ni al de Matilde, ni había nunca escrito un verso para ellos. Carlos Latorre andaba por las provincias, y yo escribía libros, pero no comedias. Y el teatro de Julián había encadenado a la fortuna en su vestíbulo, y la fama hacia resonar perpetuamente su bocina desde el balcón del saloncillo en el cual tenía Romea su corte y su cuarto de vestir, y todos los poetas iban a quemar incienso en aquella sucursal del Parnaso y en aquel peristilo del templo de la gloria.

Yo he sido siempre tenaz en mis opiniones, porque siempre son éstas hijas legítimas de mis convicciones, y las mías y las de Julián estaban en completa contradicción en el teatro. Que yo era su amigo, no podía dudarlo un hombre por quien no había vacilado en arriesgar mi reputación y mi pellejo; que admiraba al actor no podía tampoco dudarlo el que por mí se veía constantemente aplaudido; pero ni el amigo ni el actor venían al poeta más que en la ocasión extrema; y Julián vino a verme in extremis, porque después de cuarenta días de cama, un poeta tan débil y tan chiquito como yo, debía de hallarse casi in artículo mortis. Hallóme efectivamente Julián reducido a lo que de mí habían dejado las sanguijuelas de Codorníu envuelto en los trapos de sus cataplasmas; pero con el ojo siempre avizor y el espíritu vivo dentro de la frágil carne—es decir, de la piel y los huesos, porque mi escasa carne se la habían ya comido las sanguijuelas y la calentura.—Abrazóme Romea y enteróse cariñosamente de mi situación; distrajo la melancólica influencia de la enfermedad y del aislamiento con el relato de la crónica no muy edificativa de bastidores; ponderóme la boga de su amigo el Dr. Larios, quien según él, hacia maravillas, y dejándome alegre y esperanzado, se despidió hasta el día siguiente. A las once de la mañana de este volvió con el Dr. Larios, quien me desenterró de entre la infinidad de trapos en que Codorníu me tenía sepultado; metiéronme entre él y Julián en un baño, y a los dos días, limpio y renovado, me llevaron en un coche al Pardo; donde con el cambio de aguas y de temperatura, las emanaciones salubres del arbolado y la proximidad del otoño, retoñó en mí la salud y la fuerza; y un día me dijo Romea, trayendo a la realidad mi pasado y mi porvenir: «¿Por qué no me escribes un drama? Matilde y yo lo haríamos con el alma.»—«Pensaré en ello, le respondí; y si en estos días de convalecencia doy con un argumento a propósito para ti, te lo consultaré y haré lo que sepa. Pero...

—Pero ¿qué?—me preguntó receloso Julián.

—Nada—repuse;—ya hablaremos.—No me atreví a darle más explicaciones sobre aquel «pero» que se me había escapado.

Convalecí y cazé, y me repuse, y volví a Madrid. Mi editor Delgado había

ya muerto: Boix, sin ideas ni rumbo fijo en el comercio de libros, no me había hecho trato alguno en que poder fiar, y Julián había dado a mi mujer, prohibiéndola que me lo dijera, seis mil reales que habían subvenido a los gastos de mi enfermedad. Era forzoso trabajar: el editor Gullon se me había ofrecido en lugar del difunto Delgado, y no podía rehusar a Romea una obra que él y un nuevo editor me pedían a un tiempo. Pensé en un argumento, en el cual sin salirme de mi terrorífico romanticismo, pudiera colocar un personaje característico adecuado a la escuela exclusiva y al género personal de representación de Romea; y habiéndome procurado Salustiano Olózaga la causa original de El pastelero de Madrigal, amasé, amoldé y emprendí mi Traidor, inconfeso y mártir. Tenía yo desde que era estudiante un inmenso cariño a este personaje tradicional, y siempre había pensado hacer de él una leyenda; pero el Ni Rey ni Roque de Escosara había puesto una insuperable valla ante mi pensamiento. Al ocurrírseme hacer del Rey Don Sebastián y del pastelero de Madrigal uno sólo, concebí que aquel personaje legendario podía transformarse en otro altamente dramático y profundamente misterioso.

Estudí su historia y su tradición, dormí y soñé con la acción y sus personajes, y cuando la vi clara en mi imaginación comencé a tenderla sobre el papel: y aquella es mi única obra dramática pensada, coordinada y hecha, según las reglas del arte: sus dos primeros actos están confeccionados maestramente, y tengo para mí que por ellos tengo derecho a que mi nombre figure entre los de los dramáticos de mi siglo.

Mientras yo viva no faltará quien me alabe; pero tampoco quien acuse mejor los defectos y la incompletez de sus obras. Váyase lo uno por lo otro; y sea dicho en paz de los que no reconocen en las suyas los defectos de que carecen las mías.

En cuanto tuve escritos mis dos primeros actos, los copié y los cosí, seguro de no tener que variar nada en ellos para concluir el drama: llamé a Julián y se los leí; escuchómelos atentamente, asombróle su forma, enamoróse del carácter del protagonista, que para él destinaba; explíquéle cómo pensaba desarrollar el tercer acto, y prometíselo concluido para la semana siguiente. Entreguéle los dos primeros para que mandara sacar los papeles, y díjome al partir, llevándoselos en el bolsillo:

—Creo, Pepe, que es lo mejor que has hecho.

—Yo también lo creo—le respondí—pero...

—Pero ¿qué?

—Nada, nada—le dije—sin atreverme todavía a revelarle mi pensamiento. Miróme un momento sin comprenderme, llevóse los dos actos, desconfiando por el «pero» de que yo concluyera la obra, y yo la emprendí con el tercer

acto, del cual no levanté mano hasta darle fin. Volví a llamarle, y tornó Julián a mi despacho; leíle la conclusión, pagóse mucho de su papel, y paguéme yo no poco de que fuera tan de su gusto mi trabajo: entreguésele grandemente satisfecho de lo escrito, y dispusóse él a llevárselo con gran contentamiento y muy lisonjeras esperanzas; pero... detúvele yo, concluyendo nuestra entrevista con este diálogo:

Yo.—¿Vas convencido de que he hecho en conciencia todo lo que he podido?

Julián.—Completamente; y puedes tú quedarlo de que en la representación haremos cuanto podamos: y si de mi empeño sólo dependiera el éxito...

Yo.—Perdona que te ataje; pero el éxito de este drama no será grande.

Julián.—¿Por qué?

Yo.—Porque tú y yo, como actor y poeta, no somos el uno para el otro. No te amostaces. ¿Crees, o no, que yo soy tu amigo?

Julián.—Aunque no tuviera más pruebas de tu amistad que esta obra que ya está en mi poder, no podría racionalmente dudarle.

Yo.—Pues bien, por ser tan tu amigo, te debo la verdad. Creo que no has de salir airoso del papel de Don Sebastián.

Romea era orgulloso y tenía en su talento disculpa suficiente para serlo: al oír estas palabras, aun de su mejor amigo, frunció el entrecejo y encapotó con él su mirada.—Escucha,—seguí yo diciéndole, sin darme por entendido de su gesto ni de su cambiado color—escucha: tú crees que la verdad de la naturaleza cabe seca, real y desnuda en el campo del arte, más claro, en la escena: yo creo que en la escena no cabe más que la verdad artística. Desde el momento en que hay que convenir en que la luz de la batería es la del sol; en que la decoración es el palacio o la prisión del rey Don Sebastián; en que el jubón, el traje y hasta la camisa del actor son los del personaje que representa, no puede haber en medio de todas estas verdades convencionales del arte y dentro del vestido de la creación poética, un hombre real, una verdad positiva de la naturaleza, sino otra verdad convencional y artística; un personaje dramático, detrás y dentro del cual desaparezca la fisonomía, el nombre, el recuerdo, la personalidad, en fin, del actor.

— ¿Y qué?—me dijo desabrida y desdeñosamente Julián.

—Que tú eres el actor inimitable de la verdad de la naturaleza: que tú has creado la comedia de levita, que se ha dado en llamar de costumbres: que puedes presentarte, y te presentas a veces en escena, conforme te apeas del caballo de vuelta del Prado, sin más que quitarte el polvo y sin polvos ni colorete en el rostro: pero en estas escenas copiadas de nuestra vida de hoy,

dialogadas por personajes que son a veces copias de personas conocidas, que entre nosotros andan, que con nosotros viven y hablan, tú que con ellos vives y que eres de ellos conocido, no estorbas y no pareces intruso. Tú eres Julián Romea y puedes serlo en la comedia actual: pero el drama es un cuadro, es un paisaje, cuyas veladuras, que son el tiempo y la distancia, se entonan de una manera ideal y poética, en cuyo campo jura y se tira a los ojos la verdad de la naturaleza, la realidad de una personalidad: yo necesito un personaje para el papel de mi rey D. Sebastián.

—Y le tendrás, Pepe, le tendrás:—exclamó Julián.—¡Qué diablos de autores! A vosotros os toca escribir y a nosotros representar.

—Eso, eso quiero; que representes, no que te presentes.

—¡Pepe, Pepe! Suum cuique. Porque tú alucinas a tus oyentes cuando lees tus versos, y porque yo mismo te he dado a leer los míos en el Liceo, para que me los luzcas, no creas que sabes mejor que yo lo que es la escena, sobre la cual estoy desde que me despuntó la barba.

—Y estás en ella con derechos de rey: porque eres uno de los de nuestra escena: pero...

—Déjate de peros, y fíate en mí—y partió Julián con el fin de mi drama en la mano: y se ensayó con cuidado, y los actores se encariñaron con sus papeles, y a los pocos días, a las ocho de la noche de un viernes, para el beneficio de la incomparable Matilde, se alzó el telón sobre la primera escena de mi Traidor, inconfeso y mártir.

Ni la crítica hostil de eruditos apasionados, ni la mordacidad atrevida de medianías envidiosas, me han negado que esta obra me da derecho a tenerme por autor dramático, y el tiempo y la opinión pública han sancionado esta pretenciosa vanidad mía. La exposición de este drama está confeccionada con todas las reglas del arte, y la presentación del protagonista preparada con intencionada habilidad. El papel de Aurora estaba confiado a Matilde; yo, seguro de que Julián iba a dejar pálida la figura del rey D. Sebastián, de que no iba a pasar de Espinosa el pastelero, de que iba a seguir su fatal sistema de presentar en el drama la verdad de la naturaleza en lugar de la del arte, y de que iba, en fin, a representar un rey D. Sebastián de levita; y como encariñado y casi fanatizado yo con mi personaje fantástico, había, prescindiendo a sabiendas de la verdad de la historia por la poesía de la tradición, hecho del pastelero de Madrigal y del rey portugués una sola personalidad poética, necesitaba que la exuberancia del arte diese relieve a las medias tintas de la verdad de la naturaleza, que la luz de la poesía esclareciera y relevara la sombra que la maciza figura de la verdad iba a proyectar en el paisaje fantástico de la ficción: y pensé en Matilde, la actriz más poética, sentimental y apasionada que hemos conocido en nuestro moderno teatro Español.

Yo tenía, y espero que se haya comprendido por lo que llevo dicho, mi razón de no escribir para Julián; pero debía satisfacción a Matilde por no haber escrito para ella, que era la gloria, el sostén y la fortuna del teatro del Príncipe y de los autores que para él escribían. Matilde era la gracia, el sentimiento y la poesía personificadas sobre la escena; su voz de contralto, un poco parda, no vibraba con el sonido agudo, seco y metálico del tiple estridente, ni con el cortante y forzado sfogatto del soprano, sino con el suave, duradero y pastoso son de la cuerda estirada que vuelve a su natural tensión, exhalando la nota natural de la armonía en su vibración encerrada. El arco del violín de Paganini, al pasar por sus cuerdas para dar el tono a la orquesta, despertaba la atención del auditorio con un atractivo magnético que parecía que hacía estremecer y ondular las llamas de las candilejas: y la voz de Matilde tenía esta afinidad con el violín de Paganini: al romper a hablar se apoderaba de la atención del público, hería las fibras del corazón al mismo tiempo que el aparato auditivo, y el público era esclavo de su voz, y la seguía por y hasta donde ella quería llevarle, con una pureza de pronunciación que hacía percibir cada sílaba con valor propio, y la diferencia entre la c y la z, y la doble s final y primera de dos palabras unidas que en s concluyeran y empezaran. Matilde no se había dejado seducir ni contaminar con el exagerado y revolucionario lirismo de la lectura y recitación salmodiada, que Espronceda y yo dimos a nuestros versos, no; Matilde recitaba sencilla, clara y naturalmente, saliendo de su boca los períodos y estrofas como esculpidas en láminas invisibles de sonoro cristal, y los versos y las palabras como perlas arrojadas en un plato de oro.

Matilde hizo y dijo la escena XI del acto primero con la flexibilidad, el primor de pormenores y el raudal de gracia y de sentimiento de que apenas habrán podido dar idea a mis lectores mis antecedentes frases; y al retirarse acompañada de un aplauso general, dejó completa la exposición, prevenido al público en favor de la obra y enflorada con una guirnalda de poesía la puerta del fondo, por la cual iba a presentarse el misterioso protagonista.

Por ella salió a escena Julián, perfectamente vestido, pintado y con su papel concienzudamente estudiado: pero salió Julián; presentó y no representó su personaje. Si yo hubiera podido evocar y resucitar al verdadero juez Santillana, hubiérase vuelto a apoderar de aquel verdadero Espinosa, confundiéndole con el que él hizo ahorcar; pero para el público tenía algo de la sombra; le faltaba voz, movimiento, fisonomía, relieve, poesía. Julián hizo sus escenas del primer acto con el capitán y con el alcalde con una exactitud, con un aplomo, con una verdad intachables para los palcos de proscenio y las dos primeras filas de butacas: la sala no pudo apreciar su perfecto trabajo escénico; y al caer el telón, no se oyeron más que algunas palmadas sin consecuencia. Quedó en el público el recuerdo de Matilde y la curiosidad que había excitado la exposición.

En el segundo acto, un nuevo actor vino en refuerzo de Matilde: Barroso. Era éste un mozo sevillano, de los que vinieron a inocular en la corte la savia andaluza de los Pachechos, los Saavedras y los Pérez Hernández con Bermúdez de Castro, Tassara, Sartorius y otros buenos ingenios, cuyos hechos y escritos contribuyeron honrosamente al progreso literario y político de aquella época. Antonio Barroso era poeta; pero habiéndose presentado en el teatro privado del Liceo con Ventura, Marrací, el marqués de Palomares y demás socios de la sección de declamación, concluyó por consagrar al teatro su talento nada vulgar, a consecuencia de los aplausos allí obtenidos y de la buena acogida que de Romea obtuvo. A Barroso había yo, pues, confiado el ingrato y difícil papel del Alcalde Santillana; tan ganoso yo al dársele de probarle mi amistad y la estima en que le tenía, como él de abordar, estudiar y probarse en un carácter que podía colocarle en muy buen punto de partida para su carrera dramática, y muy alto en la consideración del público si acertaba a desempeñarle con éxito. Era Barroso un mancebo de buena estatura, cenceño y nervioso, de cabeza pequeña y rubia, pero de aguileño perfil y límpidos ojos y correctamente colocada sobre los hombros.

Suelto de modales, como hombre bien educado, de buena memoria y comprensión perspicaz como sevillano y confiado en el porvenir por esa esperanza inconsciente que hace atrevido a todo talento meridional, Barroso estudió, preparó y vistió su papel con tal esmero, que se identificó con el personaje que representaba. Con su toga y su golilla, sus vuelillos de encaje y su junco con cabos de plata, encuadró tan poéticamente su figura severa y su carácter odioso en contraposición del sencillo y virginal del de la Matilde, que desde su primera escena resaltó como sombra negra é infernal de aquella blanca y celeste aparición, entre cuyas dos figuras iba a pasar desde la hostería al patíbulo aquel otro vago, misterioso y casi indeciso fantasma del perpetuamente acusado y jamás reconocido soberano pastelero de Madrigal.

Barroso en la escena VI secundó y sirvió de apoyo a Julián con la atención perpetua de su maestra ejecución; desarrolló tan a tiempo y alternativamente su doble carácter de juez y de reo con el marqués de Tavira y con Espinosa, que preparada magistralmente la escena XI endecasílabo, pudo desplegar en ella Matilde toda la ternura de su corazón, toda la poesía de su amor recóndito, y toda la grandeza de su incondicional abnegación; en un juego escénico tan infantil como apasionado, con un acento de castísima ingenuidad, con una declamación tan impregnada de sentimiento y unas inflexiones de voz tan melódicas, tan suaves y tan variadas, que encantó, enterneció, fascinó y exaltó al público, arrancándome a mí las lágrimas: a mí, poeta entusiasta y satisfecho, que escuchaba por primera vez mis versos de su boca, como si estuviera oyendo arrullar a una paloma enamorada de un ruiseñor. El arte de Matilde reverberó con tal intensidad, rebotó tan profusamente sobre la verdad de Romea, que envuelta y arrebatada en la poesía de Aurora, concluyó la escena

en universal aplauso.

En el acto tercero, Barroso tomó creces tan imprevistas ante la seguridad de su éxito y la esperanza de su porvenir, que comenzó desde la primera a dominar la escena con su atención nunca distraída, su figura siempre en cuadro, su exactitud en las entradas, su creciente juego escénico según sus pasiones; la superstición, el miedo y la ira se iban desarrollando y apoderándose de su espíritu. La escena sétima entre Aurora y Santillana no tiene descripción; el recuerdo de una ribera donde yo cogía

yerbezuelas y conchas, del rugiente
mar que sus ondas sin cesar mecía,
de un monasterio triste y solitario
fundado al pie de un monte, y vagamente
la memoria de un templo, con su coro
enverjado, sus techos con pinturas,
su altar lleno de flores, su sagrario
iluminado con mecheros de oro;
el recuerdo también, porque la daban
miedo aquellas inmóviles figuras
de mármol que tendidas reposaban
encima de sus anchas sepulturas,

es preciso habérsele visto y oído hacer y decir a Matilde; la creciente angustia del juez ante el tremendo esclarecedor relato de la ingenua y enamorada doncella... es preciso habérsela visto representar a Barroso en la noche del estreno; pero la escena novena volvió, no a enfriar, pero sí a descolorar la representación.

Lo misterioso de la historia, lo terrorífico de la situación, la calma heroica del rey mártir, la indecisa concentración de las pasiones del juez, la inconsciencia de la realidad de la hija y de la amante, dieron por un momento a la verdad el dominio sobre la poesía y partió en silencio al patíbulo el incógnito é innominado protagonista. Quedó el teatro y el público en el silencio de la expectación, y yo, en la duda del éxito y más convencido que nunca de que la verdad de la naturaleza no es la verdad del arte. Esta volvió a surgir en la escena al recobrar Aurora sus sentidos. Matilde, con la mirada extraviada, los movimientos inciertos, la voz perdida aún en la cavidad de la garganta, sin que el aliento pudiera aún extraerla de los pulmones, preguntó:

¿Qué sucede? ¡ay de mí! los pensamientos

no acierto a combinar en mi cabeza.

¿Y Gabriel?

y empezó a buscar a Gabriel y a sentir por la ventana el rumor de la plaza, y vio y escuchó, pero no concibió lo que oía ni lo que miraba, pero se lo hizo comprender al espectador y le estremeció. ¡Allí va! ¿A dónde se le llevan sin ella? ¿qué palos son aquellos? ¿qué le ponen al cuello? ¡es una soga! Una nube sangrienta la ofusca la mente. ¡Un sacerdote! y comprendiendo de repente, grita vuelta a Santillana:

pero vos, ¡miserable! que sois hombre,
gritad conmigo...

y el juez vencido invoca el nombre del rey; pero el grito, el aullido, el estertor, todo junto, que constituyó la exclamación de Matilde ¡ay! ¡es ya tarde! no son para escritos.

Lo más a tiempo, lo mejor, que ha hecho y ha dicho Florencio en su vida es el decir a Santillana:

Tomad: sepamos la verdad postrera,

y obligarle a tomar y abrir el relicario que encerraba el secreto del rey Don Sebastián.

Lo mejor que hizo Matilde en Traidor, inconfeso y mártir, fue el final. Al reconocer el retrato de su madre y al rechazar a su padre... estuvo sublime de dolor y de ira:

¡Tu hija!—¡Esto tan sólo me faltaba!

Tú, para que su muerte te perdone,
me llamas hija tuya... mas te engañas,
nada hay en mí que tu maldad abone,
para ti solo hay odio en mis entrañas.

Aquí acababa el drama: el mal gusto del tiempo me arrastró a prolongar con veintiséis versos más tan repugnante escena: sólo Matilde pudo hacerla pasar.

El telón cayó en un momento de silencio, que se cambió en un espontáneo y general aplauso. El autor y los actores fuimos llamados al proscenio: Julián sonreía, Matilde no podía respirar, Barroso estaba convulso como si fuese a sufrir un ataque de nervios... de mí no sé lo que era... Pero ¿gustó el drama?

Sus siguientes representaciones dieron el mismo resultado cada noche: Romea le retiró a los pocos días del cartel, y no se volvió a hacer más en el teatro del Príncipe.

Andando el tiempo, Catalina, separándose de Julián, formó compañía y ajustó a Matilde; y habiéndose llevado con ella la mayor parte del repertorio de Julián, Catalina hizo su presentación con mi Traidor, inconfeso y mártir. ¡Qué éxito el del pastelero! Mi drama se hizo en todas las provincias, y en todas las Américas, y aún es hoy de repertorio en todos los teatros, menos en los de Madrid; y he visto actores muy medianos y sin pretensiones y hasta de teatros caseros que siempre se han hecho aplaudir en el papel del rey D. Sebastián.

Yo estoy muy pagado de ser autor de esta obra mía, y Matilde la ha dado a conocer en todos los países en que se habla la lengua castellana, gracias a Catalina.

¡Bendita Matilde! Desde la noche de su estreno data el cariño fraternal y la gratitud, que la tengo y la tendré siempre.

Post scriptum.—¡Pobre Barroso! Víctima de la medicación a grandes dosis, murió de repente una tarde en el teatro, saturado de yodo y otras drogas de este jaez. En un ensayo exhaló repentinamente un profundísimo gemido: dio luego un gran grito y dijo: «¡me muero!» y una repentina parálisis comenzó a apoderarse de su cuerpo, comenzando por los pies. No hubo tiempo más que para conducirle a la habitación y cama del portero, donde recibió la Extrema-Unción, y espiró contando cómo se moría: ya se me ha muerto el brazo derecho, exclamaba: ya se me muere el corazón... lo último que pareció vivo en él fueron los ojos, cuyos párpados no quisieron cerrarse. Desde la representación del Traidor inconfeso y mártir, dejé de escribir para el teatro.

XXI.

Aquí debían tener fin estos Recuerdos míos. Lo que va a seguir, no debería tal vez ser publicado hasta después de mi muerte; pertenece, más que a mis Recuerdos del tiempo viejo, a mis memorias póstumas: es exclusiva y personalmente mía, es historia íntima de mi corazón: va acaso a ser enojoso para mis lectores de El Imparcial, y no va seguramente a interesar más que a dos docenas de viejos como yo, que a aquellos tiempos hayan como yo sobrevivido: y no va por fin a despertar en ellos más que un sentimiento ficticio, efímero, artístico, si se me permite esta calificación, como el que nos inspira la acción de un drama sentimental mientras a la representación

asistimos. Lo que va a seguir es una página de la leyenda de mi alma: soy yo en ella el protagonista; ¡y soy yo tan poca cosa para hablar tanto de mí mismo!

Una razón me abona sin embargo: hace cuarenta y tres años que se habla de mí en España: quiénes me celebran y quiénes me critican; algunos me calumnian, muchos me envidian y pocos saben lo que de mí dicen, y pocos dejan de juzgarme sin pasión, porque ya nadie me conoce a través de tanto como se ha supuesto y se ha dicho del vagabundo autor de D. Juan Tenorio.

Los meridionales, y más que ningunos los españoles (y más entre estos los andaluces), tenemos la cualidad y la pretensión de ser narradores y narradores chistosos: no podemos repetir una historia, un cuento, un sucedido, un dato cualquiera, sin añadirle algo de nuestra cosecha; así que, al salir de la boca del quinto narrador, ya no conoce la historia o el suceso narrado, ni el que la inventó ni al que le sucedió; y como cada cual sostiene las añadiduras y variaciones por él intercaladas en el relato, é impugna o contradice las de los demás, todo copo de nieve llega a ser una bola, todo grano de arena un monte, toda historia una novela y todo cuento una mentira; por lo cual, no creo yo nunca nada del mal que se dice, ni de lo malo que se cree de las mujeres ni de los hombres notables: al contrario, comienzo siempre a simpatizar con toda mujer de quien se habla mal y con todo hombre conocido a quien se critica; porque estoy convencido de que tanto más de bueno deben de tener, cuanto más de malo les aplica y atribuye la maledicencia.

De la mujer especialmente tengo yo mis ideas particulares.

Hay sobre la mujer mil pareceres;
allá va el mío aunque parezca raro:
yo amé toda mi vida a las mujeres;
entendámonos bien y hablemos claro:
más que por torpe germen de placeres
me es el amor de las mujeres caro,
porque ellas son, por más que digan otros,
muchísimo mejores que nosotros.

Se ha hecho moda hablar de ellas con desprecio;

yo de hablar de ellas bien tengo manía;
al que habla de ellas mal tengo por necio,
falto de corazón y cortesía.

No objeto para mí de menosprecio

son, sino manantial de poesía:
no obró conmigo mal jamás ninguna,
y debo más de un bien a más de una.
Desde la virgen que en los claustros ora
hasta la vil, impúdica ramera
que, enfangada en el vicio, a cada hora
á sí se infama y a su raza entera,
toda mujer que deshonrada llora,
toda la que en dolor se desespera,
de su duelo o su infamia, no os asombre,
la ocasión o el origen es un hombre.

Y apuntada de paso esta opinión mía con respecto a las mujeres, sigo adelante con las que respecto a mí mismo voy aduciendo: y no creo que voy muy descarriado al creerme con derecho a decir algo de mí mismo, después de haber oído y tolerado sin chistar por espacio de cuarenta y tres años, cuanto amigos y enemigos, chismosos y desocupados y vulgo, en fin, que nunca sabe donde tocan las campanas que oye, han dicho y escrito de mí; de mí, pobre insensato que nunca supe contentar a nadie, ni acerté con nadie a quedar bien, y a quien Dios acordó lo único bueno que de nada en España sirve: la modestia de reconocerse y la humildad de no aspirar a nada; no creyéndome para nada con aptitud, por haberme pasado la juventud concentrado en mí mismo, aspirando sólo a conseguir un ideal que sólo dentro de mí mismo albergaba mi esperanza, y en la soledad de mi alma únicamente crecía, como una palma estéril sin compañera, condenada a secarse sin fruto en el desierto de mi inútil existencia.

Voy, pues, a alargar con unos capítulos más estos Recuerdos, y a decir de mí mismo y de mi casa lo que yo sólo sé; porque por mucho que de mí sepan, por observación y por inducción, los curiosos, los críticos, los murmuradores y los entremetidos, sólo los necios podrán disputarme el derecho de saber mejor que yo lo que por muchos años he guardado entre pecho y espalda, y la idea que mi pensamiento en palabras jamás ha formulado.

Pero vayamos ya adelante con mi historia, echando a un lado digresiones y zarandajas.

Era jefe político de Madrid el Sr. D. Antonio Benavides, y secretario Pepe Rojas, pariente mío por parte de mi primera mujer. Hacía ya muchos meses que mi infeliz madre habitaba en casa de una vieja prima de mi padre, viuda,

bien acomodada, que había vivido largos años en una ciudad de Francia, que por entonces vivía sola en Madrid, porque se había extrañado de la única hija que de su único matrimonio había tenido, porque aquella hija había contraído uno de esos que se llaman de amor con un hombre tan honrado y laborioso como falto de bienes de fortuna. Aquella tía segunda mía, que había hecho cierto papel en el tiempo de Fernando VII, y la vida del gran mundo en la buena sociedad de su tiempo, no había perdonado jamás a su hija, que vivía en Toledo en donde yo la conocí, tan honrada como pobre y tan contenta con su mala suerte cuanto serlo la permitía el largo abandono y el tenaz olvido de su madre orgullosa o descorazonada.

Parece que en mi familia los cabezas de ella han mantenido el principio de la autoridad paterna en toda la rigidez absoluta del derecho romano, y no han sabido nunca transigir con el tiempo, ni contemporizar con las circunstancias, ni perdonar la desobediencia, ni otorgar olvido al extravío juvenil, ni tener en cuenta la fuerza de la pasión, ni la ceguedad del error de sus hijos. Mi prima de Toledo tenía una hija preciosa a quien había bautizado con el poético nombre de Esperanza: la chica era a los catorce años una preciosa criatura, cifra expresiva de la esperanza de su pobre madre; pero su abuela no albergó nunca bajo su techo a su tan hermosa como inocente nieta... é ignoro lo que de ésta y de sus padres ha sido después del fallecimiento de mi tía. Con ella vivía mi madre en provincia, cuando mi pariente Pepe Rojas me envió con un guardia civil una carta anunciándome que el Excmo. Sr. Benavides, su jefe, deseaba que me avistara con él en su gabinete, de nueve a diez de la noche, para un asunto que me concernía.

Alarmó a la gente de mi casa aquella cita con puntas de orden; pero como nunca me había yo mezclado en la política, acudí sin inquietud al gabinete del jefe político, que era por otra parte lo más político y bien educado del mundo, muy deferente como muy ilustrado con la gente de letras, y especialmente benévolo conmigo.

La cuestión era tan sencilla y prevista en su fondo como inesperada y extraña en su forma; mi padre, después de seis años de emigración, en vista de que casi todos los de su partido, acogiéndose a las amnistías, habían regresado a sus patrios hogares, y de que S. M. la Reina D.^a Isabel II reinaba tranquilamente en España, reconocida por todas las potencias de Europa, se convenció de que su constante y leal adhesión a la causa del Pretendiente no le serviría más que para morir inútilmente, sin provecho suyo ni ajeno, en tierra extranjera, y se decidió a enviar al Gobierno una representación solicitando el permiso de volver a España.

Pero esta representación se dirigía a S. M. la Reina, empezando con estas palabras: «Señora: puesto que V. M. reina ya de hecho, D. José Zorrilla Caballero, alcalde de casa y corte, consejero, etc., etc.,» lo cual parecía

significar que el que aquella representación firmaba no reconocía Reina de derecho a D.^a Isabel. El jefe político, por encargo del Consejo de ministros, me llamaba para que yo dijese si era la firma de mi padre la de aquel documento: y ante mi afirmativa respuesta, no dijo más aquella grave autoridad que estas palabras: «En ese caso...» y encogiéndose de hombros, dobló el papel en que me mostró la firma.

Después de una breve conferencia, en la cual la discreción del Sr. Benavides correspondió con la reserva que a mí me convenía guardar en aquel caso por respeto a mi padre, me despidió con muy corteses palabras, y yo me apresuré a ir a tranquilizar a mi mujer; en España no las tiene nadie consigo cuando tiene que habérselas con la autoridad.

Yo fui quien no pude tranquilizarme ni conciliar el sueño en toda la noche. La forma en que venía la representación de mi padre había levantado en mi corazón una tempestad de inquietudes, en mi imaginación un volcán de preocupaciones y una tupida niebla de dudas en el campo de mi esperanza. Tenía yo entonces fe en muchas cosas en que hoy ya no creo, y quedábame aún un amigo en cuyos consejos esperar podía, en cuyo amparo debía fiar y en cuyos brazos podía esconder mi cabeza para derramar mis lágrimas. Era este el docto e ilustre prelado D. Manuel Joaquin de Tarancon, recientemente preconizado obispo de Córdoba, y que moraba entonces en la corte y en la calle de la Unión por ser senador del reino. El Sr. Tarancon, condiscípulo de mi padre, a quien éste tenía en muy alta estima y que a mí me profesaba un cariño paternal, había sido mi catedrático y mi confesor.

Había gozado con los éxitos de mis obras, como si verdaderamente mi padre hubiera sido; me había ilustrado con sus consejos, me había corregido con sus observaciones, y tenía una sincera satisfacción de haber llegado a ver poeta celebrado al estudiantuelo de quien había cuidado en la universidad, y al chiquitín a quien había visto romper a hablar en los brazos de su madre, en la intimidad y al calor del hogar paterno. Aún tengo en mis pupilas la imagen venerable de aquel sabio, tan hombre de mundo como poco mundano, revestido de su morado hábito episcopal, con su pectoral y su anillo de esmeraldas, que me contemplaba con los ojos arrasados en lágrimas, pasando por mis abundosos cabellos sus aristocráticas manos, y derramando con sus santas palabras la luz de la esperanza sobre las tenebrosas dudas de mi alma. ¡Dios tenga la suya en la mansión eterna de las de los justos!

Entre mis recuerdos del tiempo viejo su memoria es el más precioso, y su figura es la más augusta e imponente que esculpida en la mía conservan mi gratitud y mi veneración.

Por él supe pocos días más tarde que el Gobierno había enviado a mi padre autorización para volver al suelo patrio, reconociéndole antes sus títulos y

jerarquía, considerando sus años de emigración como pasados al servicio de la Reina, y señalándole veinte mil y pico de reales de jubilación que le correspondían por su categoría en la alta magistratura. Debía todo esto mi padre, no sólo a la influencia de mi reputación literaria, sino a la eficaz protección con que le ayudaba un conocido personaje, que aún vive y conserva su influencia en los negocios políticos de nuestro país; pero a quien yo nunca he tratado, de quien no sé si se ha ocupado jamás de mí, ni si ha leído una letra mía, ni si personalmente me conoce. Un día me dijo Tarancon: «Prepara en tu casa un aposento para tu padre, que vendrá la semana próxima.»

Mi mujer se ocupó con miedo y alegría del mueblaje y decoración del alojamiento de aquel tan esperado y temido huésped, y anduve yo ocho días casi insomne y ayuno por su venida; y anduvo mi mujer inquieta y avizorada, como si la llegada de mi padre debiera ser la aparición de la sombra de Bancuo en el drama de Shakespeare.

Diez días después recibí un billete en que me decía el obispo Tarancon: «Mañana llega tu padre; pero no vayas tú a esperarle ni a recibirle; debe de ver y hablar a otra persona antes que a ti; yo le tendré un día en mi casa y te le llevaré a la tuya.» Y todo se hizo como Tarancon lo dispuso; y él llevó a mi padre a su casa, y estuvo y habló en ella con él a solas veinticuatro horas; al cabo de las cuales entró con el venerable prelado el ex-superintendente general de policía del Rey D. Fernando VII, en casa de su hijo, el autor de Don Juan Tenorio.

Mi padre era el último eslabón entero de la rota cadena de la época realista, la cifra viviente, el recuerdo personificado del formulista absolutismo, el buen estudiante ergotista de las Universidades de sotana y manteo, el doctor en ambos derechos por el claustro de la de Valladolid; convencido desde su niñez de que sólo el estudio del derecho, la teología y los cánones podía producir hombres, y de que sólo la toga y la golilla podían darles representación, dignidad y posición social. Yo era el primero y débil eslabón de la nueva época literaria, el atropellador desafortunado de la tradición y de las reglas clásicas, el fuego fatuo, leve e inquieto, personificación de la escuela del romanticismo revolucionario: mi padre, cansado pero no rendido, iba a perderse en la sombra de lo pasado, y yo sin medir la inmensidad desconocida en que iba a arrojarme, fiaba en mis nacientes alas para cruzar el espacio luminoso del porvenir. El padre y el hijo, el último y el primer eslabón de los dos pedazos de la rota cadena, se enlazaron en un abrazo, se fundieron al fuego del natural cariño, y brillaron por un momento unidos y soldados, esmerilados y limpios por las lágrimas ardientes que vertían por sus ojos sus corazones prensados y exprimidos por un placer inexplicable.

Yo no he tenido hermanos: mi padre me separó de sí a los nueve años para meterme en un colegio, y habíamos vivido juntos muy poco tiempo: él no

había modificado su cariño ni sus derechos paternales en la gradación del trato de su hijo niño, adolescente, mancebo y al fin hombre; me encontraba niño como cuando de nueve años me separó de sí; y viejo robusto y de elevada estatura, me levantó en sus brazos como si todavía no hubiera pasado de aquellos nueve años a que su cariño y sus recuerdos paternales se remontaban. Al volver a dejarme en el suelo, dijo mi padre contemplándome, no sé aún con qué sentimiento:—«¡Qué chiquitín te has quedado!»—El obispo Tarancon, que enjugaba sus lágrimas sin rebozo, le dijo:—«Chiquitín es; pero se ha colocado a tal luz que ya te cobija con su sombra.»—No sé lo que pensó mi padre, que no respondió a la halagüeña alusión del prelado. Mi mujer le mostró y condujo a su habitación: el buen obispo de Córdoba nos dejó en ella muy satisfecho, y quedólo no poco mi padre de hallar en mi casa la paz doméstica, y el tranquilo bienestar de la medianía a quien nada falta ni nada sobra. Halló en su cuarto muchas coronas, cuyas fechas y dedicatorias leyó con mucha atención, y sin atreverse en largo espacio a volverse a mí, para no dejarme ver la emoción que le causaban aquellos emblemas poéticos de la efímera gloria de su hijo. Así comenzó la breve temporada de la vida de familia que con nosotros hizo. Comimos, salió él en carruaje a sus visitas y volvió a las diez y media de la noche. A las once anunció su necesidad de recogerse: le ayudé a desnudarse, le acosté... y no me da vergüenza consignarlo: cuando le tuve acostado, me senté en su cama, le di mil besos, le hice mil cariños, le dije mil niñerías; le traté como habría tratado a mi pobre madre, acariciándole y mimándole como cuando yo tenía seis años. Rióse él y enternecióse, y díjome en fin despidiéndome:—«Eres un chiquillo y no tienes formalidad.» Le arreglé la ropa, le coloqué la pantalla en la lamparilla, y dándole las buenas noches con el último beso... le dejé solo con sus pensamientos.

No habíamos hablado de nada: nada nos habíamos dicho: ni una palabra del pasado, ni una alusión al porvenir, ni una observación sobre lo presente. ¿Qué pensaba de mí mi padre? Que me había quedado chiquito y que no tenía formalidad: esto era lo único que su lengua había dicho, pero su corazón había también hablado por la emoción y las lágrimas deladoras de sus sentimientos de padre: su corazón había respondido al llamamiento del mío, y el hijo estaba ya seguro de que tenía padre. Pero ¿quién iba a dominar mañana en su ánimo, el corazón o la cabeza? ¿Quién se iba a revelar definitivamente, el padre o el magistrado? Yo dormí mal, y esta cuestión me tuvo insomne e inquieto toda la noche.

A la mañana siguiente, después del desayuno, entabló a solas conmigo el diálogo, sobre palabra más o menos, de esta manera.

—Necesito algo de algún ministro; ¿cómo estás tú con este Gobierno?

—Yo estoy bien con todos.

—Tengo una pretensión en el negociado de Instrucción pública.

—El director es D. Antonio Gil y Zárate y el ministro Nicomedes Pastor Díaz.

—Según el prólogo que puso a tu primer libro, si no le has hecho alguna botaratada, debe de ser muy tu amigo.

—Es como si fuera mi hermano mayor: tan indulgente y tan cariñoso, que si hubiera cometido la torpeza o tenido la desgracia de jugarle alguna mala pasada, no se hubiera dado por entendido de ella o me la hubiera perdonado. Donoso Cortés, D. Joaquín Francisco Pacheco y Pastor Díaz me han servido de padres en ausencia de V.

—Buenos amigos tienes, si sabes conservarlos. ¿Cuándo podré ver a Pastor Díaz?

—Hoy mismo, a la una, en el ministerio. No será la primera vez que hable V. con él.

— ¿Te ha dicho?...

—Todo: que le debe a V. tal vez la vida.

—Es posible: su situación era difícilísima. Venia yo de comisario regio con la expedición carlista que entró en Segovia. Creíamos encontrarte allí con él.

—Yo esparcí la voz de que me encerraba en el alcázar, pero me volví a Madrid.

—Te hubiéramos visto con gusto.

—Yo no le hubiera tenido en ir a Oñate a hacer versos a Carlos V y a San Luis Gonzaga. No hubieran tenido el éxito de los que he escrito en Madrid.

—Es verdad: Nicomedes se vio obligado a esconderse en un horno; yo lo supe y me alojé en la casa en que estaba. En un momento en que soldados revoltosos podían haber dado con él y cometer cualquier tropelía, me senté yo a la boca del horno y entablé con él conversación a través de la tapa que le cerraba y que él sostenía por dentro. Le dije quién era y le pregunté por ti. Cuando tocaron bota-silla, no abandoné aquella casa hasta que las tropas comenzaron a salir de la población, y le dije el camino que íbamos a tomar para que echara por el opuesto.

—Así me lo ha contado él.

—Me holgaré de conocerle, porque no pudimos vernos entonces.

—Pues hoy se verán Vds.

Salí yo a la imprenta de Boix, donde tenía en prensa una leyenda, salió mi

padre a hacer ciertas compras, y a la una nos presentamos en el edificio de la calle de Torija, donde estaban por entonces las oficinas del ministerio de Fomento.

A mi presentación abrió el portero la mampara del despacho de Nicomedes, y anunciándome, me abrió paso. Hallábase allí accidentalmente Patricio de la Escosara, que acababa de ser nombrado jefe político de Madrid; soltó al verme el bastón y el sombrero que en la mano tenía, y pasándome el brazo por la cintura, me hizo dar una vuelta de él suspendido: no tuve yo más que el tiempo necesario para decirle al oído: «mi padre», ni él necesitó más para volverme a dejar en pie, y dirigiéndose a aquel que tras mí había entrado, le dijo, tendiéndole la mano: «A nuevos tiempos nuevas costumbres, Sr. Zorrilla: hoy son así recibidos los poetas, y donde quiera que vaya V. con su hijo verá lo mismo.»

—Ya veo—respondió mi padre—que mi hijo es el más afortunado tarambana de Madrid.

Presentéles yo unos a otros, mi padre a Nicomedes y Escosara a mi padre: recordó éste al de aquel don Jerónimo de la Escosara, director de la fábrica de tabacos en su tiempo; y unos con otros corteses, y unos con otros cumplidos, despidióse Patricio y quedamos mi padre y yo a solas con Pastor Díaz.

Hablaron en secreto mi padre y él: pidió éste a poco su carruaje y partió con mi padre, previniéndome que si me cansaba de esperar me fuera a mis quehaceres, que él se encargaba de mi padre; y yo, después de aguardar largo tiempo su vuelta en el despacho de Gil y Zárate, volví a mi casa, donde el carruaje de Pastor Díaz había conducido a mi padre.

—¿Qué tal?—le dije.—¿Ha quedado V. contento de Nicomedes?

—Jamás fue pretendiente mejor servido que yo. Dentro de cuatro días puedo irme a cuidar de la hacienda de Torquemada, con todos mis negocios despachados en Madrid.

—¿Tan pronto piensa V. dejarnos?

—No es Madrid ya para mí. Sus casas son muy estrechas: tenemos casi un palacio allá: hay además que recepar y acodar las viñas, que abonar las tierras y reponer las huertas, de todo lo cual no te has ocupado tú.

—Yo al abandonar a V. renuncié a todos mis derechos: ¿por qué no me envió V. orden y poderes legales?

—Olózaga te los ofreció, y levantar el secuestro.

—Pero yo se lo hice a V. avisar: ¿por qué no determinó V.?

—Eres hijo único y heredero forzoso: todo el mundo te hubiera dado la

razón.

—Yo no he contado con nadie en el mundo más que con V.: todo lo que he hecho, por V. ha sido y no he pensado más que en V. Si yo me he hecho aplaudir y me he hecho querer, no ha sido más que para esperar y preparar su vuelta de V.; no he tenido más ambición que la de volver a los brazos y al cariño de mi padre, y morir con él en la tranquilidad del hogar paterno.

—Has sido un tonto. Con la fama que has adquirido, con los amigos que tienes, hoy debías de ser cuando menos subsecretario de Pastor Díaz.

—Usted era carlista y optó por la emigración: no creí decoro del hijo no ser nada en el gobierno que no había aceptado el padre; he rechazado todo cuanto se me ha ofrecido: todos los literatos están empleados menos yo: hoy puede V. haber visto que no es por falta de favor.

—Por eso te he dicho que eras un tonto.

—Pero si yo he hecho milagros por V... Me he hecho aplaudir por la milicia nacional en dramas absolutistas como los del rey Don Pedro y Don Sancho: he hecho leer y comprar mis poesías religiosas a la generación que degolló los frailes, vendió su conventos, y quitó las campanas de las iglesias: he dado un impulso casi reaccionario a la poesía de mi tiempo; no he cantado más que la tradición y el pasado: no he escrito una sola letra al progreso ni a los adelantos de la revolución, no hay en mis libros ni una sola aspiración al porvenir. Yo me he hecho así famoso, yo, hijo de la revolución, arrastrado por mi carácter hacia el progreso, porque no he tenido más ambición, más objeto, más gloria que parecer hijo de mi padre y probar el respeto en que le tengo...

—¡Bah, bah! Quijotadas.

—¡Ay, padre! Cuando perdamos los españoles lo que tenemos de Quijotes, ¿en qué vendremos a parar?

—Lope de Vega y Calderón eran teólogos antes de poetas: Melendez Valdés fue como yo oidor de la Chancillería: todavía es tiempo; eres muy joven: métete un año a estudiar, y con cuatro o cinco mil reales y los amigos que tienes, puedes doctorarte en Toledo; y siendo jurisconsulto puedes serlo todo. Yo me voy para Torquemada: allí debe de ir tu madre, y no quiero que se encuentre sola sin mí entre aquellos pardillos, maestros de gramática parda.

Una nube negra que pasó por mi cerebro entristeció mi alma, envolviendo en lágrimas mi pasado y en tinieblas mi porvenir.

Aquella noche me fui a casa de Tarancon y le dije: «he perdido todo lo hecho: mi padre, el único por quien todo lo hice, es el único que en nada lo estima.»

Tarancon lo comprendió todo: me abrazó y sobre su morada túnica

episcopal dejé correr las lágrimas más amargas que han abrasado mis párpados. Tarancon no era hombre de intentar consolar con palabras banales una pesadumbre que no podía tener momentáneo consuelo.

—Yo me arreglaré con tu padre—me dijo después de largo silencio.—Tú emprende alguna obra de importancia que necesite estudios, atención y tiempo. Teníamos convenido en escribir juntos un libro de la Virgen; esto halagaría mucho a tu padre y enloquecería a tu madre de alegría; pero yo no tengo ya tiempo para meterme en tal trabajo. Me has hablado de Granada. Emprende tu poema morisco y empieza por ir a localizarte en la ciudad de Boabdil. Si no tienes dinero, cuenta con mi bolsillo; no está muy lleno, pero entrarás a la par con los pobres de mi diócesis. Deja a tu padre irse a Torquemada, y... ¡á Granada tú! Fía en Dios y cuenta conmigo.

Y mi padre se fue a Castilla, y yo empecé a pensar en Granada. Pero, ¿qué importa todo esto a los lectores de El Imparcial? Todas estas memorias íntimas figurarían tal vez muy bien en las mías póstumas: vivo yo aún, pueden ser tachadas de pretenciosa e insoportable vanidad: pero ya he tirado del primer hilo y voy a deshacer todo el ovillo.

XXII.

Burdeos es una gran ciudad, magnífica, sólida, monumental, con grandes puentes, bien arbolados paseos, soberbios templos; amplios mercados y suntuosos teatros; asiento del primer arzobispado de Francia, es, como si dijéramos, el Toledo de allende los Pirineos; cuajado de Seminarios y de colegios, semillero de toda clase de plantas clericales más o menos parásitas, más o menos productivas. Por el tiempo de que voy hablando hacían un principal papel en fiestas y procesiones los hermanos de la doctrina y los ignorantins, en uno de cuyos establecimientos hacia dos o tres años que se había ventilado el ruidoso proceso del Frère Liotard, con el cual ya no me acuerdo lo que pasó.

Como yo no era hombre de política ni de administración, ni de ciencia, no me ocupé de más en Burdeos que de sus templos, como cristiano, y de sus teatros, como poeta. Encontraba poquísima gente por las calles, no mucha por los paseos y casi ninguna en el teatro, al cual sostenían solamente los transeúntes, los forasteros, y, sobre todo, los españoles, puesto que había muchos allí emigrados o allí establecidos, y todos los que de España iban a veranear a París se detenían por costumbre en la capital de la Gironda. Hallábame yo en Burdeos a todo mi gusto: era la primera vez que podía yo separar mi personalidad de mi malhadada reputación y andar libre como

cualquier ciudadano pacífico, metiéndome por todas partes a fisgarlo todo, sin llamar la atención ni ser responsable de nada.

Así vi yo a Burdeos, así recogí varios asuntos de leyendas que no sé si llegaré a escribir, y así averigüé la razón de las perpetuas quiebras del teatro por falta de público.

Los bordeleses han tenido siempre (y con justicia) la pretensión de que su ciudad es la primera de Francia, el pequeño París, y han aspirado a ser tenidos por sprits-forts, libres pensadores y espadachines; y con respecto a esta última cualidad, tiene una justa reputación y un riquísimo legendario la escuela de armas de Burdeos; pero las bordolesas son, por lo general, devotas. El clero francés sabe que las dos palancas con que se mueve el mundo son las mujeres y el dinero, y por entonces los confesores no absolvían a las confesadas cuyos maridos leían El Constitucional y los periódicos liberales, tronando siempre contra la inmoralidad del teatro. Donde no van las mujeres no vamos los hombres; no iban las bordolesas al teatro, con que a pesar de la subvención de que goza siempre el grande de Burdeos, sus empresas se arruinaban a mitad de temporada todos los años.

Además, el gran teatro de aquella ciudad tiene lo que los franceses llaman guignon y nosotros mala sombra. Allí se rompió por entonces una pierna Mademoiselle Angelin, una bailarina rubia de diez y siete años, que era ya una estrella luminosa en el cielo del arte de Terpsícore. Allí tuvo Borelly que matar a puñaladas en presencia del público a su tigre real de Bengala, porque éste tenía ya entre sus dientes la pantorrilla izquierda del domador: quien al levantarse lanzando un caño de sangre de una arteria rota, tuvo tiempo, antes de perder el sentido, de decir a los espectadores a modo de satisfacción: «Señores, ya había gustado mi sangre, y o él o yo.»

Esto en el teatro. En los templos las fiestas son tan suntuosas como concurridas: pero a los católicos españoles se nos hacen al principio muy difíciles de aceptar aquella forma mundana y teatral y aquellos accidentes mercantiles con que los actos sublimes de nuestra religión se verifican. Yo escribí mis primeras impresiones de Burdeos en una larga epístola a un condiscípulo mío, cura carlista, de la cual recuerdo las siguientes líneas, versos tan malos como verdades de a puño:

En Francia hay religión, y fe y conventos,
seminarios, colegios, catedrales,
y todos los cristianos elementos
de nuestra santa fe fundamentales:
pero todo está hecho a la francesa,

todo sujeto a reglas comerciales;
aquí todo se tasa, mide y pesa,
aquí todo se hace por empresa:
la gente para orar no se arrodilla
mas que con una pierna en una silla;
no se atiende al altar ni al sacerdote;
las mujeres se plantan por delante
con mucho faralá, mucho volante,
abultado postizo y largo escote;
y los hombres detrás, misa durante,
se distraen en mirarlas el cogote;
y como nadie en equilibrio posa,
y es perpetuo el rumor y el desacato
y la desatención y el movimiento,
es el pensar en Dios difícil cosa,
mientras pasa una vieja con un plato
pidiendo en alta voz sin miramiento
los cuartos que la rinde cada silla
en que apoya un cristiano su rodilla.
Atraviesa después el presbiterio
con balandrán, sobre-pelliz y estola,
y sus pasos al púlpito dirige
un pulcro capellán, de quien muy serio
un monago gentil lleva la cola.
Hace su adoración, su texto elige,
comenta el evangelio de aquel día,
y siempre encuentra medio en su homilía
de echar un par de pullas al gobierno,
que el infierno
está abierto ante el siglo refractario,

que Enrique quinto al fin subirá al trono,
que hay peregrinación a tal Santuario
que se sale a tal hora y de tal parte,
que lleva cada pueblo su estandarte,
que el precio es un doblón por peregrino,
incluso todo gasto del camino
y además un bonito escapulario;
pero que en el doblón no entra el rosario,
porque estos los fabrica por empresa,
de encina negra y de eucaliptus blanco,
una judía asociación inglesa
que los da a todos precios desde un franco.
Todo lo cual se anuncia aquí en la iglesia
como puede anunciarse un electuario
o sus botes azules de magnesia
míster Bóllon en Londres boticario.
Ilustrados ya pues sus feligreses
de lo que en sus negocios les importa
y a sus espirituales intereses,
con un responso en homilía corta
el cura; y ya pro domo, a lo que creo,
dá volviendo a apretar el quibus quibus
la vieja con su plato otro paseo.
Larga el buen cura un benedico vobis,
hace la cruz, se cala el solideo
y respondiendo el pueblo ora pro nobis
se acaba la función y Läus Deo....
con qué como ver puedes por la muestra,
la religión de Francia no es la nuestra.
Dios es el mismo, porque Dios es uno;

mas de adorarle el modo
ligero asaz y asaz inoportuno,
es en Francia francés como lo es todo;
y a un español asombran si no irritan
la irreverencia con que a Dios se trata,
y el ver cómo sus preces se recitan
sobre un pie y sobre un codo,
como banda de grullas que dormitan
en el invierno al sol sobre una pata;
pasando en cuenta que se queda ayuno
de lo que en Francia se le dice a Cristo,
con una fe de bolsa que no acata
al Señor más que a medias por lo visto,
y en un latín francés que cual ninguno
la habla gentil de Cicerón maltrata:
todo siempre fue aquí como hoy en día
doublé, contrefaçon, bisutería.
Nunca así a Dios se adorará en Castilla;
nuestra fe es más profunda y más sencilla.

Tal fue mi primera impresión hace treinta y cuatro años: poeta creyente, hallé de menos mucho fondo y de sobra mucha forma en la manifestación religiosa del catolicismo francés en Burdeos, arzobispado primado de la nación vecina: después he pasado en Burdeos largas temporadas, y es la ciudad en donde más tranquilo y más a gusto he vivido. Me acostumbré a leer a la puerta de la catedral el anuncio de la función, el nombre del orador que debía de llevar la palabra en el púlpito, los del director y el organista que dirigían la parte instrumental, y los de las damas y los o las artistas que sostenían la parte de canto; el objeto piadoso a que la función se dedica bajo el patronato de tales o cuales damas, prelados o corporaciones, y el precio (generalmente de dos francos) por el cual se puede adquirir el derecho a ocupar una de las sillas, numeradas o no, que llenan el templo. ¿Y por qué no?

A nosotros nos choca esta asimilación de las basílicas a los teatros; pero es, al mío, un mal modo de ver las cosas: en Francia usa cada cual libremente del derecho de anuncios y propaganda; y puede que en los templos y fiestas

religiosas francesas haya menos fe, menos devoción y menos fervor, pero hay más orden que en las nuestras: nosotros entramos y salimos de las iglesias a codazos, empujones y puñetazos; nos colocamos donde podemos, pisamos a las mujeres que se arrodillan y se sientan en el suelo, etc.; los franceses entran por una puerta y salen por otra, y ocupan tranquilamente los puestos que les corresponden, bajo la dirección de bedeles y pertigueros; que a nosotros nos parecen ridículos, pero cuyos oficios y trajes están encarnados en sus costumbres.

Los franceses han comprendido que la sociedad moderna es un hermoso lago cuyo fondo es cieno, y tienen cuidado de no revolver jamás el agua, poblando su superficie de blancos y ligeros cisnes entre los cuales bogan sin remo miles de botecitos sin quilla, que hacen temblar y rielar el líquido, pero que no levantan oleaje: siembran y plantan las orillas de jardines y de bosques, y van a sentarse a contemplar el espectáculo social a la sombra de los árboles y entre el perfume de las macetas.

Nosotros tenemos la maldita manía de revolver el agua y de arrancar hasta la yerba al rededor del lago, y nos tenemos que estar al sol y al aire, siempre sedientos, contemplando el agua cálida y turbia que hacemos difícilísima de beber.

He aquí mis impresiones de ayer y hoy en Burdeos. Esta ciudad, cuyo casco componen miles de edificios tan macizos y suntuosos, y calles más anchas y regulares que las de Roma antigua, atestada de recuerdos y monumentos históricos, aireada por anchos paseos y frescos jardines, regada por dos soberbios ríos, el Garona y la Dordoña, salpicada de Colegios, Museos, Academias, Bibliotecas e Institutos, conteniendo veintidós clubs y círculos para todas las clases sociales, diez teatros y salas de recreo, un hipódromo, nueve periódicos diarios y once logias masónicas; mitad católica, militante y revolucionaria libre pensadora, la tengo yo comparada a una rica, nobilísima y aristocrática viuda legitimista que sonrío a la república, papista que no llora el perdido poder temporal de los Papas, que se ha retirado a vivir y a morir tranquila en sus opulentas posesiones, a cuidar de sus incomparables viñedos y a gozar de sus rentas sin miseria y sin despilfarro, sin ruinosos vicios y sin pretenciosas virtudes, sin orgullo de la majestad de su noble raza, pero con la conciencia de la dignidad de su ilustración y de su bien heredada opulencia.

He aquí mi juicio sobre Burdeos, donde empecé mi poema, y de donde salí para París a estudiar mucho que no sabía, y a adquirir algo que me hacía falta para llevar a cabo mi incompleta Granada.

XXIII.

París tiene dos fases: es el manicomio de los ingenios y el paraíso de los tontos. En el primero forjan sus grandes elucubraciones todos los grandes locos, que con sus inventos y con sus escritos impulsan hacia el progreso el movimiento social europeo; y en el segundo pierden su tiempo, su salud y su dinero, en el turbión de marionetas, charlatanes, estafadores y mujeres perdidas, que pueblan aquel falso edén a la luz del gas y al son de las orquestas de Mussard y de Straus, todos los imbéciles que de las cuatro partes del mundo acuden como mariposas a quemarse en aquel foco de luz infernal.

De París salen simultáneamente los gérmenes de todo lo bueno y de todo lo malo, sobre todo para nosotros los españoles; que, sea dicho sin que nadie se ofenda, o aunque se amosque conmigo la mitad de la nación, solemos tomar casi todo lo malo y poquísimo de lo bueno. Llegué yo a París mientras ocupaba el trono francés el rey ciudadano Luis Felipe de Orleans, de quien sabían trazar la caricatura todos los chicos de su capital bajo la forma de una pera, cuya regia representación se veía por todas las paredes y siempre de un parecido maravilloso. No era todavía el París ensanchado, dorado y ampliamente refundido por el imperio del tercer Napoleón; era todavía su primer teatro la sala de la rue Lepelletier, y no estaba aún cerrada la plaza del Carroussel por la calle de Rivoli: existían aún al frente del Palais-Royal una espesa red de callejuelas, tan conocidas como mal afamadas, y a su espalda los dos famosos restaurants de Befour y de los tres hermanos Provenzales, y se alzaban todavía gárrulos y chillones, en los boulevares du Temple y de Beaumarchais, los cien teatrillos más divertidos del mundo, la Gaité, Follies-Dramatiques, Delassements-comiques, etc., etc.

Asomé yo las narices los dos primeros meses al paraíso de los tontos y, sin dejarme fascinar ni embriagar por sus delicias de contrabando ni por sus huríes sin corazón, me establecí a la puerta del manicomio, haciendo con el editor Baudry un trato poco lucrativo; por el cual fueron mis versos los primeros que de poeta español tuvieron lugar en su magnífica colección. Por un puñado de luises y dos carros de libros, le di el derecho de coleccionar todas las obras por mí hasta entonces escritas, por dos razones que me eran exclusivamente personales; la primera para que mi padre leyera mi nombre en el catálogo de la colección de los primeros escritores de Europa; y la segunda porque la extensa venta, el gigantesco anuncio y el renombre universal que ya tenía la colección Baudry, me hicieran conocido como poeta fuera de mi patria. A pesar de que mi padre, encerrado en nuestro solar de Castilla, no había vuelto a darme noticias suyas, esperaba yo que esta prueba honrosa de aprecio de la librería editorial francesa para su hijo, le convencería, por fin, de que no era menester que me doctorara en Toledo y de que ya no había razón de cerrarme la casa y

los brazos paternos. En esta esperanza viví en París desde Julio a Noviembre, estudiando y trabajando en mi Granada y dividiendo mi tiempo entre las bibliotecas y los teatros, esquivo como en España, a la sociedad banal de las visitas y la chismografía, y un poco en contacto con la sociedad del arte y de las letras.

La redacción de La Revista de Ambos Mundos me acogió con simpáticos obsequios, y sus redactores Charles Mazzade, Paulino de Lymerac y Xavier Durrieux fueron mis amigos y comensales; y por mi influencia y la de Juan Donoso, que fue después nuestro embajador, empezaron a publicarse en aquella importante Revista artículos sobre España, en los cuales comenzaba a probarse a los franceses que el África no empieza en los Pirineos. Pitre Chevalier, director del Museo de las Familias, se empeñó en publicar en él mi retrato y mi biografía, y lo hizo, como francés, sin atender a mis justas y modestas observaciones. Convirtió mis breves notas biográficas en una fantástica novelilla, y Mr. Pauquet, el primer dibujante de aquel tiempo, recibió su orden de retratarme embozado en mi capa española y mirando de perfil al cielo, como un D. Juan Jerezano que espera que se le aparezca su Dulcinea en el balcón para decirla: «por ahí te pudras». No era posible que mi retrato indicara que era de un poeta español, si no tenía capa y si no buscaba con la vista la inspiración del Espíritu Santo; y aún le quedé agradecido a que no me pusiera una guitarra en la mano, de lo que creo que me libró solo su afán de embozarme.

En aquel retrato, correcta y francamente dibujado, y por aquella biografía, bizarramente detallada a la parisienne, no me conoce la madre que me parió; pero no por eso quedó menos agradecido el español a la buena intención del francés.

Tras estos necesarios precedentes, pasemos una rápida ojeada por los últimos y sombríos cuadros de estos mis tristes recuerdos del tiempo viejo.

Entre los conocimientos que hice y renové por entonces en París entre Dumas padre, Jorge Sand (Mme. du Devant), Alfred de Musset y Teophile Gautier; entre embajadores, editores, escritores, emigrados, cómicos y bailarinas; entre Fernando de la Vera, la Rachel, la Rose Chery, Frederik Lemaitre, Giuseppe Multedo, Zariategui y otros emigrados liberales y carlistas, italianos y españoles, se me vino a los brazos uno de estos, el más honrado y divertido andaluz que la tierra de María Santísima y la tenacidad carlista echaron a Francia. Era este D. Fernando Freyre, pariente próximo del general del mismo apellido, adherido no sé muy bien cómo a la corte de Fernando VII, de quien elegía los caballos y para quien iba a buscar los toros; amigo de los ganaderos, amparador de los diestros, y el primer inspector de la escuela taurómaca sevillana, institución de aquel Sr. Rey, que santa gloria haya.

Fernando Freyre no había sido nada importante ni influyente, ni en la corte huraña y recelosa de las camarillas y apostasías políticas del difunto Rey, ni en la trashumante de D. Carlos María Isidro de Borbon, segundo Carlos V en Oñate; pero en ambas había sido recibido y estimado por todos, incluso por mi padre, porque tenía uno de los mejores corazones y uno de los caracteres más alegres y más iguales del mundo. Realista por convicción, no transigió nunca con las modernas ideas liberales, ni quiso jamás acogerse a amnistía ni indulto alguno; pero jamás odió, ni esquivó siquiera el saludo, a ningún liberal emigrado o viajero con quien en tierra extranjera se topara, siendo de todos los españoles sinceramente apreciado y noblemente acogido por los legitimistas franceses. Con apoyo de éstos, no temió ni le avergonzó establecer un pequeño y privado depósito de vinos, pasas, caldos y frutos de Andalucía, que aquellos le compraban; y con los setenta a noventa duros que este oscuro comercio le producía, vivía modesta y honradamente en la mejor sociedad de la legitimidad francesa y de la aristocracia española. Establecido ya de años en París, y encargado por sus amparadores de toda clase de comisiones, era conocido en el comercio y conocía a París, como un commis-voyageur a quien comprar en la tienda o en el taller, puede producir legal y honrosamente un tanto por ciento más crecido de utilidad. Por uno de estos encargos dimos allí uno con otro, y por las horas buenas que le debo, me complazco en consagrarle cariñosamente estas líneas en mis recuerdos.

Era ya por entonces hombre de más de sesenta años; pero ágil, robusto y colorado, con sus patillas blancas de boca-e-jacha y su sombrero sobre la oreja derecha, corría por las calles recortando los coches y evitándolos apoyándose en la saliente lanza, como quien pone rehiletos de sobaquillo, porque todo lo hacía y lo hablaba a lo torero y lo macareno; y asombraba el verle cruzar los bulevares sin tropezar ni vacilar entre la multitud de carros, ómnibus y coches que de continuo los obstruyen. Todo era en él extraño y original; en su negocio no tenía más que un empleado, y éste tenía las más incompatibles cualidades: era polaco, judío, carlista, fiel y discreto; hablaba un castellano aprendido en Vizcaya, tan disparatado como el francés que hablaba Freyre, y entre los dos me decían despropósitos imposibles de reproducir. Yo llamaba tío a Freyre; y cuando mi familia me dejó solo en París, me fui a vivir al hotel de Italia, frente a la Opera-cómica, en cuyo piso tercero habitaba Freyre un pequeño aposento, compuesto de sala, gabinete y alcoba, y atestado de botellas y cajas. Cuando mi trabajo asiduo y sus compromisos con sus anfitriones nos dejaban libres las noches, comíamos juntos, y las concluíamos en el teatro, en algunos de los cuales tenía yo entradas libres, como escritor extranjero con editor en Francia.

Llegó así Noviembre, y ya tenía yo apalabrados contratos para imprimir mi poema de Granada, y pagábanme ya no escasamente la prosa y los versos que para sus publicaciones de América me pedían, cuando se acordó Dios de mí, como dicen los católicos, enviándome una de esas desventuras que envenenan

y enturbian para toda la vida el manantial amargo de la memoria.

Pedíame de Madrid mi primo P., consocio mío, con Rafael X, una cadena de reloj igual a otra mía, que era una cinta hecha con mil pequeñísimos cilindros de oro engarzados y giratorios en una red de ejes, de tan prolijo trabajo, como maravillosa flexibilidad. Averiguó Freyre el domicilio del obrero que para el platero los trabajaba, y nos acostamos conviniendo en que a la mañana siguiente muy temprano iríamos a comprar o a encargar la demandada cadena.

Habíanme regalado en Burdeos un nécessaire de ébano fileteado de marfil, que garantizado por una guadamacilada funda de cuero, llevaba yo a la mano y serbia en nuestros viajes de escabel a mi mujer. Al levantarme al día siguiente, hícame la barba según costumbre con las navajas y ante el espejo de aquel nécessaire, y llamando Freyre a mi puerta y dándome prisa, porque él la tenía de acudir a sus negocios después que al mío, vestíme apresuradamente y partí con él; dejando las navajas sobre el velador y el espejo colgado en la escarpia, que para ello tenía puesta a mi altura en el marco de la vidriera.

Fuimos hasta el final del Faubourg de San Dionisio; hallamos y compramos el objeto pedido, acompañé a Freyre a tres o cuatro puntos que tenía que recorrer, y volvimos juntos al hotel de Italia.

Pedimos al conserje nuestras llaves, pero la mía no estaba en el llavero; en vez de dejarla en él al salir, me la había llevado en el bolsillo. Al entrar en mi cuarto, exclamó Freyre: «Mal agüero, zobrino: aquí han andado loz menguez en auzencia nueztra: mira:»—y me mostró el espejo hendido transversalmente de arriba a abajo.—Reíme yo de su supersticiosa observación, y llamé al camarero; el cual respondió a mis reclamaciones diciendo, que ni él había podido hacer mi cuarto, ni nadie entrar en él, porque yo no había dejado la llave en la conserjería.

«¡Mal agüero, zobrino, mal agüero!» Seguía Freyre rezungando entre dientes, y yo, que no creo más que en Dios, le hice observar que al cerrar la puerta de golpe, la vibración de las vidrieras produjo probablemente el choque y rotura del espejo; y que teniendo los dueños de los hoteles dobles llaves por mandato expreso de la policía, tal vez el no haber yo dejado la mía llamó la atención, abrieron sin precauciones la puerta y ocasionaron el fracaso.

Freyre tragó como pudo mi explicación; y teniendo ambos el día libre, nos fuimos a almorzar a la taberna inglesa de la calle de Richelieu, con la intención de ir a las dos al hipódromo del Arco de la Estrella.

Almorzamos tranquilamente, y habiendo encontrado Freyre en el fondo de una botella de Chambertin, un raudal de andaluza verbosidad y un tesoro de alegría juvenil, salíamos cruzando el patio como estudiantes que hacen

novillos, cuando dimos de manos a boca con un sobrino del banquero A. B., que en el piso principal de aquella casa tenía su escritorio establecido. «Del cielo me caen Vds.—exclamó al vernos—y me ahorran un viaje. Hace dos días que tenemos una carta de España para el Sr. Zorrilla, y a llevársela iba; por cierto que trae luto y la apostilla de urgente. Aquí está.»

Y presentóme la carta, que me hizo palidecer. Era de mi padre y revelaba en sus cuatro líneas su extraño carácter, y lo más dolorosamente extraño de nuestras relaciones.

Decía:

«Pepe, tu pobre madre ha fallecido hoy a las tres de la madrugada; tú verás si te conviene venir a consolar a tu afligido padre

José.

No puedo decir lo que sentí ni lo que hice en aquel momento.

Aquella noche rompí mis contratos y retiré las palabras dadas a los editores franceses; y a la mañana siguiente, rompiendo con mi porvenir, emprendí mi vuelta a España y al paterno hogar, cuyas puertas me abría la muerte por la tumba del ser más querido de mi corazón.

Dejé a Freyre llorando en la estación, y repitiendo lo que desde el día anterior le había oído rezungar muchas veces por lo bajo: «Sí, dicen bien las gitanas de Triana: que el diablo ez quien inventó loz ezpejoz, y que anda ziempre entre el azogue é zuz criztalez.»

Yo partí viendo a través de mi espejo roto el rostro adorado del cadáver de mi madre, cuyo último suspiro no me había permitido recoger Dios.

XXIV.

Tenía mi padre gran fuerza de voluntad y absoluto dominio sobre sí mismo; pero no pudo dominar su emoción en el momento de volverme a ver en su casa y por tan doloroso motivo. Nos abrazamos llorando: él fue el primero que se repuso y volvió a la prosaica realidad de la vida.—«Vienes muy cansado:—me dijo—no agravemos el mal que no tiene ya remedio. Come y reposa: la naturaleza es un tirano irresistible: tenemos tanto tiempo como razones para contristarnos; pero en este instante nuestro dolor está endulzado por la alegría, y no podemos ni alegrarnos ni condolernos, sin asustarnos de nuestra alegría como de nuestra pena.»

Y era verdad; los recuerdos alegres de la niñez que poblaban aquella casa,

la satisfacción de volver a respirar en aquellos aposentos, la vista de aquellos muebles tan conocidos, el servicio de aquellos antiguos criados tan leales, y la presencia, en fin, de mi padre, tan firme, tan erguido y tan vigoroso, que iba y venía dando a aquellos las órdenes necesarias, me tenían en un estado de arrobamiento que me impedía darme cuenta de mí mismo; me sentía tan impulsado a llorar como a reír; y la imagen de mi madre muerta se me ocultaba y casi desaparecía tras de mi padre vivo. Acompañóme éste durante un ligero almuerzo que preparado me tenía; me habló del estado en que había hallado sus viñas, de las mejoras que había hecho en el cultivo de los viñedos y de las que necesitaba la casa; ni una palabra de mi madre; ni la más leve alusión a mi vida pasada: ni la más mínima esperanza para el porvenir. Yo volvía a casa de mi padre, no a la mía; así lo había yo entendido, y volvía resuelto a respetar todos los derechos y a acatar todas las disposiciones de mi padre, sin permitirme la más nimia observación: puesto que al abandonar a mi familia en 1836, había yo renunciado a todos mis derechos de hijo y de heredero, dando a mi padre el de hacer de su hacienda lo que más a cuenta le viniera, como si Dios le hubiera quitado por muerte natural el hijo que civilmente murió, al fugarse del paterno hogar en brazos de su locura. Tal era mi respeto por mi padre, tales la justicia y las facultades omnímodas con que yo mismo le había investido; y si le hubiera dado por ser jugador y vicioso, yo me hubiera empeñado y vendido a Satanás por pagar sus deudas o mantener sus concubinas. Yo no le pedía, al volver a mi casa, más que un poco de cariño y el perdón de aquellos dramas y leyendas mías, por los cuales había tirado por la ventana las Pandectas y las Novelas de Justiniano.

Y fueron transcurriendo los días, y fuéme él llevando a ver las bodegas y los plantíos; y mostróme deseos de adquirir unos solares de casas quemadas por los franceses, que lindaban con la nuestra por Mediodía y Poniente, con lo cual se la añadiría un amplio jardín cercado, logrando hacer de ella la mejor y más cómoda de muchas leguas a la redonda; y como me diese a entender que las dos cosas que le hacían desistir de la adquisición de aquellos solares eran, la primera, que yo no querría venir a vivir allí nunca, y la segunda, que él no estaría ya nunca sobrado de dineros; porque el laboreo de las fincas y algunos atrasos contraídos en sus seis años de emigración absorberían todas sus rentas, ofrecíle yo la suma de que menester hubiese; asegurándole que mi única ambición era la de vivir allí con él y hacerle lo más agradable posible aquella mansión, con la cual había soñado siempre, y la cual me había siempre imaginado como un oasis de reposo en el desierto de mi vida de trabajo y de abnegación.

No creí, me dijo, que tal pensaras; pero si es como dices, voy a decirte lo que sé y pienso: ni los dueños de esos solares, ni nosotros, que queremos adquirirlos, sabemos bien, ellos lo que van a vender y nosotros lo que vamos a comprar. Escucha.

Fui yo uno de los jefes del batallón de estudiantes Palentinos que contra los franceses se levantó a fines de 1808. Una noche, sabiendo que avanzaba una división, nos emboscamos en el puente con aquella audacia inconsciente que nos hizo hacer lo que a pensarlo y comprenderlo no hubiéramos hecho. Al amanecer apareció una descubierta de coraceros, que con aquella confianza petulante que perdió a los franceses de Napoleón en España, entró sin precauciones en el largo y tortuoso puente de veintiséis ojos, que enlaza las dos riberas del río y el camino real con esta villa. La vanguardia venía aún muy lejos, veíamos apenas el polvo que levantaba. Los coraceros y sus caballos nos sintieron debajo de ellos antes de haber podido vernos enfrente; y encabritándose los caballos y empujando nosotros por los pies a los jinetes, calzados con grandes e inflexibles botas, los arrojamos al agua desequilibrándoles con el peso de sus cascos y sus corazas. Algunos de los últimos, que volvieron grupas, dieron la alarma a los de la vanguardia; pero cuando llegaron al puente, no hallaron más que algunos muertos y apercibieron en el agua algunos ahogados, cuyos cadáveres arrastraba la corriente. Los estudiantes montados en sus caballos y armados con sus carabinas, entrábamos en el páramo sin temor de que nos siguiesen.

Pero pegaron fuego a Torquemada; y ese terreno elevado que desde el balcón estás viendo, cubre los escombros de cinco casas, cuyos cimientos y primer piso eran de piedra labrada, que nadie ha desenterrado.

Hay además cegados cinco pozos de los cinco corrales a cada casa anejos; y entonces todo castellano que huía al monte, echaba al pozo la poca plata y alhajas que poseía; no habrá ahí riquezas, pero sí plata y piedra para indemnizar el desembolso del comprador.

No podía yo permanecer en Torquemada, y al cabo de un mes volví a Madrid. Acababa de establecerse en la corte la sociedad editorial La Publicidad, de la cual era uno de los directores D. Joaquín Francisco Pacheco, quien ya he dicho que con Donoso Cortés y Pastor Díaz había sido mi primer amigo y amparador. Propuse la compra de la propiedad de mi Granada; y en dos mil duros por tomo, cerré y firmé el contrato, debiendo presentar mi manuscrito por medios tomos y cobrar mil duros por cada mitad.

Empecé a enviar dinero a mi padre, que con él compró los solares, pero no los tocó; intactos los hallé yo al verano siguiente, cuando invitado por él fui con mi mujer a hacerle compañía.

Mi padre ofreció a ésta las llaves y el gobierno de la casa; yo me opuse diciéndole que su ama de llaves y sus criados eran de su completa confianza, y que mi mujer y yo no éramos más que unos huéspedes por aquel verano.

Pagóse mi padre y más su servidumbre de aquella confianza nuestra; comencé yo a convertir el corral en jardín, y gozaba mi padre viéndome cavar

y trasplantar frutales, y abrir arriates para las flores. No hice yo de aquel corralón de lugar un jardín de Falerina; pero al menos veíase desde los balcones algo muy diferente del muladar en que convierten sus corrales los labriegos descuidados de nuestra mal cuidada Castilla.

Fuimos y volvimos dos veces de Torquemada a Madrid y de Madrid a Torquemada, y en la corte volví a poner casa por consejo de Tarancon, a quien su cargo de senador volvió a traer a Madrid.

La sociedad de La Publicidad se extendió mucho y no pudo abarcar tanto; llevaba yo presentado tomo y medio de mi poema, y habíanme dado, por orden de Pacheco, hasta setenta y dos mil reales; pero husmeando la liquidación próxima, y no queriendo que mi manuscrito pasara a manos desconocidas, suspendí la entrega de original, con la intención de rescatar la propiedad de mi manuscrito, por una transacción ventajosa, cuando la liquidación llegara.

Extendía entre tanto sus negocios el editor Gullón; y habiéndome pedido un libro de la Virgen, consultado el caso con Tarancon, y fiado en sus consejos, ofrecí a Gullón el poema de María en seis meses y en treinta y dos mil reales; pero siendo Madrid el punto del Universo en que más tiempo se pierde y más holgazanes encuentra con quienes malgastarlo el hombre que lo necesita, tomé en el Pardo y en la Casa de Infantes un aposento, que empapelé y amueblé, y retiréme a trabajar en aquella arbolada y jabalinesca soledad. Pasábame allí las semanas enteras: los sábados me enviaban mi mujer y mi primo los caballos, y venía a pasar a Madrid los domingos. Escribíame poco mi padre, porque tenía gota y mal pulso y costábale mucho el llevar la pluma; y escribíale yo también muy poco, porque estaba muy cansado de tener entre los dedos continuamente la mía. Sabía él de mí que trabajaba en un libro de la Virgen; sabía yo de él que la gota le tenía en descuido de la hacienda que había en parte arrendado, y en el endiablado humor en que la podagra pone a quien la padece; y sabía de ambos el bueno de Tarancon, porque de ambos se ocupaba y a mi padre escribía, mientras yo algunas veces le visitaba; y así corrió el invierno de 48, preguntando yo a mi padre si necesitaba de mí, y contestándome él que no valía su mal la pena de que yo interrumpiera mi trabajo.

Conservaba yo roto, y así de él me serbia, aquel malhadado espejo de mi necessaire que se me rompió en París, y cuya rotura dio tanto a Freyre que rezungar; pero habiéndose desprendido uno de los dos trozos de su cristal por un costado, adherido sólo al cartón en que encuadrado estaba por su parte superior, hacíase ya tan engorroso como arriesgado el servicio del tal espejo; y como conservábale yo roto por mero recuerdo del mal día en que se rompió y no por supersticioso empeño, que Dios, en quien solamente a puño cerrado creo, me ha librado de creer en agüeros ni supersticiones de ninguna especie,

determiné al fin renovar el espejo, ya que el *necessaire* era en verdad prenda que merecía tenerse completa. Vivía yo en las casas de Santa Catalina de la calle del Prado, y hallábase establecida una fábrica de espejos en donde hoy lo está el Casino Cervantes; llevó mi mujer misma el cartón en que el roto estaba encuadrado, y en él la pusieron otro espejo de la exacta medida, prometiéndoselo para el lunes: pero no se lo llevaron hasta el martes. El azogado cristal nuevo encajaba perfectamente en el hueco para él hecho en el fondo de la tapa del *necessaire*; coloquéle en su lugar, púsele encima la almohadilla que le garantizaba contra choques y movimientos, y cerrado el *necessaire*,forcé la tapa para hacer girar la llave: pero al forzarla, sentí crujir algo dentro; el espejo se había vuelto a romper; yo había dejado por debajo del cristal uno de los pasadores que por arriba le sujetaban.

Resignéme a tenerlo roto y me volví a mi escondite del Pardo, y volví a emprenderla con el libro de la Virgen. Era un martes. Mi familia no iba nunca a verme al Pardo; yo la pedía o ella me enviaba los caballos o un carruaje, pero nunca en día de entre semana, sino en sábado o en domingo. El jueves había yo concluido un capítulo; hacia un tiempo delicioso y salí a hacer ejercicio antes de comer, en compañía de un guarda que en tales casos me serbia de cicerone. A mi vuelta hallé un coche en el patio de la casa y a mi mujer esperándome en mi aposento. Volví yo contento de mi paseo, porque lo estaba de mi trabajo, y alegremente abracé a mi mujer y a la persona de su familia que la acompañaba.

La mesa estaba puesta: sentíame con apetito, y comencé tranquilamente a dar cuenta solo de mi pitanza, de que los recién venidos rehusaron participar, y pasé distraído las primeras cucharadas de la caliente sopa: pero al notar de repente el silencio tan sombrío como desusado de mi familia, asaltóme un siniestro presentimiento, y exclamé inquieto:

«¡Dios mío! ¿Qué sucede, que venís tan tristes y tan pronto?

—Nada, pero es preciso que vengas con nosotros.

—¿Por qué?

—Porque... ha llegado una carta de Torquemada...—y al decir esto, mi buena mujer rompió a llorar sin poderse contener.

No recuerdo si el del espejo roto fue lo que excitó en mi mente la tremenda idea: «¡Ha muerto mi padre!»—exclamé angustiado.

—No, todavía no—se arriesgó a decir mi mujer; pero como esto, por vulgar que sea, es lo primero que suele ocurrir a todo el mundo decir en casos semejantes... no me quedó ya duda de mi desventura, y otra idea más tremenda envolvió mi espíritu en las tinieblas de otra duda que sumía mi alma en la más impía desesperación.

«¡Mis padres mueren, me dije a mí mismo, sin llamarme en su última hora! ¡Dios me deja sobre la tierra sin el último abrazo y sin la bendición de mis padres!... ¿Qué le he hecho yo a Dios? ¿Están malditos mis pobres versos?»

Recogí los que llevaba escritos de la Virgen y me volví a Madrid y a casa de Tarancon, a quien ya no hallé: hacia dos días que había salido para su diócesis.

APÉNDICE A ESTE TOMO.

Razón suficiente da el prólogo de este libro de mi venida y permanencia actual en Barcelona: pero por torpe e ingrato debería tenerme, si yo cerrara este libro sin dar a sus habitantes las gracias por el recibimiento que en su ciudad me han hecho, y el hospedaje que en ella me han dado.

Atemorízame y apócame sin embargo el miedo de no acertar con palabras que expresen mi gratitud, y pesárame en el alma que, con las que voy a escribir, pareciese que sólo intento darme importancia, y prolongar el ruido que esta especie de resurrección mía ha levantado en la capital de Cataluña.

A ella llegué el 30 de Octubre, y su pueblo se aglomeró en el teatro para saludarme; pero con tan cordial cariño, con tan franca espontaneidad, que no en mis oídos sino en mi corazón resonaron los aplausos que, de pie y vueltos al palco que ocupaba, me dirigieron los espectadores. ¿Quién era yo, qué había yo hecho para merecerlos de Barcelona? Aún puedo apenas comprenderlo; y las lágrimas, que como aquella noche anublaron mis ojos, vuelven a enturbiar mi vista ahora que, con infinito agradecimiento, en estas líneas hago de aquella escena tal vez inoportuna conmemoración.

No espero que nadie de mí se mofe ni me avergüence por mis lágrimas de gratitud, ni por consignar aquí con la más sincera los obsequios de que fui objeto y los nombres de los que me los prodigaron.

El 1.º de Noviembre apareció en Madrid, en el número 1841 de El Globo, un tan curioso como oportuno y por mí no esperado artículo, prohijado por la redacción, puesto que aparece de fondo y sin firma, en el cual me considera como un muerto que sobrevive a su gloria y asiste a su apoteosis desde una butaca del salón de espectáculo; ¡Dios mío! si la redacción de El Globo me hubiera podido honrar con su compañía en mi palco del teatro Principal de Barcelona el 30 de Octubre, hubiera comprendido lo poco que estimo mis obras, pero también la excitación febril que me producía el placer de recibir aquella ovación del público de Barcelona. ¡Gracias a quien quiera que aquel original artículo me escribió en ocasión tan oportuna; gracias a la redacción

que lo aceptó por suyo, y gracias (si le hay) a su tras ella escondido e invisible inspirador.

El Diario literario de avisos de Barcelona, copió este artículo de El Globo en su número del jueves 4; y en el del viernes 5 de La Crónica de Cataluña apareció otro afectuosísimo de D. Teodoro Baró, a quien sería imposible que yo expresara mi reconocimiento por tal escrito, en frases que a las suyas correspondieran. Baró siente sin duda por mí algo que no se puede comparar más que con un amor de niño: con una sencillez infantil, y una fraternal familiaridad se ocupa de mi faz, de mi traje, de mis costumbres, hasta de mis intereses; recordando en su artículo que cómo y pago alquiler de casa, y que no es justo que se me reimpriman mis obras como si fueran propiedad de todos, impidiéndome utilizar sus productos, para probarme la inmensa popularidad que me han adquirido. Baró trata de mí, de mis obras, de mis acciones y hasta de mis sentimientos íntimos y de mis pensamientos recónditos, con una discreción, con una delicadeza, con un decoro y con un respeto, que no fueran mayores si él fuera padre, hijo o hermano del viejo poeta, a quien honra con el artículo en que le da tan cordial bienvenida. Yo ocupo, por lo visto, en el alma de Baró un lugar entre sus creencias: leyó de niño mis versos, se familiarizó conmigo desde muy muchacho, aprendió sin duda al mismo tiempo el Catecismo y mis Cantos del Trovador, el Padre nuestro y El reló, la Historia de España y Margarita la Tornera, y ahora tiene de mí la misma idea que de los personajes históricos y de las imágenes religiosas, que entran en nuestro espíritu con los primeros rudimentos de nuestra primera educación. Y ¿qué voy yo a responder a los artículos de Baró? ¿Cómo voy yo a corresponder a esta especie de veneración innata que por mí siente? Con palabras es imposible: no las encuentro; con versos, ya no puedo, porque ya no los hago: con visitas, con cumplidos, con banalidades sociales, sería bajarme yo mismo cantando las peteneras del altar en que Baró me tiene en su corazón colocado; tengo pues que callar, consagrándole en el mío una silenciosa gratitud.

Alonso del Real, en los lunes de La Gaceta de Cataluña, hoja literaria del 25 del mismo mes de Noviembre, me dio por un poeta sin rival, indiscutible, indeclinable, digno y capaz de vivir sin decadencia ni senectud los años matusalénicos; la redacción de La Publicidad, en su número del 7, compuso su artículo de fondo con mi biografía encomiástica, y encuadró mi retrato en su primera página: y ¿cómo voy a corresponder a tan benévola acogida? ¿Enviando a Alonso del Real y a los redactores de La Publicidad, y a los de El Diluvio, y del Diari Catalá y de La Ilustracion Catalana, y El Correo Catalan, mis tarjetas ofreciéndoles mi casa y dándoles las Pascuas y acompañándolas con un pavo?—Tengo, pues, que encomendarme a Dios y al tiempo, que me deparen una ocasión de probarles mi agradecimiento; y ellos tendrán que darse por contentos y satisfechos con estas pocas y desaliñadas frases.

Pero hay algo más difícil aún de recibir y de aceptar que los escritos encomios: estos, al cabo, se leen a solas, y los que los han escrito no ven la cara que al leerlos pone aquel en loor de quien los escribieron. El Presidente del Ateneo, D. Manuel Angelón, me preparó una velada literaria: en ella hizo el Presidente de su sección de literatura, Sr. Feliu y Codina, mi presentación al Ateneo en un discurso floridísimo, durante el cual no sabía yo qué continencia tomar. El poeta D. Enrique Freixas, me dedicó unos endecasílabos, de cuyas ideas soy yo el único que no puede hacer mención: el joven Mata y Maneja, me probó que había tomado por un género de poesía mis extravíos fantásticos y mis delirios métricos, en uno tan intrincado que me pareció mío; y por último, el Ateneo me regaló una magnífica medalla de plata, que no pude colocar en ningún bolsillo por temor de que con su peso me lo desgarrara.

La Sociedad «Romea» dio una función en obsequio mío, en el Teatro Catalan del mismo nombre y me ofreció una corona.

La Sociedad «Latorre» me dedicó otra, y otra la Sociedad «Cervantes;» y por fin, dióme la de «Romea» una segunda fiesta, poniendo en escena mi Sancho García; en cuya representación pusieron los actores más esmero y dieron a la obra mía más relieve de los que acostumbran hoy los que por primeros se consideran; y me inundó el escenario de flores y de laureles.

El Sr. D. Santiago Vilar, en una velada de despedida, me presentó a los alumnos de su colegio, como modelo de yo no sé cuántas cosas: los niños pasaron la noche entera en recitar versos míos, lo que probaba que habían pasado un mes estudiándolos y pensando en mí; el Sr. Obispo de Ávila me abrazó en público por los que yo recité; y no sé yo lo que pensar pudieron los espectadores que atestaban aquel salón de aquel abrazo episcopal, dado con cariñosa efusión al poeta más desalentado del siglo. Presentáronme en un estuche una joya preciosa, primoroso ejemplar de cinceladura, en cuyo trabajo de argentería son extremados los artistas barceloneses; y después de un refrigerio, necesario para reponer en los vasos linfáticos la saliva gastada en tan prolongada lectura, salimos de aquella conmovedora fiesta de la niñez, presidida por un ilustre prelado, a deshora de la noche, como viciosos que a su casa vuelven ruidosamente de madrugada, calmando la inquietud de su desvelada familia é interrumpiendo el tranquilo sueño de sus honrados vecinos.

A este mes entero de fiestas y regalos, no puede el viejo poeta corresponder más que apuntando rápidamente en este apéndice lo sucedido. He protestado mil veces contra mis públicas exhibiciones; pero Barcelona como Valencia, a manera de muchachas locas enamoradas de un viejo, han pedido a gritos mi presentación en los teatros: he alegado los sesenta y cuatro años que me apocan y enronquecen, y Barcelona me ha dicho: «que no; que yo no tengo edad y que canto como un ruiñeñor.» He tenido que acudir al Dr.

Osío para que me azoara la glotis, y Barcelona ha escuchado como sonora y argentinamente timbrada mi voz perdida, y ha aplaudido frenética, como si nunca los hubiera oído, mis versos tan viejos como yo. A esta idea preconcebida, a este partido tomado, a este cariño maternal de Barcelona, ¿qué puedo, qué debo yo ofrecer en acción de gracias? Dejarme querer, y seguir trabajando en silencio, y en la duda afanosa de si la posteridad sancionará los aplausos, la predilección y el juicio con que Barcelona me acepta y me recibe en su seno.

Me he limitado, pues, a escribir estas cuatro vulgares páginas; y como ya no hago versos dos años hace, y el molde en que los vaciaba está ya enmohecido y agujereado, no he sabido más que hilvanar con unos que hice a Valencia, mi madre adoptiva, y otros que me ha inspirado mi gratitud a Barcelona, una estrafalaria poesía, que aquí público como recuerdo de mi madre y homenaje a la Ciudad Condal. Carece completamente de mérito literario, y la presento sin pretensión alguna: es sólo un ejemplo de lectura, en la cual colocados los alientos y dilatados sus períodos para ser leída por mí, tal vez sólo mi arte de alentar la hace escuchar sin fatiga, y tal vez sólo en mi boca tiene armonía su dislocada metrificación. Creada en el corazón más que imaginada en el cerebro, espero que sólo con el corazón me la acepten y me la juzguen Valencia y Barcelona.

BARCELONA Y VALENCIA.

LECTURA HECHA POR EL AUTOR EN BARCELONA.

I.

Barcelona y Valencia son dos hermanas;
y reclinadas ambas del mar a orillas
como dos garzas blancas, son dos sultanas
que tremolan bandera de soberanas
sobre ricas ciudades y alegres villas.
Yo soy huésped en ambas bien recibido;
y en las villas que de ambas son comarcas,
voy y vengo a mi antojo, paso o resido:
y doquier, campesinas o ciudadanas,
á mí, poeta viejo de las Castillas,

al par Barcelonesas y Valencianas,
desde las pobres huérfanas a las pubillas,
me reciben alegres y oyen ufanas
mis romancejos godos y mis coplillas,
que son mitad muzárabes, mitad cristianas:
y desde las más cándidas y más sencillas
payesas a las damas más cortesanas,
donde a cantar me paro, niñas y ancianas,
oyendo de mis cuentos las maravillas
sonríen al poeta y honran sus canas.
Así que en Barcelona como en Valencia,
doquier que me preguntan «y tú ¿quién eres?»
digo con ciertos humos de impertinencia:
«Soy el viejo poeta de las mujeres.»
Pero en conciencia,
¿Qué soy de Barcelona? ¿Qué de Valencia?

II.

Yo de los valencianos hijo adoptivo,
considero a Valencia como a mi madre;
mas cuando a Barcelona vengo, aquí vivo
como si aquí tuviera casa mi padre.
Aquí y allí de raza ni de abolengo
no, sino de cariño títulos tengo;
allí y aquí mis versos en castellano
me dan fuero y derechos de ciudadano,
porque a mi vieja musa mora-cristiana
Cataluña y Valencia ven como hermana.
Mas no es mi vida en ambas muy regalona,
pues aquí y allí vivo como la ardilla
en inquietud perpetua: se me eslabona

una con otra fiesta; de villa en villa,
de teatro en teatro se me pregona;
voy y vengo sin tiempo de tomar silla:
por doquiera me dicen: «¡parla! ¡enrahona!»
yo suelto de mis versos la taravilla,
y doquier mi presencia fiesta ocasiona:
porque aquí y allí paso por maravilla,
porque escribí el Tenorio, que es quien me abona
lo mismo en Cataluña que por Castilla;
y aquí, cuando en las calles ven mi persona,
dicen los noys que pasan:—«es en Surrilla,»
lo mismo que si fuera de Barcelona.

Mas mi conciencia

¿qué cree de Barcelona?

¿qué de Valencia?

III.

Faro de isla cercado de guardabrisas,
camarín alfombrado de minutisas,
ajimez festonado con ramos de oro,
joyel que de cien reinas guarda el tesoro,
sultana de pensiles cultivadora,
latina, provenzala, cristiana y mora,
Valencia es un compendio de los primores
con que ornó al mundo la Omnipotencia,
cuna de silfos, nido de amores,
patria de bardos y trovadores,
vergel poblado de ruseñores,
pomo de esencia,
jarrón de flores:
eso, señores,

eso es Valencia.

Mas Barcelona

es la muchacha alegre de la montaña,
sana, robusta y ágil: que, rica obrera,
de un blasón que mancilla servil no empaña
y un condal nobilísimo feudo heredera,
tiene al pie de un peñasco que la mar baña
y de un aro de montes tras la barrera,
un campo con mil torres para cabaña,
por toldo y guardabrisa la cordillera,
por taller la más rica ciudad de España,
por mercado las plazas de España entera;
y obrera que de estirpe noble blasona,
da a la historia de España su prez guerrera,
el florón máspreciado de su corona,
el cuartel más glorioso de su bandera.

Artesana, que ciñe condal corona,
en el taller sin penas trabaja y canta:
con hilos y alfileres hace primores;
en un puño de tierra cultiva y planta
viñedos y olivares que, en vez de flores,
en sus breñas y cerros, lomas y alcores

diestra escalona,

cuida y abona

con cien labores:

eso, señores,

es Barcelona.

IV.

Valencia es la florida puerta del cielo,
el balcón por donde abre la aurora el día:

Dios por él de la España bendice el suelo
y la salud, la gracia y el sol la envía.

Valencia es un florido pensil modelo,
mansión de los deleites y la alegría,
á quien sirve de cerca, de espejo y velo,
á sus plantas echada, la mar bravía.

Valencia está debajo del paraíso;
y cuando Dios le priva de su presencia,
por el balcón del alba, sin su permiso,
los ángeles se asoman a ver Valencia.

Valencia es alkatifa de cien colores
de Dios tendida para una audiencia,
donde del cielo los moradores
de Dios derraman en la presencia

ramos de flores,

pomos de esencia:

eso, señores,

eso es Valencia.

Mas Barcelona.....

Barcelona es la reina del mar Tyrreno,
cuyas ondas azules cubre de lona;
y a los hijos activos que da su seno
la posesión del mundo dar ambiciona.

Barcelona es un águila de vuelo altivo,
fénix que, renaciendo de sus cenizas,
torna jardín su suelo duro al cultivo
y en palacios sus viejas casas pajizas.

Barcelona, a quien nutre vital exceso,
late con los volantes de sus talleres,
se remonta en las alas de su progreso,

brilla con la hermosura de sus mujeres:
y cuando Dios se ausenta del paraíso
y duerme Barcelona de noche, al peso
del trabajo rendida, sin su permiso
baja un ángel por todos a darla un beso.

Porque del cielo los moradores,
mientras los mundos Dios inspecciona,
al noble pueblo que en sí amontona
turbas de pobres trabajadores,
cuyo trabajo con Dios le abona,
como a una virgen limpia de amores
cuya alma el cuerpo casto abandona,
del huerto Edénico
con lauro y flores
tejen los ángeles
una corona:
y esa, señores,
cae de sus manos
en Barcelona.

V.

Valencia, más hermosa, más cortesana,
es más joven, más libre, más Moslemina;
Barcelona es más hosca, menos galana,
más morena, más seria, más Bizantina:
aquella más coqueta, y ésta más llana.
Valencia afecta a veces ser campesina,
mas bravea con humos de soberana:
y es una rubia y grácil hurí-cristiana,
que viste por capricho de tunecina.
Valencia dice a todos que es hortelana,

y es una neerlandesa pálida ondina
que duerme en una rica concha perlina;
y del mar en la espuma blanca y liviana
canta a la arrebolada luz matutina,
vestida por capricho de valenciana.
Barcelona es el cráter donde fermenta,
con el hierro fundido y el tufo denso,
el espíritu hermano de la tormenta
que se pasea, de ellas sin tener cuenta,
sobre el móvil abismo del mar inmenso.
Valencia es la Hada núbil de la alegría
que respira de rosa y ámbar esencia;
la Venus Afroditis del Mediodía,
de quien ver deja ignuda la gallardía
de un pudor algo moro la transparencia.
Barcelona es Minerva ya desarmada;
cuyo manto, que lame la mar bravía
salpicando de perlas su orla murada,
lleva en lugar de armiños y pedrería
la greca de su vuelo y cauda bordada
con rieles y máquinas de ferrovía,
con espolones, hélices y anclas de Armada.
Valencia, almea grácil y encantadora,
trova, canta, recita, danza y se expresa
en voz, acción y gracia tan seductora,
que atrae, fascina, embriaga, turba, embelesa,
magnetiza, avasalla, rinde, enamora,
y en tierra con las almas da por sorpresa.
Barcelona, valiente, ruda payesa
con timbres y con fueros de gran señora,

labra, teje, cultiva, destila, pesa,
funde, lima, taladra, cincela y dora;
y ejemplar solo de alta noble condesa
con corazón de obrera trabajadora,
con el trabajo nunca de latir cesa:
y apresurada siempre tras ardua empresa,
hierva como encendida locomotora:
cuando se mueve, asombra; cuando anda, pesa:
respira fuego y humo cual los volcanes,
y estremece la tierra, como si dentro
de ella fuera la raza de los titanes
queriendo de la tierra cambiar el centro.

VI.

Barcelona y Valencia son dos hermanas,
pero una es blanca y rubia y otra morena:
son por naturaleza dos soberanas;
pero la una celeste, la otra terrena.
Valencia es la versátil hija del cielo,
á quien Dios por herencia dio un paraíso;
Barcelona, hija de Eva, vive en anhelo
de tornar por sí misma su estéril suelo
en el Edén que el cielo darla no quiso.

VII.

Yo idolatro a Valencia por su hermosura,
su luz, su poesía, la donosura
de su gente, sus usos, trajes y aliños;
y de un amor primero con la fe pura,
la doy de hijo y amante los dos cariños.
Pero amo a Barcelona por tiranía
de ley inevitable de mi destino:

Dios condenó al trabajo la vida mía;
morir sobre el trabajo tengo por sino.
Barcelona trabaja... y a su existencia
el trabajo da fuerza, pan y alegría:
que me dé cuando espire tumba Valencia,
pan Barcelona, mientras mi inteligencia
Dios alumbre y mis ojos la luz del día.

VIII.

Olvidaba que entre ambas hay diferencia:
no en la tierra, en el cielo; pero os aviso
que es secreto que a solas fiarme quiso
el buen ángel que alumbra mi inteligencia.

La diferencia es esta: pero es preciso
que Valencia lo ignore; cuando en ausencia
de Dios se quedan dueños del paraíso
y con la luz del alba, sin su permiso,
los ángeles se asoman a ver Valencia....
es porque a Barcelona Dios en persona
baja en el sol, y absorto de complacencia
se olvida de los ángeles en Barcelona.

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es